

PREFACIO

¿Qué es la historia? Actualmente se ha planteado la necesidad de redefinir la historia de un país, enfocando el devenir del pueblo. La pregunta es aún más urgente al referirse a Cuba, no solamente por el *parti pris* con que se observa su presente, sino por la incertidumbre de su futuro. Este importante libro intenta dar algunas respuestas. Para empezar, Frank Fernández destruye el mito marxista que insistentemente ha negado la participación de los anarquistas en la formación del país. Escoge una meticulosa exposición cronológica para desarrollar la historia del movimiento en la isla.

La investigación para este trabajo fue llevada con la erudición y el cuidado documental que caracteriza el trabajo de Frank Fernández. Acuciado por la necesidad de explicarse qué pasó, y pese al profundo compromiso con su país de origen, el autor se ha negado a aceptar ideas hechas y recomienda dejar que los hechos abran el camino a la investigación. A pesar de la actitud negativa que la crítica marxista ha tenido con otras obras de Fernández, él no pretende hacer un panfleto panegírico del anarquismo, comprende que cada sector social «tiene derecho de exponer lo que se conoce como su verdad histórica», pero insiste en que «debe basarse en datos evidentes y bien interpretados». Por ello, ha estudiado una enorme cantidad de materiales de primera mano, ha leído documentos, periódicos, diarios, memorias, ha explorado bibliotecas y archivos. Por ello, el texto se sustenta en un aparato crítico detallado y en una fuerte base bibliográfica tomada de fuentes primarias y difícilmente accesibles. Se añade a ello la propia experiencia de varias décadas de acontecimientos vividos por él y el contacto personal con los compañeros y grupos del exilio. De allí llega a una síntesis perfecta en sus conclusiones, donde no sólo aclara un capítulo poco conocido de la historia, sino muchos otros conceptos más vastos que informan las discusiones ideológicas sobre Cuba. Hay que agradecer a Fernández su dedicación a la búsqueda de una claridad expositiva que nos pone al alcance esta sabiduría, porque así, en este libro se expresa un cuerpo de conocimientos y apropiaciones que son patrimonio de un pueblo.

Además de la erudición que guardan estas páginas, lo que hace a este libro tan atractivo a la lectura es un estilo de prosa transparente, clara, inteligente, controlada, que hace que el lector quede inmerso en los acontecimientos, casi como testigo ocular. Se ve la pasión que Fernández tiene por su tema. Su obra es sobre gente y acontecimientos que le interesan, y a través de su investigación encuentran nuevas perspectivas, nuevo sentido, y nueva vida. Explica que ha buscado la influencia que han tenido las ideas libertarias en el pueblo cubano, por un sentido del deber, y hasta necesidad histórica, puesto que en ese país los anarquistas han combatido incansablemente en defensa de la libertad y la justicia.

El primer capítulo cubre el período colonial de 1865 a 1898. Se presta particular atención a las corrientes del pensamiento anarquista filtradas durante la formación y desarrollo de la nación cubana. Primeramente se nota la influencia de Proudhon, que tuvo seguidores y discípulos entre artesanos y obreros progresistas, sobre todo del sector tabacalero, la primera industria trabajadora que en Cuba había tomado conciencia de clase y la subsecuente formación de la primera sociedad mutualista en Cuba de origen proudhoniano en 1857. Se analiza después la trayectoria que va desde la primera huelga en 1856, y la fundación del semanario *La Aurora* por el asturiano Saturnino Martínez, y la creación de la lectura en los talleres de tabaquería que tanto influyeron en la propagación del ideario anarquista.

Fue en los primeros años de la década de los 80 en el siglo pasado cuando entraron en Cuba los conceptos sociales procedentes de la Federación Regional Española, recogidos en el Congreso de Barcelona de 1881, y cuando el bakuninismo reemplazó a la influencia de Proudhon. Se estableció por esos años la Junta Central de Artesanos y el Círculo de Trabajadores de La Habana y empezó a destacar Enrique Roig San Martín, pensador y escritor que propagaba las ideas desde *El Productor*. El autor pasa a continuación a hacer una minuciosa revisión de los diferentes acontecimientos que jalonan el establecimiento de las

ideas libertarias en la isla; las huelgas en el sector del tabaco que paralizaron la industria, el establecimiento de la Federación Local de Tabaqueros que sería el ideólogo del anarquismo en Cuba, la primera celebración del primero de mayo en 1890, así como las continuas represiones gubernamentales.

Se analiza con todo cuidado la importante discusión que se originó por la división de opiniones entre los anarquistas partidarios de la independencia y los que no se adhirieron a la causa porque buscaban otro ideario social. Pero también Fernández revela cómo los focos revolucionarios que operaban mayormente desde ciudades de la Florida, eran verdaderos enclaves de patriotas ácratas separatistas. En 1895 la guerra convocada por Martí estalló en Cuba y entre los combatientes figuraron algunos destacados anarquistas, sobre todo los de la emigración a Estados Unidos. Un importante tema del libro es el análisis de la relación entre los acontecimientos cubanos y el movimiento en España. Explica el autor que la crueldad de la guerra favoreció el separatismo cubano por libertarios como Salvochea y Pedro Vallina y las actividades de Betances en París, que ayudaron a fomentar huelgas y protestas. Algunas de las ideas y datos expuestos por Fernández en su reveladora obra *La sangre de Santa Agueda. Angiolillo, Betances y Cánovas* (Miami, Ediciones Universal, 1994) son exploradas nuevamente aquí. Y se ve hasta qué punto el ajusticiamiento de Cánovas fue principio y causa fundamental de lo que después se llamó «El desastre» del 98.

En el segundo capítulo se estudian las consecuencias de la guerra y las repercusiones en la isla de las ambiciones político-económicas de Washington. Cuba era fundamental para los planes estadounidenses debido a su situación geográfica, estratégica no sólo para las comunicaciones norte sur del continente, sino por ser la llave del ya planeado canal interoceánico en Panamá. El resultado fue la ocupación norteamericana de Cuba que empezó el primero de enero de 1899. El libro relata los acontecimientos del ámbito libertario en estos años, varias huelgas de gran importancia como la de Sagua la grande, la formación de la nueva organización obrera, Liga General de Trabajadores, y la visita de Malatesta a la isla. Estudia también la segunda ocupación americana, y el eco de la revolución soviética, la formación de la Federación Obrera de La Habana, y la llegada de la presidencia de Machado, que determinó una persecución a los anarquistas.

El capítulo siguiente está dedicado a los acontecimiento que van desde 1934 a 1958. Se inicia con un nuevo gobierno de corte izquierdista y tonos nacionalistas, cuya figura cumbre fue Fulgencio Batista. Una ley promulgada por ese gobierno afectó mucho al anarquismo en Cuba, pues prohibía el empleo de más del cincuenta por ciento de empleados extranjeros. Muchos militantes tuvieron que abandonar el país y trasladarse a España, donde les iba a encontrar la guerra civil. Los avatares del movimiento anarquista quedarían a partir de este momento a merced del entonces Coronel Batista que se convirtió en el hombre fuerte de Cuba, estableció la dictadura, con el férreo control subsiguiente de las actividades laborales. A pesar de ello prosperaron algunas agrupaciones, como la asociación Juventud Libertaria de Cuba. Nos enteramos en esas páginas que al estallar la guerra civil española, los anarquistas cubanos se sumaron a la defensa de la República y fundaron en La Habana la Solidaridad Internacional Antifascista, que trabajó con ahinco para enviar fondos y armas a los compañeros de la CNT-FAI. También sabemos que al fin de la guerra, por la gestión de elementos libertarios, llegaron a Cuba muchos anarquistas españoles que salieron de Francia y España con pasaportes cubanos.

Los últimos capítulos revelan hechos casi completamente desconocidos hasta ahora. Detalla Fernández cómo los anarquistas habían participado activamente en la lucha contra Batista; unos desde las guerrillas orientales o las del Escambray, otros en la lucha urbana. Y ya en el folleto *Proyecciones Libertarias*, de 1956, donde se atacaba a Batista, se mencionaba la poca confianza que inspiraba Fidel Castro. Aunque al principio se observó una actitud de cautela con respecto al gobierno revolucionario, al poco tiempo, en varias publicaciones anarquistas se empezaron a condenar los procedimientos dictatoriales del régimen. En retribución, desde

los primeros días de enero, el gobierno revolucionario expulsó a los anarcosindicalistas de los diversos sectores obreros. Ya en el verano de 1960, convencidos de que Castro se inclinaba hacia el gobierno totalitario marxista leninista, los anarquistas lanzaron una declaración a través del órgano de agrupación sindicalista libertaria, reafirmando la posición anarquista contra el Estado, respaldando el trabajo colectivo y cooperativo en contraste con el centralismoagrario propuesto por el gobierno, y afirmando su actitud antinacionalista, antimilitarista y antiimperialista. Condenaban el centralismo burocrático y «las tendencias autoritarias que bullen en el seno mismo de la revolución». Este fue uno de los primeros ataques que se hicieron al régimen desde un punto de vista ideológico. Desde ese momento, los anarquistas tuvieron que sumergirse en la clandestinidad, acusados por el régimen de actividades contrarrevolucionarias. Da cuenta Fernández de las actividades opositoras del período, la publicación del boletín clandestino *Movimiento de Acción Sindical*, y la participación anarquista en el sostenimiento de focos guerrilleros en diferentes partes del territorio. Los compañeros desde mediados de 1960, comprometidos o no con la oposición violenta, tuvieron que iniciar la marcha al destierro, y en 1961 se inició el éxodo en dirección a los Estados Unidos. Es ejemplar de la capacidad de supervivencia del anarquismo, la incansable actividad intelectual de los diversos grupos exiliados, su espíritu emprendedor y claridad de conciencia, pues continuaron sus actividades. Entre los ya pocos militantes que quedaron en Cuba, muchos fueron presos en la siniestra prisión de La Cabaña, otros pudieron salir y continuaron su labor ideológica y cultural por medio de la publicación y contacto con los diversos grupos de compañeros en el exilio. Un importante epílogo nos proporciona las meditaciones del autor sobre la situación cubana actual y la viabilidad de las ideas anarquistas. Un párrafo de Fernández resume esa siempre heroica lucha: «los anarquistas cubanos han mantenido ese espíritu de lucha y desinterés por Cuba y su pueblo, han sido los poseedores de una larga tradición de libertad y justicia, unidos por una decisión indestructible, confiados en que el siglo futuro será la aurora de un mundo mejor, más solidario y más libre».

Esta obra llena un vacío en la literatura histórica cubana. Es necesario tener conciencia de esa lucha en un momento en que el pueblo cubano ha de enfrentar el futuro y tratar de lograr, al fin, la realización de sus ideales de liberación nacional y social.

Lily Litvak

ABREVIATURAS y SIGLAS

AIT Asociación Internacional de Trabajadores
ALC Asociación Libertaria de Cuba
ARS Alianza Revolucionaria Socialista
ASL Agrupación Sindical Libertaria
BIL Boletín de Información Libertaria
CDR Comité de Defensa de la Revolución
CGT Confederación General de Trabajadores
CIRA Centre International de Recherches Sur L'Anarchisme
CNOC Confederación Nacional Obrera de Cuba
CNT Confederación Nacional del Trabajo
CO Comisiones Obreras
CONI Comité Obrero Nacional Independiente
CTC Confederación de Trabajadores de Cuba
CTCR Confederación de Trabajadores de Cuba Revolucionaria
DDG Documento de Gaona
FAF Federacion Anarquista Francesa

FAI Federación Anarquista Ibérica
FAIT Federazione Anarchica Italiana
FGAC Federación de Grupos Anarquistas de Cuba
FAM Federación Anarquista Mexicana
FLA Federación Libertaria Argentina
FOH Federación Obrera de La Habana
FRE Federación Regional Española
MAS Movimiento de Acción Sindical
MLCE Movimiento Libertario Cubano en el Exilio
M26J Movimiento 26 de Julio
PCC Partido Comunista Cubano
PRC Partido Revolucionario Cubano
PRCA Partido Revolucionario Cubano Auténtico
SAC Sveriges Arbetares Centralorganisation
SGT Sociedad General de Trabajadores
SIA Solidaridad Internacional Antifascista
UN Umanita Nova

A MODO DE DECLARACIÓN

Este trabajo consiste en una breve y condensada reseña de la influencia que dentro del pueblo cubano han tenido las ideas libertarias. Creemos que es un deber y hasta una necesidad histórica el dejar reflejada una síntesis de las crónicas anarquistas en Cuba. Por más de un siglo de sacrificios y luchas a favor de las clases más humildes de nuestro país, los ácratas han combatido sin descanso en defensa de la libertad y la justicia social al servicio del pueblo cubano.

Nos concentraremos en los actos más notables y las figuras prominentes de un grupo de hombres y mujeres que, sin recursos de ningún tipo, ayuda o patrocinio de ninguna clase, olvidados y perseguidos, no sólo fueron capaces de legarnos sus ideas de libertad y redención social, sino también de dejar una huella en el panorama de la cultura y la historia de Cuba. Estos anarquistas y sus actividades más relevantes, sus sacrificios y persecuciones, pertenecen tanto a los anales de las clases obrero-campesinas como al inicio y la organización del movimiento obrero en Cuba, al mismo tiempo que son parte importante de nuestra formación como pueblo y sociedad.

Con estas palabras comenzaba mi folleto Cuba, the Anarchists and Freedom, publicado en inglés en 1987, editado en varias ocasiones e incluido en una versión electrónica en Internet en 1995, folleto que he tomado como base para este trabajo corregido y aumentado, con la intención de hacerla conocer en español, haciendo énfasis en los dos capítulos finales de mi obra sobre los últimos años del anarquismo organizado en Cuba, con el deseo de dar a conocer a otros lectores una serie de incidentes y datos que no fueron incluidos por diferentes razones en la primera edición australiana de Monty Miller Press, publicada en Sidney y distribuida por todo el mundo de habla inglesa. Como era de esperar y por lo difundido de esta pequeña obra, la crítica marxista o procastrista hizo el propósito de difamar y calumniar este trabajo. Los menos cínicos me acusaron de hacer un «panfleto panegírico» maniqueísta y lleno de informaciones apologéticas a favor del anarquismo cubano con fines propagandísticos. Nada de eso es cierto. Por el contrario, entiendo que cada sector social tiene derecho a exponer lo que se conoce como «su verdad histórica» basada, por supuesto, en datos evidentes y bien interpretados, y ése fue y sigue siendo el motivo de esta obra.

El autor quiere agradecer la cooperación y paciencia de los últimos sobrevivientes del anarquismo cubano en la diáspora que hicieron posible la versión oral y final de este proyecto.

Suria Linsuaín, Claudio Martínez, León G. Montelongo y Helio Nardo colaboraron en los capítulos finales. También el autor recibió la información directa de los desaparecidos Marcelo Salinas, Casto Moscu, Manuel Ferro, Manuel González, Agustín Castro y Abelardo Iglesias, que aportaron sus memorias a esta síntesis. Para finalizar, este trabajo está dedicado en su totalidad a todos aquellos militantes anónimos cuyos nombres no aparecen en este relato, pero que con su ejemplo y humildad dejaron una huella imborrable en nuestro destino. Sin ellos esta historia nunca hubiera podido ser escrita.

CAPÍTULO I

Colonianismo y Separatismo

1865-1898

La sociedad cubana del siglo XIX poseía una serie de características que la hacían única en el continente americano. Desde principios de siglo la explotación económica de las riquezas cubanas habían sido obra de la clase blanca dominante originaria del país con títulos de nobleza española. Esta aristocracia criolla poseía recursos y poder suficientes para influir en la política colonial con respecto a la Isla. Mientras que el resto del continente decidía separarse violentamente del dominio colonial español, la plutocracia criolla se sentía más española que Fernando VII y se opuso deliberadamente a cualquier tipo de sentimiento reformista, por muy modesto que realmente fuera.

El cultivo de la caña, el tabaco y el café, que eran los tres productos más importantes de la riqueza agrícola cubana, necesitaba de mano de obra barata para poder competir en los mercados internacionales, y fue de esta manera que, en abierto contubernio con la Corona española y con las autoridades coloniales, se incrementó notablemente el tráfico de esclavos negros procedentes de África, estableciéndose una sociedad esclavista y abusiva. Ya para mediados del siglo XIX la aristocracia criolla se había convertido en una poderosa sacarocracia y la economía cubana dependía en forma anormal de la trata de negros y de la deplorable institución de la esclavitud.

La división clasista cubana por esos años era piramidal. En el tope la sacarocracia y los funcionarios coloniales españoles; en la base, se mezclaban artesanos, obreros de la industria azucarera y tabacalera con negros libertos, campesinos pobres y esclavos africanos. En esta división había tanto diferencias raciales como sociales y tan discriminado o explotado podía ser un esclavo negro como un campesino o un emigrante español. Se debe tener en cuenta, por lo tanto, que las diferencias clasistas fueron impuestas por las clases dominantes y no establecidas en Cuba por la base de la pirámide.

Era natural que, preocupados por las ideas sociales que explotaban constantemente en Europa, los obreros y artesanos cubano-españoles aspiraran a tener una sociedad más justa y más libre. La emigración española casi masiva a mediados de 1850, propiciada por el evidente temor de los criollos de «africanizar» a Cuba, como amenazaba la Corona desde Madrid, trajo consigo en su equipaje una serie de conceptos sociales totalmente nuevos en Cuba. Y fue de esta manera como las ideas sociales del tipógrafo francés Pierre-Joseph Proudhon, uno de los pensadores socialistas más originales de ese siglo, llegaron a Cuba.

Proudhon, cuyas ideas y teorías económicas habían causado un gran impacto en Europa, influyeron decisivamente en los orígenes del anarquismo en Cuba. El pensador francés, que fue sin duda el primer ideólogo del pensamiento ácrata moderno, tuvo en la Isla seguidores y discípulos entre artesanos y obreros progresistas de su tiempo, sobre todo dentro del sector tabacalero, que fue la primera industria en Cuba que había tomado cierta conciencia de clase dentro del pueblo trabajador. En 1857 se fundó la primera sociedad mutualista en Cuba de origen proudhoniano con la idea de crear una especie de asociación laboral libre de la influencia patronal o estatal. Fue el primer paso de la creación de una sociedad civil dentro del

proletariado en Cuba.

En agosto de 1865 se declara la primera huelga en Cuba dentro de la industria del tabaco que terminó en un acuerdo obrero-patronal. A finales de ese año el asturiano Saturnino Martínez funda el primer semanario obrero en La Habana, *La Aurora*, donde se planteaban algunas de las ideas de Proudhon, debidas a un ingeniero mecánico llamado José de Jesús Márquez. Fue en *La Aurora* y no por casualidad, que Márquez propuso por primera vez en Cuba la idea de las sociedades cooperativas. Martínez por esos años, estaba influido por las ideas de Proudhon en algunos aspectos de su filosofía federalista y de ayuda mutua, aunque sus proposiciones laborales no eran realmente revolucionarias con respecto a los obreros de la industria que decía representar. Martínez, sin embargo, dio el primer paso en la protección de las asociaciones obreras y fue el creador de la lectura en los talleres de tabaquería que de tanta utilidad resultaran en los años por venir en la propagación del ideario anarquista dentro de esa industria.

De lo que parece no haber dudas, es que por esos años anteriores a la Guerra de los Diez Años, conflicto que el separatismo armado había iniciado contra el colonialismo español, la fundación de las primeras asociaciones y sociedades libres de tabaqueros, cajistas, carpinteros, jornaleros y artesanos, lo que se podría considerar como el incipiente proletariado cubano, fue debido a la influencia de Proudhon en Cuba. El país y el obrerismo cubano le debe, por lo tanto, al anarquista francés, entre otras cosas, la creación de centros regionales, escuelas laicas, sanatorios y asociaciones obreras de ayuda mutua. La primera guerra separatista detendría este impulso social por mejorar de las clases más oprimidas al mismo tiempo que obligaría a cambiar las estructuras sociales cubanas, arruinaría a la sacarocracia criolla y eventualmente terminaría con la esclavitud en Cuba.

Durante el proceso de la guerra cubana de 1868 a 1878, el primer intento bélico de los cubanos por separarse del colonialismo español, participaron como combatientes algunos obreros de la industria tabacalera y varios exiliados de la Comuna de París. La influencia de Proudhon con relación a algunos dirigentes separatistas es también innegable. Entre éstos, Salvador Cisneros Betancourt y Vicente García no negaron sus simpatías por el Federalismo y la descentralización influidos por las ideas del pensador francés.

Pero fue en realidad durante los primeros años de la década de 1880 cuando se puede notar con seguridad la presencia anarquista en Cuba, cuando un obrero tipógrafo exiliado en Nueva York por motivo de la guerra contra España, nombrado J.C. Campos, inicia, a su regreso a La Habana, las relaciones solidarias entre anarquistas españoles y cubanos. La profusión de propaganda ácrata que llegaba regular y clandestinamente de Barcelona en forma de folletos y semanarios, además de la ola migratoria proletaria que procedía de España en dirección a Cuba, fortaleció el traspaso de las ideas, y como consecuencia nuevos adeptos dentro de la clase obrera cubana con una nueva definición socialista y revolucionaria que procedía directamente de la Alianza Revolucionaria Socialista (ARS).

Fue por esos años cuando el pensamiento anarquista había tomado una fuerza inusitada dentro de obreros y campesinos en Francia, Italia, Rusia y sobre todo España. Su principal propulsor y organizador fue otra figura notable de su tiempo, Mijaíl A. Bakunin, revolucionario y escritor ruso continuador de las ideas de Proudhon. Los campos entre el socialismo marxista de corte absolutista y el socialismo revolucionario o anarquista ya estaban delimitados en los Congresos de La Haya y Saint-Imier con la fundación de la ARS en 1864, y más adelante, en 1868, la Alianza Internacional Socialista Democrática. Además, la bien conocida Declaración de Principios redactada por el propio Bakunin había establecido las diferencias entre el llamado socialismo autoritario representado por Marx y el socialismo libertario o revolucionario auspiciado por los ácratas.

Estos conceptos sociales, que procedían directamente de la Federación Regional Española (FRE) recogidos en el Congreso de Barcelona de 1881, fueron, sin dudas ni reparos, los que tuvieron un impacto definitivo entre los elementos obreros más revolucionarios y

militantes dentro de Cuba, suplantando en el campo sindical las ideas de Proudhon. Fue de esta forma como el proletariado cubano empezó a tomar una conciencia clasista con relación a los abusos patronales y las reivindicaciones sociales.

En 1882 los anarquistas empiezan una lucha contra el reformismo preconizado dentro de las asociaciones obreras por el mismo Saturnino Martínez, ya en otra etapa diferente de su larga vida, esta vez más a favor de los intereses patronales que a la causa obrera. Este tipo de ideas reformistas de acomodo con los intereses capitalistas por parte de la clase obrera fue combatido por los anarquistas que se negaban a este tipo de colaboracionismo. Las ideas combativas de los ácratas tuvieron resonancia dentro del proletariado cubano, y de esta forma el anarquismo en Cuba comenzó a destacarse y ganar adeptos. Roig San Martín consideraba que ningún gremio u organización obrera debiera estar atado a los «pies del capital». Siguiendo este tipo de consignas se establece en 1885 la Junta Central de Artesanos con la idea de organizar y unir a los trabajadores en federaciones. Ese mismo año se había fundado el Círculo de Trabajadores de La Habana, entidad a todas luces cultural y educativa, pero que en la práctica respondía al ideario de los anarquistas.

Ya desde 1883, surgía la figura más prestigiosa del anarquismo cubano de su tiempo, y probablemente de toda su historia, en la personalidad carismática de Enrique Roig San Martín (1843-1889), pensador y escritor que desde *El Obrero* primero y más adelante en *El Productor* de La Habana, se convierte en ideólogo y organizador del anarquismo en Cuba. Las huelgas que se producen casi sin descanso en el sector tabacalero ya a finales de la década, son todas de inspiración y organización ácrata, sostenidas y orientadas desde el vocero de un «Semanario consagrado a la defensa de los intereses económico-sociales de la clase obrera». Este esfuerzo fue respaldado por un «Comité» en el cual participaban algunos obreros influidos por las ideas de la ARS, entre los que se encontraban Pedro Merino, Francisco Domenech, Gervasio García Purón, Eduardo González Boves, Enrique Messonier y Enrique Creci.

Para facilitar el trabajo entre las distintas asociaciones obreras y *El Productor*, se creó una organización revolucionaria llamada la Alianza Obrera, de evidente raíz anarquista. Esta Alianza, compuesta especialmente por los mismos obreros antes mencionados, fue la primera prueba del protagonismo ácrata en los medios proletarios. Ya para agosto de 1887, después de la fundación de este organismo laboral, y con el total apoyo de Roig San Martín desde *El Productor*, se celebra lo que se puede considerar el primer Congreso Obrero de Cuba, propiciado por otro organismo de reciente creación, La Federación de Trabajadores de Cuba, orientada también por el socialismo revolucionario. Se trataba de la primera asamblea de obreros que tiene lugar en Cuba reunidos de forma permanente para lograr sus aspiraciones sociales.

Este Congreso de septiembre de 1887 proclama un «Dictamen» de seis puntos oponiéndose a «todo vestigio de autoridad» en las colectividades obreras, una unidad entre estas colectividades a través de un «pacto federativo» influido por los acuerdos de la FRE, completa libertad de acción, cooperación mutua, una efectiva solidaridad entre sus componentes y finalmente el punto más discutido en esos años y los por venir: la prohibición dentro de las colectividades y la Federación de cualquier doctrina política o religiosa; expresando al final los «principios de la emancipación... confraternización... de todos los productores... que pueblan la tierra». Los trágicos sucesos de Chicago, donde son condenados a muerte siete anarquistas por las autoridades de Illinois, tiene una honda repercusión en Cuba, donde desde *El Productor* se había constituido un Comité para recaudar fondos en su defensa.

Ya más seguros de una organización que los respalde, en octubre de 1887 los obreros del gremio tabacalero estallan en una huelga protegidos por la sombrilla anarquista que forman la Federación, la Alianza, y *El Productor*, la que fue ganada por los obreros en diciembre. En julio de 1888 se produce una segunda huelga en el mismo sector del tabaco y esta vez la industria se paraliza. Desde Cayo Hueso, la ciudad más meridional de los EE.UU. y muy cercana a La Habana por mar, una delegación de obreros tabacaleros orientados por los anarquistas de esa

ciudad apoyan el paro habanero y se envían auxilios económicos a los huelguistas. Roig San Martín desde *El Productor* orienta y alienta a los obreros en huelga y les sugiere que en circunstancias difíciles se trasladen a Tampa o Cayo Hueso en los EE.UU. o a Mérida en la península de Yucatán, donde también existían núcleos anarquistas solidarios.

Después de desafiar a los patronos por varios meses, los obreros regresan al trabajo y la huelga fracasa. A pesar del descalabro, los anarquistas han sido capaces de organizar en menos de un año dos huelgas importantes en un mismo sector, poner en práctica sus ideas, establecer lazos solidarios con otros compañeros en el extranjero y declarar por primera vez en Cuba la lucha de clases.

La Alianza Obrera tiene también amplia acogida en los centros obreros de la industria tabacalera de Tampa y Cayo Hueso, donde en 1887 se organiza la primera Federación Local de Tabaqueros, sustituyendo a una asociación anterior conocida como la Unión, de corte reformista, que reunía a casi todos los tabaqueros de dicha ciudad. Sus organizadores y responsables lo fueron dos anarquistas destacados de esos años, Enrique Messonier y Enrique Creci, que junto con Enrique Roig San Martín constituyeron un trío de anarquistas conocidos en esos años como «Los tres Enriques». Si Roig San Martín era un escritor muy leído entre los obreros y su pluma tuvo una influencia decisiva en la llamada Cuestión Social cubana, Messonier se destacaba como orador y organizador, mientras que Creci era un hombre de acción, además de escribir sobre problemas laborales y organizativos con cierto talento. Tanto en Tampa como en Cayo Hueso, cuya industria más importante era la producción de tabacos y cigarrillos, la organización laboral quedó en manos de los anarquistas que llegaban de Cuba o que itineraban en esa dirección. Descollaban por su responsabilidad Carlos Baliño, Segura, Leal, Palomino y Ramón Rivero y Rivero, que en esos momentos militaban dentro de las ideas ácratas. En 1889 se declara una huelga general en Cayo Hueso con el apoyo esta vez de los obreros en La Habana. A pesar de la violencia y las amenazas que tuvieron lugar por parte de patronos y las autoridades de dicha ciudad, expulsando a varios obreros conocidos, tales como Messonier y Creci, la huelga tuvo éxito con el triunfo de los obreros en sus demandas ya en enero de 1890.

La prematura desaparición de Roig San Martín a los cuarenta y seis años, el 30 de agosto de 1889, debido a un coma diabético, pocos días después de haber sido excarcelado por el gobierno colonial, fue un duro golpe para los anarquistas en Cuba. Su muerte fue lamentada por todos los obreros tanto en Cuba como en Mérida, Tampa, Cayo Hueso y Nueva Orleans, donde las palabras que escribía Roig no sólo eran dadas a conocer por los «lectores de tabaquería» en sus centros de trabajo, sino dentro de la clase obrera de su tiempo. Sus funerales también fueron una demostración enorme de dolor que sorprendió a los gobernantes coloniales tanto como a los capitalistas de su tiempo. Había desaparecido el anarquista más notable de esos años y sin lugar a dudas su ideólogo más influyente. Roig no había tenido, en sus pocos años de notoriedad, paz con nadie. Su defensa de los trabajadores, sus opiniones sociales y sus conceptos económicos chocaban con todos y contratodos. El Partido Autonomista, que trataba de ganar adeptos dentro del campo laboral cubano, sufrió los ataques de Roig, y sus agrias acusaciones contra el autonomismo criollo fueron famosas. El colonialismo español era, según Roig, el causante principal de tantos abusos y de tanta ignorancia, y tampoco se quedó corto en sus ataques al gobierno colonial, lo que le costó la cárcel. En cuanto al separatismo, con el cual era lógico pensar que habría algún tipo de afinidad, si no en el campo social, al menos en el político, de los países latinoamericanos y hasta de los EE.UU., al que denominó irónicamente como «La República Modelo», no eran de desear en la sociedad obrera cubana, pues continuarían con la persecución establecida contra la clase proletaria lo mismo que lo hacía el gobierno colonial de España.

El choque con las ideas separatistas de Roig y por otra parte los conceptos que sobre el pensamiento anarquista tenían algunos destacados líderes del ideal republicano, dividían a

Cuba en dos sectores que se podían considerar socio-políticos y debilitaban la oposición de ambos bandos con relación a España. Los escritores marxistas de nuestros días le achacan a Roig el delito de no simpatizar con la causa separatista, al mismo tiempo que tratan de incluirlo en el saco ideológico del pensamiento marxista declarando muy seriamente que Roig San Martín estaba «en transición hacia el marxismo». Entendemos que esta «transición» era por haber leído y citado a Marx, hecho realmente de carácter circunstancial, y como cualquier anarquista de su época (Cafiero, Bakunin, Reclus, etc.), estaba obligado a informarse de todo lo relacionado con socialismo.

Acusados ahora por estos sectarios del pensamiento de Marx de «nihilistas nacionales», de «apoliticistas», entre otros sambenitos semánticos, olvidándose de la contribución que hicieron en su época en organizar y protagonizar luchas obreras, huelgas generales, boicots, etcétera, tanto en La Habana como en los EE.UU., en defensa de la base proletaria más humilde definales del siglo XIX, es una canallada histórica y da una idea de hasta qué punto se quiere cambiar la Historia, embriagados por un nacionalismo decadente. Algunos anarquistas en Cuba como Roig San Martín eran consecuentes con sus ideas; practicaron y propusieron mantener al movimiento obrero fuera de la política electorera y pactos gubernamentales, pues entendían correctamente que los representantes del Estado, fueran de un color u otro, no los habrían de tratar mejor. Desgraciadamente para el pueblo cubano las pesadillas proletarias de Roig pronto se convertirían en realidad.

Durante esta etapa organizativa y de lucha, las relaciones entre los anarquistas en Cuba y las autoridades coloniales se fueron agravando. El gobierno español toleraba hasta cierto punto las actividades sindicales, y como los ácratas habían acordado no intervenir en la política isleña y mantenerse al margen de los debates separatista, colonial y autonomista, se estableció un sistema de «tolerancia vigilada» por parte del gobierno. Se aprovechaba también la situación cambiante de los Gobernadores militares y su interpretación de las leyes de asociaciones y de imprenta. Capitanes Generales como Manuel Salamanca fueron pacientes con estas actividades o en el interregno entre la sustitución y toma del poder de gobernantes militares. Este fue el caso en la noche el 20 de abril en 1890.

Reunidos en una asamblea en su local del Círculo de Trabajadores un grupo de obreros entre los que se encontraban Cristóbal Fuente, Ramón C. Villamil, Eduardo Pérez, José Fernández, Juan Tiradas, José Ortega, Pedro Blandín, José C. Hernández, Adolfo Horno, Melquíades Estrada, Federico Aguilar, Ángel Patiño, José F. Pérez, José R. Cobo y Victoriano Díaz, acordaron celebrar una manifestación y un acto en la fecha del Primero de Mayo, de acuerdo con la decisión de la Segunda Internacional reunida en París con el propósito de conmemorar por primera vez en Cuba esta fecha que recordaba a los Mártires de Chicago. Esta propuesta manifestación obrera consistiría en una «[...] manifestación pública y pacífica [...]» con la idea de «[...] que el gobierno, las clases elevadas y el público en general [...] sepan cuáles son las aspiraciones de este pueblo obrero». Se redacta entonces un Manifiesto firmado por los antes mencionados, haciéndose pública la convocatoria.

Y efectivamente, el Primero de Mayo de 1890, con la asistencia de más de 3.000 obreros, a los compases de *La Marsellesa* desfilaron por las calles habaneras, conmemorando por primera vez en Cuba el día de los trabajadores. Para sorpresa general los anarquistas comenzaron un acto sin precedentes que terminaría en un mitin celebrado esa misma noche en el salón del Skating Ring, «lleno a eventar». Hicieron uso de la palabra 23 oradores entre los que se encontraban, según reportaba el periódico liberal *La Lucha*, Sandalio Romaelle, Cristóbal Fuente, Juan Tiradas, Prendes, Victoriano Díaz, Ramón Villamil, Enrique Messonier, Pablo Guerra,

Manuel M. Miranda, Enrique Creci, Anselmo Álvarez, Eduardo González Boves, Eduardo Rey García, Velarmino, Gerardo Quintana, Ramón Otero, Adolfo Horno, Jenaro Hernández, José Joaquín Izaguirre, Ruz, Francisco Vegay haciendo el resumen Maximino Fernández. Este acto sirvió para atacar las condiciones socio-morales y económicas de Cuba y demostrar que ya

había una presencia y un protagonismo ácrata dentro del proletariado cubano.

Ante el éxito de esta gestión pública, los componentes del Círculo produjeron varias huelgas y el ambiente social empezó a caldearse rápidamente. Dicho Círculo comenzó a agrupar no sólo a los obreros de la industria del tabaco, sino también a otros gremios tales como: fogoneros, cocheros, paileros, toneleros, pintores, cajistas, albañiles, pescadores, sastres, carpinteros, tipógrafos, obreros de hoteles y restaurantes, etc. Es decir, se organizaba por primera vez en forma federativa a casi todos los obreros habaneros y una parte de los del interior de la Isla. Por supuesto que sería exagerado proclamar que estas asociaciones obreras estaban compuestas en su totalidad por militantes del anarquismo en Cuba, pero sin duda sus orientadores y sus acuerdos respondían a dicho ideario. Se trataba también del primer paso de lo que en los años por venir sería conocido como el anarcosindicalismo. La Habana por esos años presentaba una organización obrera de primer orden en todo el continente que nada tenía que envidiarle a la FRE y que según Moreno Friginals «[...] el movimiento obrero en La Habana era el más desarrollado y de mayor conciencia de clase en la América Hispana».

Después de la misteriosa muerte del General Salamanca y un gobierno colonial de transición, tomó el mando de la Capitanía General Camilo García Polavieja, un militar conocido ya en Cuba y Filipinas por sus métodos arbitrarios y despóticos. Mientras las huelgas sesucedían y el malestar social aumentaba, la Cuestión Social se tornó violenta con la muerte a puñaladas de un dirigente sindical tabacalero del sector reformista Unión Obrera, llamado Menéndez Areces. Este personaje, que había insultado y acusado a Roig San Martín instigando que fuera hecho preso ya al final de su vida, era además considerado como un soplón de la policía. Como quiera que las autoridades coloniales pensaron que los únicos beneficiados con la desaparición de este sujeto eran los anarquistas del Círculo, se decidió detener y acusar de asesinato a once trabajadores que pertenecían a dicha organización obrera. Los obreros, después de ser llevados a juicio y haber sido probada su inocencia, fueron finalmente absueltos. No satisfecho con el dictamen, García Polavieja, en diciembre de 1890, ordenó suspender la publicación de *El Productor*, multar y encarcelar a sus redactores, dando por terminada así esta segunda etapa del vocero anarquista en La Habana. La represión del «general cristiano» se intensificó esta vez contra la Alianza Obrera, que fue también suspendida y sus actividades canceladas.

Estas persecuciones por parte del Capitán General, ora porque no les tenía mucha simpatía a los ácratas, ora por órdenes que emanaban del Ministerio de Ultramar en Madrid, no amedrentaron a los anarquistas, que ya casi sumergidos en la clandestinidad continuaban trabajando a favor de las Ideas. Por su parte el capitalismo cubano-español, fabricantes, industriales y comerciantes enriquecidos cada día más con el sudor de los obreros que eran tratados casi como los antiguos esclavos africanos, le temían a estas organizaciones obreras en general y odiaban con furor a los anarquistas, usando toda su influencia para crear asociaciones obreras de carácter reformista y presionar al gobierno de turno en Madrid para que en Cuba, lo mismo que en España, se reprimieran sus actividades.

De esta manera, y con una buena dosis de secreto durante la celebración del Primero de Mayo de 1891, se había acordado la convocatoria de un Congreso para principios de 1892, que se llevó a cabo en enero, después de que las autoridades ejercieran una actitud más tolerante hacia los ácratas debido a que García Polavieja había cesado en su mando de Capitán General. Recibida con júbilo la convocatoria del 15 al 19 de enero de ese año, el llamado Congreso Regional Cubano evitaba la palabra nacional no sólo porque Cuba era considerada como una región española, sino también porque la semántica anarquista de esos años repudiaba ya este concepto nacionalista. En la asamblea obrera se reunieron 74 delegados de las distintas asociaciones o gremios que existían por esos años en Cuba, y entre sus acuerdos, discutidos apasionadamente por los delegados se insiste en el punto «... que la clase trabajadora no se emancipará hasta tanto no abrace las ideas del socialismo revolucionario», o sea, se adopten

las ideas del anarquismo libertario que por esos años expresaban los mismos conceptos y estaban en perfecta armonía. Más adelante se declara que los integrantes del Congreso se consideraban «[...] ligados a todos los oprimidos de la tierra [...]» y de «simpatía... con todo paso de avance hacia la libertad». Finalmente, con referencia al latente problema político que se planteaba en la Isla entre integristas, autonomistas y sobre todo el separatismo, el punto dos manifiesta:

« la masa trabajadora de Cuba no viene, no puede venir a ser un obstáculo para el triunfo de las aspiraciones de emancipación de este pueblo, por cuanto sería absurdo que el hombre que aspira a la libertad individual se opusiera a la libertad colectiva de un pueblo, aunque la libertad a que este pueblo aspire sea la libertad relativa que consiste en emanciparse de la tutela de otro pueblo »

Es necesario hacer notar en este párrafo, que es sin duda clave en las relaciones que determinarán el futuro entre anarquistas y separatistas, el hecho de que los ácratas establecen las fronteras entre la libertad social y la emancipación política. El liberarse de la tutela foránea era un dilema contemplado por el separatismo desde principios de siglo y que todavía se demoraría algunas décadas más en producirse. Había por parte de este sector, una decisión unánime de romper violentamente con España poniendo todo el empeño de su voluntad, poder, riquezas, familia y hasta la propia vida para alcanzar la República. Los anarquistas por su parte entendían, en concierto con los acuerdos colectivos del Congreso de 1887, bajo la notable influencia de Roig San Martín y de su discurso, que había de ser conscientes de que la libertad social era más importante que la república propuesta por el separatismo y que este sistema no les traería ningún beneficio como había razonado Roig. Sin embargo, en este Congreso del 92 se admite claramente que la clase proletaria no debía oponerse a ese propósito independentista de muchos cubanos.

La tentación separatista había ganado adeptos entre muchos obreros cubanos en la Isla, pero sobre todo dentro de la emigración residente en Tampa y Cayo Hueso. Los conflictos sociales, las diferentes huelgas obreras y la tensión que existía entre patronos y obreros en toda la década anterior habían creado una crisis entre los anarquistas que representaban a los obreros en la industria del tabaco y los dueños de fábricas, patronos y demás capitalistas implicados en este sector. A estos últimos se les había unido los representantes más notorios del separatismo en el exilio por motivos meramente económicos de contribuciones y donaciones para la causa independentista. De este modo se estableció una división peligrosa entre anarquistas en pro de los obreros y separatistas a favor del capitalismo tabacalero. La Cuestión Social había tomado en estas dos ciudades un giro dramático en dirección a la cuestión política.

Pero a principios de la última década del siglo la situación empezó a cambiar radicalmente. Tanto anarquistas como separatistas comprendieron que la fragmentación de los opositores al colonialismo español y al sistema abusivo empleado por éstos en el campo social sólo beneficiaría a estos últimos y fueron precisamente los representantes civilistas y progresistas en su época los que dieron el primer paso para evitar esta inútil división entre ambos sectores. El dictamen del Congreso del 92 es una prueba de que los ácratas estaban en condiciones de llegar a un acuerdo y así evitar seguir siendo usados por el integrismo español como elemento divisionista en franca pugna con el sector independentista. Esto, por supuesto, no implicaba la renuncia a la causa revolucionaria que los anarquistas mantenían, ni mucho menos a sus ideales. Sin embargo, la interpretación del punto número dos del acuerdo del Congreso del 92 desató en los años por venir una amarga polémica entre los ácratas.

La respuesta de las autoridades españolas en el mismo momento de conocerse los acuerdos del Congreso del 92 fue la suspensión final de la asamblea, la multa y clausura temporal de *El Productor*, la prohibición de reuniones obreras, la intervención del Círculo de Trabajadores y

la Junta Central de Trabajadores, antigua Junta Central de Artesanos. Fueron hechos presos casi todos los organizadores responsables del Congreso, siendo algunos finalmente desterrados, obligando así a los anarquistas a retornar a la clandestinidad. En las palabras de Aleida Plasencia: «A partir de 1892 se persiguió a los obreros, más por actividades clasistas, que por su actividad a favor de la independencia». Esta frase, que refleja una verdad al relatar los hechos, indica también la sorpresa y la reacción violenta de las autoridades coloniales al darse a conocer el Manifiesto del Congreso del 92.

Los cubanos que continuaban preparando la lucha separatista, operaban mayormente desde las costas de la Florida, precisamente en las antes mencionadas ciudades de Tampa y Cayo Hueso, verdaderos focos proletarios y donde residían por esos años el mayor número de cubanos en el exterior, organizados ya sindicalmente, que resultaban ser verdaderos enclaves de patriotas, ácratas, separatistas y enemigos de España en general. Fue precisamente por esos años cuando José Martí, el patriota cubano más notable de esas dos décadas de oposición a la Metrópoli, busca adeptos y seguidores con el propósito de crear una unidad de criterios primero y lucha armada después entre los diferentes sectores del separatismo emigrado en los EE.UU.

Por otra parte, los obreros cubanos y españoles reunidos dentro de los diferentes ramos de la industria del tabaco, contemplan la Cuestión Cubana desde un punto de vista social o internacionalista. Martí, con su verbo elocuente, les dirige la palabra en sus centros de trabajo haciéndoles ver las ventajas sociales que les traerá la república soñada, que el mismo Martí ofrece, con el ánimo de atraérselos a la bandera de la insurrección, prometiéndoles al mismo tiempo, y en contrapunto a las ideas de Roig San Martín, en vez de una república llena de odios y sangre, una patria con un sentido de libertad y justicia social, «[...] con todos y para el bien de todos».

La mayoría de los ácratas en la emigración, influidos por la oratoria persuasiva de Martí, comienzan a apoyar la causa de la independencia. Como afirmara unos años después el anarquista Pedro Esteve en su *Memoria de la Conferencia Anarquista Internacional* celebrada en Chicago, refiriéndose a los obreros que en público respaldaban «[...] nuestros ideales [y que] eran bien aceptados [...]», pero que «desgraciadamente» esto no sucedía en «[...] las relaciones particulares. En ellas descubríase que no estaba extinguido todo el fuego patrio. Debajo de sus cenizas existía todavía un potentísimo rescoldo... y al aventarse estas cenizas, [...] el rescoldo se convertiría en devastadora llama». La versión de Esteve no puede ser más correcta y fue precisamente la oratoria de Martí la que aventara estas cenizas y produjera el fuego separatista.

Martí por su parte logró influir decisivamente con su palabra a muchos anarquistas responsables, tales como Creci, Messionier, Rivero y Rivero, Sorondo, Rivera Monteserri, Palomino, Segura, Miranda, Baliño, etc., que aceptaron sus tesis revolucionarias. La mayoría sin embargo se mantuvo dentro de sus ideas de libertad política y Socialismo Revolucionario, con la excepción de Rivero y Rivero y Baliño, que se pasaron de lleno al campo de la independencia. El apoyo de estos elementos anarquistas dentro del sector tabacalero es inmenso tanto en lo moral como en lo político-económico. Martí recibe jubiloso el acuerdo del Congreso del 92 y casi al mismo tiempo decide fundar un partido separatista de corte revolucionario, compuesto en su base mayoritaria por obreros tabacaleros fuera y dentro de Cuba, los cuales ya pueden conciliar sus sentimientos anarcoseparatistas después de los acuerdos del congreso de 92.

Precisamente en la fundación del Partido Revolucionario Cubano (PRC), a principios de 1892, en que Martí actúa como Delegado, estaba compuesto desde su base por diferentes clubes revolucionarios, autónomos, descentralizados y con una mecánica y unos estatutos de «democracia directa», es decir, no se trata de otro partido político en el sentido electoral, sino de un movimiento netamente revolucionario, camino de la independencia. Los anarquistas que se agruparon bajo las consignas del separatismo lo fueron principalmente en dos clubes,

titulado el primero, no sin cierta ironía, Club Roig San Martín, y el segundo denominado Fermín Salvochea, en honor del apóstol del anarquismo andaluz, apreciado por Martí y gran defensor en la cárcel de la causa cubana.

Con relación a la unidad entre anarquistas y separatistas, antes y durante la guerra del 95, es necesario hacer una aclaración pertinente. Martí tenía unas ideas sui generis de las proposiciones anarquistas. Las consideraba en el escenario laboral apropiadas y justas pero curiosamente aborrecía la violencia que creaba la lucha de clases obrero-patronal. Poseía, en contraste con sus contemporáneos, una fuerte conciencia social, pero tendía a diferenciar equivocadamente al anarquismo en Cuba con el europeo. Deploraba las disparidades clasistas y estaba convencido de que la futura república sería la solución imparcial de los problemas sociales: «[...] para el beneficio equitativo de todas las clases [...]» sin imposiciones violentas de una parte u otra.

Los anarquistas tanto en Cuba como en la emigración, aliados o no políticamente al separatismo, poseían a su vez una agenda social diferente a la sostenida por Martí. Prevenidos anteriormente por Roig San Martín, tanto los ácratas de la Isla como de los extramuros, aspiraban a la meta de obtener para los obreros una república que les concediera un espacio más amplio de libertad social que el acoso importado de España. Pero, en realidad, ni el consenso político con el separatismo, ni las virtudes democráticas de Martí, ni el ideal de un gobierno republicano justo, eran en aquellas años planteamientos anarquistas, ni su agenda social, revolucionaria. A lo que en verdad se aspiraba y se luchaba tesoneramente por obtener era lo que dentro de ese régimen republicano encontraría el proletariado cubano. Una «mayor libertad de acción y movimiento» en busca y logro de reivindicaciones obreras, ¿de qué les serviría o reportaría beneficio sino a los trabajadores la república por venir? Mientras, Martí soñaba en la república como fin, los anarquistas los razonaban como medio.

Para 1893 y según Esteve, existía en Cuba una «tiranía mansa», es decir, otro período de calma y reajuste en el gobierno colonial, lo cual es evidentemente aprovechado por los anarquistas en La Habana para reagruparse y abrir a mediados de mayo el Círculo de Trabajadores en otro local, cambiándole el nombre a la entidad por el de Sociedad General de Trabajadores (SGT). Ese año la conmemoración del Primero de Mayo tuvo lugar «[...] en condiciones excepcionales y se celebraron mitines en algunas poblaciones del occidente [...]», según relata Casanovas Codina.

La crisis económica que ese mismo año tuvo lugar en los EE.UU. afectó de forma decisiva a la industria tabacalera, tanto en Cuba como en las ciudades norteamericanas que dependían de este producto para subsistir, y sufrieron las consecuencias de esta anomalía capitalista. Los dueños de las fábricas, en vista del declive de las ventas, dejaron sin trabajo a cientos de obreros y decidieron arbitrariamente rebajarle el salario a los que quedaron empleados. Los desempleados decidieron regresar a La Habana, donde las condiciones laborales tampoco eran muy propicias.

Estas acciones por parte de la patronal en la ciudad de Cayo Hueso provocaron una situación crítica mezclada con algunos actos de violencia en los que participan las autoridades y elementos del bajo mundo pagados por los patronos contra los obreros. El recrudecimiento de esta tensa situación es aprovechada por las autoridades españolas en Cuba para debilitar el naciente movimiento separatista en el Cayo, facilitando el retorno de los desempleados, casi todos en un estado lamentable de miseria. Hay que recordar que el separatismo recibía fondos colectados entre los obreros y al originarse estos acontecimientos mermarían sustancialmente su poder económico. Con la idea de dividir a los elementos separatistas del sector anarquista, el Capitán General interino, José Arderius, intentaba convertir un problema social en una causa política. No tuvo mucho éxito. Las condiciones en La Habana no eran mejores que las del Cayo y los obreros continuaron en la miseria a pesar de su traslado a Cuba.

Pero el desempleo masivo en la industria tabacalera no ayudaba a los responsables anarquistas de la SGT a encontrar una solución al dilema, y dicha organización sufrió los

embates de esta terrible situación. Por otra parte, y en palabras de Casanovas Codina, «[...] la llegada a Cuba de trabajadores [...] sin duda contribuyó a [...] conocer la campaña del PRC [...] para desencadenar la guerra [...]». Este trasiego dejó como consecuencia un debilitamiento del proceso social en el cual trabajaban los anarquistas. Sin embargo, ya a finales de 1893 estalla en Cayo Hueso una huelga en la fábrica de tabacos La Rosa Española por la contrata de obreros traídos de Cuba. La respuesta patronal no se hace esperar y ordenan importar de La Habana «[...] 300 peninsulares» para reemplazar a los obreros cubanos que habían declarado el paro.

Se nombra una Comisión de patronos para que vaya a La Habana y se entreviste con el Teniente General Callejas y «con dos jóvenes dirigentes de la SGT, [...] Sabina Muñiz y José González Aguirre» con la idea de que reclutasen entre sus asociados elementos rompehuelgas para trabajar en el Cayo. Porsupuesto que, tanto Muñiz como González Aguirre, se negaron de plano a la propuesta de la Comisión, y aunque esta maniobra finalmente se llevó a cabo a pesar de la firmeza de ambos responsables, la actitud de los anarquistas fue bien clara en solidaridad con sus compañeros huelguistas de Cayo Hueso. El plan de las autoridades españolas en contubernio con los patronos era ahora fragmentar el debate entre anarquistas y separatistas agregando el ingrediente nacionalista de cubanos contra españoles.

Los que perdieron es esta crisis fueron los anarquistas que por mantenerse firmes en sus convicciones no aceptaron el pacto con la Comisión y el Capitán General, mientras que por su parte el separatismo se beneficiaba al delinearse los campos entre cubanos y españoles. En el Cayo, mientras tanto, la huelga llegaba a su fin con una derrota patronal. Los rompehuelgas fueron recibidos a palos por parte de separatistas y anarquistas, unidos por primera vez en una lucha social a favor de los obreros. Los disturbios en Cayo Hueso repercutieron en Washington por la gestión de Horatio Rubens, el abogado del PRC que logró de las autoridades norteamericanas la prohibición de contratar obreros extranjeros procedentes de Cuba. Mientras que en La Habana las ideas anarquistas eran derrotadas temporalmente, en el Cayo se beneficiaban.

Fue fácil para las autoridades prohibir la conmemoración del Primero de Mayo en 1894, dada la debilidad de la SGT. Pedro Esteve relata que por esos años estuvo en La Habana tres meses, publicó el semanario de corta duración el *Archivo Social*, se entrevistó con Creci y volvió a Patterson, en Nueva Jersey, a trabajar en *El Despertar*. Esteve, que vio venir la guerra en Cuba, no sentía ninguna simpatía por el separatismo a pesar de su amistad con Creci; pensaba, como Roig San Martín, que la guerra no iba a beneficiar a nadie, mucho menos a los ácratas, y en el futuro se opondría a la participación de los anarquistas en el conflicto, tanto a favor del separatismo como del integrismo españolista y colonial, o sea, una actitud apolítica de neutralidad.

En febrero de 1895 la guerra convocada por Martí estalla en Cuba y los anarquistas más comprometidos se convierten en combatientes por la libertad. Entre éstos se destaca Enrique Creci desde Tampa, donde había fundado *El Esclavo*, en 1895, justificando la independencia de Cuba contra España y debatiendo el tema con Esteve en Patterson y Cristóbal Fuente en La Habana. Finalmente Creci regresa a Cuba en 1896 y perezca macheteado en un hospital de campaña en Matanzas después de ser herido en combate contra tropas españolas. Messonier, por su parte, finalmente expulsado de Cuba en 1893 después de pronunciar un discurso en el teatro Payret a favor de la independencia, se dedica a combinar su vida en una lucha doble por el anarcoseparatismo y a debatir el tema de la independencia con el resto del mundo ácrata. Lamentablemente para todos, las promesas y cambios sociales propuestos por Martí desaparecen con la muerte del líder civil del PRC cuando cae prematuramente frente a las tropas españolas en 1895. En este proceso bélico, los ácratas de Cuba y los de la emigración tendieron a situarse más de acuerdo con sus principios que con su nacionalidad. Mientras que en Tampa y Cayo Hueso las simpatías a favor de la insurrección estaban junto con Creci, Messonier y Miranda, en La Habana se pronunciaban ora a favor de la independencia, ora en

dirección a una neutralidad antibelicista. De esta manera, en la emigración los obreros anarquistas se unían al separatismo o colaboraban económicamente con la causa. En La Habana muchos ácratas opinaban que la calamidad de una guerra civil, a la cual se oponían por principios, no les facilitaría el camino hacia su destino.

Las diferencias existentes entre ambos sectores durante la guerra en ningún momento fue un factor de divisiones, especialmente en Cuba, donde los anarquistas cooperaron con el separatismo tanto en las ciudades como en los campos. A la llegada de Valeriano Weyler, nuevo Capitán de la Isla y viejo conocido tanto en Cuba como en Barcelona por su carencia de escrúpulos y abundancia de crueldad, fue saludado con un atentado de dinamita en la misma Capitanía General del que por desgracia salió ileso, acto en el que colaboraron tres ácratas y un separatista cubano que procedía de Cayo Hueso.

En La Habana circularon octavillas entre las tropas españolas destacadas en Cuba y entre los Voluntarios para desertar de sus puestos y unirse a la insurrección. También se produjeron una serie de atentados dinamiteros «[...] en varios lugares de La Habana... como puentes o tuberías de gas [...], según la versión de Casanovas, que le imputa tales actos a los anarquistas. La persecución no se hizo esperar, y Weyler «[...] reprimió duramente al movimiento obrero, [...] prohibió la lectura en los talleres, cerró la SGT y deportó a muchos anarquistas [...]».

Aunque según este autor, «La contribución del movimiento obrero a la causa separatista fue enorme», no lo fue universal. Muchos ácratas opinaban que la calamidad de una guerra civil, a la cual se oponían por principios y consecuentes con sus ideales y acuerdos, no les facilitaría el camino hacia un destino de libertadsocial. Opinaban que una república en Cuba no cambiaría la situación social del país y ponían como ejemplo a las demás repúblicas del continente. Seguían de este modo resonando las palabras de Roig San Martín. Desde Alaska hasta la Patagonia se perseguía a los anarquistas con el mismo celo que lo hacía España. Como era de esperar, estas ideas de neutralidad dieron pie a amargas discusiones entre los anarquistas de la época, a pesar de que los antibelicistas no se consideraban aliados de España.

A la violencia desatada por la rebelión separatista, el gobierno de Cánovas del Castillo respondió con su acostumbrada guerra sin cuartel, criminal y represiva, que tenía pocos paralelos en el Continente. Weyler había sido enviado con órdenes tajantes determinar con la insurrección usando cualquier método expeditivo. El «Bando de Reconcentración» causó más bajas en la población campesina que la metralla española. El hambre y las enfermedades liquidó en menos de tres años a toda una generación de cubanos y causó más de 300 000 víctimas. El separatismo armado, que tampoco se andaba con *pequeñeces*, respondió al horror con el terror y ya en agosto de 1897, ni los cubanos habían hecho progresos sustanciales, ni Weyler había podido pacificar Cuba.

Mientras la guerra asolaba los campos de Cuba y se cometía por parte del gobierno español un genocidio sin precedentes, el debate entre los anarquistas de Tampa y Cayo Hueso, Messonier y Miranda, aliados ahora con la publicación ácrata de La Coruña *El Corsario* en defensa de la insurrección y su contrapunto en Patterson desde *El Despertar*, de Pedro Esteve, terminó abruptamente. Adrián del Valle (Palmiro de Lidia), anarquista de Cataluña y bien conocido de Esteve en Barcelona, había marchado en dirección a Cuba primero en 1895, de donde fue expulsado con celeridad, y a los Estados Unidos más adelante. Reflexionando sobre esta inútil disputa, comenzó una campaña en busca de la salida en este laberinto entre los anarquistas a favor y en contra de la guerra.

Era la primera vez que se discutía a nivel internacional entre los anarquistas una cuestión de principios entre obreros y patriotas y no sería la última: apoyar o no a una guerra de independencia. Del Valle razonaba que era mejor no combatir con acritud a aquellos compañeros valiosos que creían en las ventajas de la independencia, aduciendo que los únicos beneficiados en esta polémica iban a ser las autoridades españolas que tanto daño le hacían a los anarquistas en Cuba y España. Finalmente Del Valle preconizó con éxito una moratoria en el debate.

La crueldad de la guerra y las enormes consecuencias de un futuro incierto, creó dentro de España una situación de tensión social que produjo una ácida crítica al gobierno de Cánovas por parte de los anarquistas en España y que fue favorecida al momento por los ácratas que apoyaban al separatismo cubano, tales como Salvochea y Pedro Vallinas entre otros, además de la publicación *El Corsario*. Desde París, por su parte, el Dr. Ramón Emeterio Betances, Delegado del PRC, ayudó a fomentar huelgas y protestas dentro de España contra la guerra de Cuba. Por su parte, el federalismo republicano de Pi y Margall y Salmerón también proponían la independencia como solución al conflicto.

Según el relato de Paul Estrade, en enero del 96 se había constituido en París el Comité Francés de Cuba Libre, bajo la dirección de Betances y el trabajo de Charles Malato. Es necesario destacar que este Comité estuvo principalmente compuesto por anarquistas franceses tales como Achille Steens, Élisée y Elie Reclus, Louise Michel, Léopold Lacour, Jean Grave, Sébastien Faure, Paul Adam y el propio Malato, grupo que trabajó a favor de la independencia de Cuba. En contraste desde Londres, Pedro Kropotkine mantenía una actitud de neutralidad y Emma Goldman en los EE.UU. Planteaba lo mismo.

El principio y causa fundamental de lo que después se llamó «El Desastre» lo fue el ajusticiamiento de Cánovas en Santa Águeda en agosto de 1897, en respuesta a las víctimas anarquistas de Montjuic y los horrores coloniales de España en Cuba y Filipinas. La desaparición del autor principal de la política exterior española en los últimos 20 años fue el golpe final al ya decadente Imperio español. El magnicidio de Cánovas cometido por Michele Angiolillo, en coordinación con Betances desde París, cambió el destino de cinco países. El sucesor de Cánovas, Práxedes Mateo Sagasta, viejo e incompetente, propició una política equivocada para Cuba, decretando una autonomía que no satisfacía a nadie; y como siempre, muy tarde y poco, que demostraba la enorme debilidad colonial. Esto fue muy oportunamente aprovechado por los EE.UU. Para suscitar una guerra contra España en abril del 98; invadir primero y ocupar después Cuba, Filipinas y Puerto Rico, forzando al decadente imperio colonial a firmar la paz en agosto de ese año. La guerra terminaba con la inevitable derrota y humillación del gobierno español en el Tratado de París, firmado en diciembre con la pérdida de todas sus colonias de ultramar, un inequívoco descalabro que sin duda se tenía bien merecido.

Por este Tratado de París, al mismo tiempo que España entregaba sus colonias al gobierno norteamericano, se le garantizaba al gobierno de Madrid las propiedades, industrias, bancos, negocios y tierras en posesión de los ciudadanos españoles en Cuba. Irónicamente, el separatismo cubano que aliado a los yanquis había ganado la guerra, perdía la paz. Se pasaba así, a pesar de los 30 años de lucha por la independencia, de la autonomía tutelada por España al proteccionismo autonómico norteamericano.

CAPÍTULO II

Intervención y República

(1899-1933)

Después de terminadas las hostilidades contra España, los EE.UU. Se encontraban en una posición predominante al norte del continente americano. Concluido su expansionismo en dirección al oeste, a principios de la década de 1890, agotadas ya sus fronteras naturales, la ambición político-económica que sostenía el gobierno de Washington hizo tornar los ojos del águila imperial en dirección al Mar Caribe. Cuba representaba desde los días de Colón la clave geoestratégica, no sólo de las comunicaciones norte-sur del continente, sino también la llave del ya planeado canal interoceánico en Panamá. La idea de posesionarse de Cuba, fuera de forma violenta o por medio de una compra a España, había sido contemplada por los regentes

del Potomac desde principios de siglo. No era de extrañar que cualquier excusa sería suficiente para intervenir en Cuba, y el gobierno español, con su conocida incapacidad colonial, no tardó en proporcionarla.

Sin embargo, dentro del pueblo norteamericano existían simpatías por Cuba y su independencia de España. Esta actitud, unida a un sector político en los EE.UU. que se oponía a la anexión de Cuba, hizo vacilar primero y reflexionar después a los elementos imperialistas que influían en las decisiones de la política exterior norteamericana. Se busca una solución que fuese del agrado de todas las partes en vueltas en la guerra de 1898 y se encuentra una salida que parece satisfacer a todos. La ocupación norteamericana comienza el primero de enero de 1899 y el Gobernador militar, general John Brooke, cumpliendo órdenes del gobierno de McKinley y de acuerdo con el Tratado de París, tranquiliza a los antiguos integristas, ex fanáticos de Weyler, con promesas de mano dura; les ofrece puestos en la nueva administración pública tanto a los ex autonomistas como a los otrora separatistas; desarma el ejército de Máximo Gómez como a los indios apaches, a tantos dólares por rifle; y a comerciantes e industriales les promete un firme auge económico y una "paz social".

Los patriotas del separatismo, que parecían haber perdido la batalla política con esta deseada intervención de última hora por sus aliados del Norte, fuese por incapacidad política o rapacidad por el poder, tuvieron que conformarse con una prometida independencia futura, condicionada al talento para gobernar y su buena conducta e intenciones honestas en el período en que fueran puestos a prueba. Por supuesto que si les concedían el derecho a ser independientes, el separatismo domesticado tendría que respetar las reglas del juego que se impusieran desde Washington.

Conque durante la primera ocupación norteamericana se producen algunos hechos que merecen nuestra atención. Nuestro primer síntoma de malestar social es motivado por la exhumación de los restos de Enrique Creci. Al trasladar su cadáver para La Habana, un grupo de oficiales y veteranos de la guerra participantes en el cortejo fúnebre chocó con la recién creada Policía por el simple motivo de que se le prohibiera a un obrero enarbolar una bandera roja y estalla un tumulto a golpes entre veteranos y anarquistas de una parte, en contrade los guardadores del orden público de la otra. Relata Antonio Penichet: «[...] y la sangre se derramó a pesar que en la comitiva se encontraran [...] Salvador Cisneros Betancourt, Juan Gualberto Gómez, el Dr. Falco y otros revolucionarios [...]»

Francisco Federico Falco había llegado a Cuba procedente de Italia casi a finales de la guerra. Seguía los pasos de Orestes Ferrara, su compatriota, que en gesto solidario se agrupaba con el separatismo, consciente de su filiación inicial como anarquista. Ferrara, que alcanzó el grado de Coronel, había sido nombrado como gobernador civil interino de la provincia de Las Villas, y en sus Memorias relata cómo en una huelga que estalla en Saguala Grande entre obreros de un lado y comerciantes, industriales españoles y la compañía de ferrocarriles ingleses del otro, Ferrara decide ponerse de parte de los huelguistas. «Había que redimir a Cuba aumentando los salarios [debido a] que las entradas de los capitalistas [...] habían aumentado el 200% [...]». Esta actitud le crea problemas con las autoridades de ocupación y Ferrara es forzado a renunciar a su puesto y salir de Cuba temporalmente. Falco le siguió los pasos.

Durante este año de 1899 comienza un nuevo proceso de la lucha social en Cuba. El primero es la llamada Huelga del Alcantarillado por tratarse de un paro iniciado por los empleados de ese proyecto el 20 de agosto del mismo año. La huelga se extiende a todo el sector de la construcción, organizada y respaldada por los anarquistas que se habían reagrupado en una organización llamada la Alianza de Trabajadores. Para septiembre y después de un mitin público y un *Manifiesto* donde se alude a la «lucha internacional por las 8 horas, la bandera roja de los trabajadores, los Mártires de Chicago [...]» lapolicía arresta a sus principales organizadores, Francisco de Armas, Serafín Busto, Juan Aller, Francisco Carballeda y Evaristo Estenoz, este último asesinado en 1912 durante la guerra racial que estalló en Oriente. Él gobernador de La Habana, William Lodlow, prometió el castigo adecuado a «los enemigos de

la Sociedad que enarbolan la bandera roja de la anarquía[...]»

La huelga de 1899 terminó con un aparente fracaso proletario. Los obreros nunca recibieron el apoyo total de la población, que intimidada y coaccionada, se tornaba pesimista. Las huelgas, aseguraban, ponían en peligro a la futura república. A pesar de este revés, dos semanas después de haber terminado la huelga, los albañiles recibían un aumento de salarios y la promesa de «estudiar» el requerimiento de la jornada de 8 horas de trabajo, demanda que se cumplió 34 años más tarde. Este paro, represivo y violento, fue respaldado y divulgado ampliamente por dos nuevas publicaciones anarquistas: *¡Tierra!*, dirigida por Abelardo Saavedra, y *Tiempos Nuevos*, de corta duración, por Adrián del Valle, que regresaba del exilio para quedarse definitivamente en Cuba.

En septiembre de 1899 se funda una nueva organización obrera, la Liga General de Trabajadores, de corte moderado, pero con notable influencia libertaria. Sus organizadores son: Enrique Messonier, Ramón Rivero y Rivera, Ambrosio Borges y José Rivas. Respalda a la Liga una nueva publicación dirigida por el propio Messonier, *¡Alerta!* Este grupo de anarquistas procedía de la emigración de Tampa y Cayo Hueso, agrupados dentro del sector separatista y todavía con reservas hacia sus antiguos compañeros de La Habana, por lo que decidieron poner tienda aparte de la Alianza. En diciembre McKinley cambia de Capitán General, sustituyendo a Brooke por Leonard Wood, todavía más duro y autoritario. Es precisamente durante el comienzo de este proconsulado que decide, en febrero de 1900, visitar La Habana Errico Malatesta.

El pensador y escritor anarquista nacido en Italia era por esos años uno de los teóricos de las ideas más avanzadas y por supuesto el residente en Patterson, Nueva Jersey, bien conocido por las autoridades de ocupación. Sus varias y sonadas conferencias en el Círculo de Trabajadores y en el vecino pueblo de Regla fueron acogidas por un numeroso público que llenó los locales para oír sus palabras. Se le entrevistó en varios periódicos, donde también hizo declaraciones a favor de las Ideas, pero Malatesta tuvo que sufrir la demora y suspensiones temporales de varias disertaciones hasta que finalmente el Gobierno Provincial decidió suspender el permiso de conferencias al anarquista, que fue prevenido con anterioridad a no mencionar la palabra *anarquía* en sus discursos.

La última suspensión de estas charlas anarquistas fue definitiva, lo que forzó a sus compañeros cubanos que lo habían invitado a Cuba y «[...] a requerimiento del grupo que editaba *El Nuevo Ideal* [...]» que estaba dirigido por el mismo autor de estos recuerdos, Adrián del Valle. Por iniciativa del propio Malatesta, Del Valle decide entrevistarse con el gobernador civil, el general Emilio Núñez, antiguo traficante de expediciones militares entre EE.UU. y Cuba en favor de la independencia, bien conocido por los anarquistas de la emigración y que era el responsable en negarle a Malatesta el permiso para hablar en público, derecho que tenía cualquiera que se consideraba como un hombre libre hasta en los EE.UU. En dicha reunión Núñez declara que «[...] existía una ley del tiempo de España que prohibía la propaganda anarquista [...]», a lo que según Del Valle, Malatesta le responde: « [...] con toda finura [y le hace] observar que cuando el general Núñez combatía al gobierno de España no le importaba desobedecer las leyes españolas que ahora tanto empeño tenía en acatar».

Aunque la ironía no pasó desapercibida por Núñez, es probable que no la había apreciado, y como era de esperar, Malatesta tuvo que marcharse de Cuba al no poder seguir haciendo propaganda. Por su parte Manuel M. Miranda, «[...] que durante la guerra [había sido] deportado a Chafarinas no por insurrecto, sino por anarquista [...]», según relata Del Valle, escribió varios artículos en el periódico liberal *La Discusión* «[...] poniendo en berlina al gobernador [...] y a los elementos político-nacionalistas [...]» que habían influido y presionado a Núñez para tomar esta arbitraria decisión.

Antes de regresar a los EE.UU. Malatesta escribe un artículo que publicó también en *La Discusión* en el que expone sus ideas con relación a Cuba. Adrián Del Valle nos recuerda que Malatesta había dejado constancia de su pensamiento en una declaración hecha durante la

guerra, «[...] ningún individuo que luche contra toda clase de tiranía, puede dejar de luchar en favor de la independencia de Cuba». Malatesta coincidía por esos años más pragmáticamente con Messonier, Creci y Miranda que con Roig San Martín, esto por supuesto no le impedía seguir siendo uno de los ideólogos más notables del anarquismo. En dicho trabajo periodístico, Malatesta admite una «potente simpatía» por «esos valientes trabajadores cubanos, blancos y negros [...] que me han dispensado una acogida tan cordial». Está seguro que los anarquistas sabrán «[...] tomar su puesto entre los elementos más adelantados [...] luchar por la emancipación integral de la humanidad».

Lamenta Malatesta la imposición «al pueblo cubano de las mismas leyes españolas [contra las que lucharon] murieron Martí, Maceo, Creci y miles de cubanos». Malatesta opina que la lucha de clases no puede cesar porque se declare una república en Cuba y les recuerda a sus compañeros que la Cuestión Social sigue tan vigente en Cuba como en los tiempos coloniales, pues sus leyes no han cambiado. La república futura, espera Malatesta, deberá concederle a los anarquistas más espacio social donde poder actuar, de lo contrario, y esto es de lamentar, el panorama social continuará deteriorándose.

Como se puede apreciar, la situación de los anarquistas con referencia al gobierno de ocupación yanqui era la misma que existiera con España, con el agravante de que los remanentes del separatismo no parecían entender ahora las ideas libertaria, y el ideario del PRC había sido enterrado con Martí. Era la sociedad cubana de principios de este siglo una composición, dentro de un esquema clasista, de dos grupos polarizados: uno minoritario y poderoso que representaba el capital y los intereses extranjeros, respaldados por la nueva Constitución de 1901, el gobierno de turno y empresarios, comerciantes, industriales tanto cubanos como españoles de una parte, y un gran sector mayoritario de una población obrera y campesina sumido en la pobreza, que trataba de recuperarse del hambre y la miseria dejados por la guerra de exterminio entre España y el separatismo.

La Isla se encontraba en un estado de postración total, y por consiguiente, le resultaba muy difícil a los ácratas de esos años organizar casi sin recursos una lucha social contra el deplorable estado de abusos que existía en Cuba. Aun así, organizaron y orientaron, como hemos visto, huelgas importantes que se ganaban o perdían, y se mantuvo con firmeza la orientación obrera en esos años terribles.

Antes de inaugurarse la soñada república, se le impone a los cubanos por parte del naciente imperialismo norteamericano, la Enmienda Platt, por la cual cualquier gobierno de los EE.UU. Se otorgaba el derecho a intervenir en Cuba cada vez que una situación política desagradable pusiera en peligro tanto sus intereses políticos imperiales como los económicos de los otrora súbditos de España, en cumplimiento del Tratado de París. Esta Enmienda, protestada enérgicamente por los libertarios en sus publicaciones y por algunos separatistas de corte ultraliberal, resultaba insultante para el pueblo de Cuba como también onerosa, pues además tenía que pagar de sus bolsillos el costo de cualquier expedición militar, ocupación y la consabida burocracia.

El pueblo de Cuba recibió con júbilo sincero el 20 de mayo de 1902 como el comienzo de la Primera República, a pesar del apéndice constitucional de la Enmienda Platt como parte de la Constitución de 1901. El nuevo presidente, Tomás Estrada Palma, había actuado como delegado del PRC en Nueva York y era un anciano de 70 años que no sentía ninguna simpatía por los anarquistas, a pesar del apoyo que éstos le habían prestado a la causa separatista. El segundo hombre en importancia era el general Máximo Gómez, un patriota que le había hecho con éxito la guerra a España, también de edad avanzada, de carácter autoritario y refractario a cualquier concesión social, que tampoco entendía las ideas de los ácratas.

El 4 de noviembre de 1902 estalla en el sector tabacalero un paro conocido como la Huelga de los Aprendices, debido a la discriminación que existía con relación a emplear españoles en vez de cubanos. La huelga se extendió a los pueblos colindantes de La Habana y se producen choques con la policía. El paro se extiende entonces a otros sectores y la violencia crece. A

pesar de las simpatías de muchos patriotas vinculados a los anarquistas, el gobierno de Estrada Palma-Gómez se opone a negociar y se producen choques violentos con la nueva fuerza represiva del gobierno, la Guardia Rural. Finalmente, al faltar el respaldo popular esperado, los responsables del paro lo dan por terminado. El espíritu de libertad del cubano se convierte en pesimista y conformista, temiendo que cualquier disturbio social haga fracasar el primer intento de los cubanos de gobernar y ser gobernados. Los anarquistas respaldan, secundan y orientan esta huelga desde los sindicatos y sus publicaciones.

Es evidente el fracaso de esta huelga, en la que están más comprometidos los componentes de la Liga que los anarquistas del Círculo; los primeros han tratado sin mucho éxito ante Estrada Palma de llegar a una solución de compromiso, esperando algún respaldo de sus antiguos aliados en la emigración. Este fiasco les hace perder mucho terreno en el campo proletario, al extremo de tener que disolverse, en contraste con los elementos del Círculo, que exigían una solución radical. Esto obliga a sus dos dirigentes principales, Rivero y Rivero y Messonier, a retirarse de las luchas obreras. Rivero y Rivero termina a las sombras de una muerte en la pobreza, y Messonier se coloca definitivamente en campo político, en el Partido Nacional Cubano primero y en el Liberal más adelante, sin renunciar a los postulados de su juventud, aunque dado de baja de la causa proletaria.

Dentro del sector campesino los anarquistas empiezan a organizar sus militantes en el sector azucarero. Es la primera vez en Cuba que se realiza una labor en esa dirección y dentro de la mayor y más rica industria de la Isla. La respuesta patronal en la zona de Cruces, en el centro de Cuba, es violenta. Dos obreros responsables, Casañas y Montero, son asesinados, lo que provoca una protesta general por parte de *¡Tiera!* y *¡Alerta!* El crimen queda impune y se cierra en 1902 con dos víctimas del campesinado. En 1903 se frustra otra huelga de protesta por dichos crímenes, coincidiendo con la celebración del Primero de Mayo.

La segunda intervención norteamericana se produce en 1906 debido a una crisis política motivada por Estrada Palma en su deseo de reelegirse como presidente y al consecuente conato de guerra civil entre el gobierno y el Partido Liberal. A finales del gobierno de Estrada Palma, varias huelgas estremecen al país en La Habana, Ciego de Ávila y Santiago de Cuba. Envueltos en estos conflictos se encuentran los sectores ferroviarios, tabacaleros, de albañiles y transportes urbanos. El clima social se sigue deteriorando. El gobierno interventor soluciona de forma favorable a los trabajadores la llamada Huelga de la Moneda, por la que se demandaba el pago de haberes en moneda norteamericana y no española, al no circular una moneda nacional.

Según reportaba muchos años después, en 1956, *Solidaridad Gastronómica*, «En 1907 se efectúa la primera gira de propaganda nacional que tenemos noticia y forman parte de ella Francisco González Solá, Abelardo Saavedra, Vicente López y Domingo Germinal, todos oradores de verbo encendido». Marcelo Salinas, por su parte, recuerda en esa misma actividad a G. Campos «[...] de relevantes cualidades tribunicias [...] y otros propagandistas valiosos como Pedro Irazozqui, Isidoro Ruiz [...]» También en palabras de Salinas: «[...] cuando en 1909 es fusilado en Barcelona Francisco Ferrer Guardia [...] el crimen repercute en Cuba con la organización de numerosos actos públicos [...], que, como era de esperar, son reprimidos violentamente por las autoridades.

El panorama social de la primera década del siglo en Cuba no podía ser más frustrante. El nuevo presidente, José Miguel Gómez, proviene del Partido Liberal y había sido general de la guerra. Durante su mandato, la situación de obreros y campesinos no cambió mucho a pesar de que las condiciones económicas en la Isla habían mejorado y el azúcar recobraba su precio y mercados. La política cubana se dividía en dos bandos: Liberales y Conservadores, tal como en la España de Cánovas, y en cualquiera de los casos, el partido que ganara el poder, o las tribus gobernantes de «generales y doctores», como se decía en la época, carecía de la más mínima conciencia social. El problema obrero o campesino estaba tan lejano o desconocido para estos patricios como Siberia. Dividían al *paisanaje* en dos grupos: los que apoyaban a su

gobierno o los que se le oponían. En cuanto a los anarquistas, antiestatistas por principios, eran considerados como enemigos jurados.

La única diferencia era que cuando la oposición estaba representada por elementos más progresistas dentro del Partido Liberal, éstos se trataban de atraerse a los ácratas con pequeños favores, tales como defensas legales o deferencias en su prensa, más con el propósito de tratar de manipularlos creando problemas sociales en contra del gobierno, que por verdaderas simpatías. Por su parte los conservadores se dedicaban a la persecución del anarquismo.

El estallido de la revolución en México en 1910 provoca un serio impacto entre los obreros y campesinos cubanos. La prédica de Ricardo Flores Magón y de Práxedes Guerrero desde *Regeneración* y los fusiles de Emiliano Zapata son el acicate en la conciencia de los olvidados obreros de la caña de azúcar, primera industria del país. Existían relaciones anteriores con Flores Magón por parte de la dirección de *¡Tierra!*, publicación que ataca sin cesar la dictadura de Porfirio Díaz, lo que le gana a su director, Abelardo Saavedra, un proceso y una multa por parte del gobierno.

El 14 de julio de 1911 el nuevo gobierno liberal de Gómez tiene que hacerle frente a varias huelgas entre los obreros tabaqueros, carretoneros y panaderos, con la consabida cobertura de *¡Tierra!*, que apoya sin reservas las gestiones laborales de Alejandro Barreiro y Antonio Acebal. Estas huelgas, a pesar de ser justas sus demandas, fracasan rotundamente, motivadas por la política represiva del nuevo Secretario de Gobernación Gerardo Machado, que deporta a los anarquistas como «extranjeros indeseables» y encarcela a los libertarios nativos. Esta política del gobierno, consagrada en «decretos-leyes», continuaría por más de veinte años. La campaña propagandística consistía, además, en indisponer a la opinión pública contra los anarquistas, dividiendo al movimiento obrero en dos grupos: «obrerros extranjeros perniciosos» y «obrerros nativos sumisos». Este tipo de represión fue protestada por todas las organizaciones obreras y el pueblo trabajador.

Asume la presidencia el general Mario García Menocal, de corte aun más autoritario que el de Gómez, y se convierte en el primer dictador de la República. En 1913 se reanudan las luchas campesinas en Cruces, respaldadas por la Federación Local de Villaclara, que agrupaba a todos los sectores campesinos de esa zona, tales como Sagua la Grande, Cienfuegos y Caibarién. También se renueva la Asociación de Tipógrafos y continúa la publicación de su vocero *El Memorándum Tipográfico*, antiguo gremio libertario. Los obreros de casi todas las publicaciones en Cuba, desde tiempos coloniales, representaban uno de los sindicatos más combativos de la Isla. Desde sus filas habían salido J. C. Campos y Enrique Creci; en esa época las figuras más destacadas de la lucha obrera en los años por venir son Alfredo López, Antonio Penichet y Pablo Guerra. Se producen huelgas en Santa Clara y violencia en Camagüey. El gobierno acusa a los redactores de *¡Tierra!* De complicidad.

A principios de 1915 son deportados a España, de acuerdo con las leyes antianarquistas y acusados de promover huelgas azucareras en Camagüey, apoyar manifestaciones en La Habana y provocar una huelga de obreros azucareros en Guantánamo, Abelardo Saavedra, Juan Tenorio, Vicente Lípiz y Román Delgado. El periódico *¡Tierra!* es secuestrado y posteriormente suspendido. Por su parte, los anarquistas que orientaban a los obreros de Cruces dieron a la luz un documento conocido como Manifiesto de Cruces, que fue por su redacción literaria un impacto y un poema de combatividad anarquista. «Sostengamos nuestro grito con la fuerza de nuestro brazo» y «Callar es transigir» son la mejor muestra de un grupo de trabajadores que tenían derecho a mejores destinos y no al hambre hereditaria que padecían por generaciones, aun cuando eran la fuerza productiva de la industria más rica e importante de la Isla.

Fernando Iglesias firmó este Manifiesto que circuló profusamente entre los obreros del azúcar y planteaba el derecho a la rebelión con todas sus consecuencias contra la explotación y el abuso de terratenientes y capitalistas. Solidarios al documento fueron Laureano Otero, Manuel

López, José Lage, Benjamín Janeiros, Luis Meneses, Santos Garós, Miguel Ripoll, Francisco Baragoitia, Andrés Fuentes, Tomás Rayón y Francisco Ramos. Exigían los firmantes las 8 horas diarias de trabajo y un aumento salarial del 25%. Iglesias fue detenido unos días después. Las abusivas situaciones sociales en los ingenios de caña eran cometidas por las empresas norteamericanas y españolas, que controlaban la mayor parte de la producción del país. El precio del azúcar en el mercado mundial sobrepasó al coto establecido durante un siglo debido a la Primera Guerra Mundial, lo que benefició en gran medida a propietarios y colonos, mientras que la situación de los campesinos era como en los tiempos de España. El gobierno de García Menocal reprimió violentamente cualquier protesta, usando al Ejército Pretoriano y a la Guardia Rural para asesinar, perseguir y deportar a los anarquistas. En Santiago de Cuba fue alevosamente asesinado el joven ácrata Adolfo Pérez Rizo por atacar literariamente en *¡Tierra!* a García Menocal. En abril de 1917 Cuba le declara la guerra a los Poderes Centrales, un día después que los EE.UU., lo que afecta favorablemente el precio del azúcar. Comienza en Cuba un período llamado «Las vacas gordas». Los anarquistas en Cuba deciden mantenerse neutrales a pesar del cambio que pregona Kropotkin desde Londres de tomar partido por los aliados, en contraste con el *neutralismo* que proponía para Cuba en 1897. Como consecuencia, los anarquistas son acusados de *germanófilos*.

García Menocal decide ganar por la fuerza las elecciones presidenciales y los liberales se alzan en armas, iniciándose en la Isla un período dictatorial. En ese año de 1917 se estableció en la calle Egidoo número 2 de La Habana el Centro Obrero, que pronto se convertiría en el local anarquista más notable de su época y desde donde se planearon y ejecutaron por más de una década huelgas, boicots, actividades y decisiones para todo el país. El clima de agitación social de 1917-1919 tuvo caracteres dramáticos. Los intereses económicos españoles y norteamericanos, con el gobierno de cómplice, consideraban que cualquier protesta de tipo social era un conato de guerra civil. El ojo del águila desde el norte nos observaba cauteloso. Fue una época criminal y despótica a favor de sostener la economía al servicio de los poderosos.

Entre 1918 y 1919 estallaron cuatro huelgas generales en La Habana solamente; el Estado represivo recibió una respuesta adecuada con la explosión de varias bombas, y fueron encarcelados y condenados a muerte los principales organizadores anarquistas de la época, Marcelo Salinas, Antonio Penichet, Alfredo López, Alejandro Barreiro, y Pablo Guerra. El asesinato en plena vía pública del anarquista Luis Díaz Blanco fue el detonador de una serie de acontecimientos violentos que culminaron, en sus funerales, con una demostración masiva del pueblo habanero en contra del gobierno. Finalmente se suspendieron las garantías constitucionales con el objeto de crear un clima de terror en la opinión pública, se deportó a cerca de 77 obreros calificados como «caterva anarco-sindicalista», se prohibieron las publicaciones ácratas y se cerró el Centro Obrero. Todo como en los mejores tiempos de Cánovas y Weyler.

La calma temporal se inicia en 1920 debido a la normalización del precio del azúcar, etapa conocida como «Las vacas flacas». Los orientadores anarquistas aprovechan la oportunidad para celebrar en abril un congreso obrero que ataca la «carestía de la vida» y propone una serie de medidas de corte económico «inmediato y transitorio» para resolver el problema. Se acuerda la formación de una Confederación Nacional del Trabajo y se propone a un Comité para que «formule un proyecto de organización, estudiando las opiniones de todas las colectividades». Finalmente el Congreso le «envía un fraternal saludo a los hermanos que en Rusia han establecido la República Socialista del Soviet... »

No parece haber dudas de que al principio la revolución de octubre en el Petrogrado de 1917, en la que habían participado de forma bien visible los anarquistas rusos, fue una noticia bien recibida por los obreros cubanos. Con la toma del poder por los soviets en Rusia, parecía que el sueño de tres generaciones de luchas contra todas las injusticias del capitalismo y del Estado habían llegado a su fin. La actitud de los anarquistas en Cuba fue de júbilo y solidaridad

durante su propia acción social en la Isla, en la cual unos pocos elementos socialdemócratas y marxistas habían participado activamente de forma solidaria siguiendo las consignas ácratas. Pocas noticias habían llegado desde Nueva York o Barcelona de la persecución que Lenin estaba llevando a cabo contra los anarquistas rusos en esos años. No es por lo tanto extraño, que el Congreso de 1920 en La Habana respondiera favorablemente al gobierno bolchevique de Lenin y Trotski, actitud que tuvo eco en todo el mundo proletario. Sin embargo, esta solidaridad cambiaría muy pronto.

Al terminar el Congreso de 1920, se reanudaron con más fuerza las demandas proletarias, con la inevitable represión del gobierno. Bombas y petardos estremecían a La Habana y el Primero de Mayo se produjo otro paro general. Penichet y Salinas fueron de nuevo presos, y en protesta por su detención, hizo explosión un petardo en el Teatro Nacional cuando Enrico Caruso cobraba por cantar *Aida* \$10.000.00. Radamés huyó acobardado por las calles de La Habana. Salinas y Penichet, después de ser condenados a muerte, fueron puestos en libertad a principios de 1921, con el cese del gobierno menocalista. Con el nuevo gobierno *moderado* de Alfredo Zayas se inicia la etapa más constructiva del anarquismo en Cuba. La semilla plantada por los ácratas a finales de la década de 1880 se había convertido en aquel «Árbol de la Libertad» que mencionara Roig San Martín, y empezaba a dar frutos.

Proliferan las publicaciones libertarias: *¡Tierra!* comienza una segunda etapa y se editan folletos y libros. Regularmente se publican *La Batalla*, *Nuevos Rumbos*, *Vía Libre*, *El Memorándum Tipográfico*, *Espartaco*, *Nueva Luz*, en fin, un verdadero renacimiento cultural proletario por el cual hasta los más modestos gremios tienen una hoja informativa. Se fundan Ateneos Libertarios, Centros Obreros, Clubes Naturistas, la propaganda del Ideal circula por toda la Isla y el trabajo de organizadores, escritores, oradores, sindicalistas y orientadores sociales es de una naturaleza exuberante. Son los anarquistas en esos años turbulentos los primeros que, sin medios económicos y sin la ayuda de nadie, organizan, agrupan y orientan a la mayoría de los trabajadores del campo y de la ciudad en un esfuerzo sin paralelo en nuestra historia.

Una nueva generación de cubanos emerge por esos años en medio de una sociedad llena de taras coloniales, separación clasista y racial, gobiernos autoritarios e injerencia norteamericana. Promete cambios radicales en las estructuras sociales y políticas y comienza una lucha sin cuartel contra todas las lacras nativas o extranjeras. Los anarquistas de esa generación son conscientes de la agenda cubana y toman el camino de los tortuosos cambios definitivos en las infraestructuras económicas y sociales. Serán los abanderados de la libertad y la justicia social para las clases más olvidadas, convirtiendo las ideas del anarcosindicalismo en las mayoritarias del mundo proletario.

El hombre que parece llevar sobre sus hombros toda una serie de responsabilidades laborales se llama Alfredo López. De filiación netamente anarquista, a pesar de la «revisión marxista de la historia cubana», según escritores contemporáneos, López recibe las ideas libertarias por la influencia de Pablo Guerra, un obrero negro del mismo gremio tipográfico a que pertenecen López y Antonio Penichet. Destacado orientador dentro de su sindicato, López emerge como figura prominente durante el Congreso de 1920 y su labor unitaria dentro del obrerismo cubano no termina hasta su asesinato en 1926. Como la mayoría de su generación obrera, López es profundamente anarcosindicalista. Por sus escritos, su breve y concisa oratoria, su actuación sindicalista, sus procedimientos pragmáticos y los acuerdos tomados bajo su responsabilidad, es muy difícil situarlo dentro de otro campo que no sea el anarquista. Carente de sectarismos, su labor, ante una sociedad que había dejado solos a los proletarios, fue intensamente unitaria y se supo ganar a los elementos marxistas dentro de la lucha obrera en Cuba. De paso también agrupó dentro de las filas proletarias a elementos reformistas, acción afirmativa de la que poco se conoce o se quiere ignorar.

La fundación de la Federación Obrera de La Habana (FOH) en 1921, en la que López es el factor aglutinante, da inicio a una campaña de corte evidentemente anarcosindicalista con

relación a todo el movimiento obrero en Cuba. El pragmatismo laboral es la orden del día con la idea de federar en una sola organización, a nivel nacional, a todos los factores obreros y campesinos de la Isla. La FOH no está formada por sindicatos anarquistas exclusivamente, aunque éstos sean los más numerosos o sus ideas libertarias sean las más populares. Esta política sindical choca con el ideario de algunos anarquistas que aspiran a una organización netamente anarcosindicalista, parecida a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), creada en España en 1910, y exponen sus criterios al respecto. Al final se acepta la tesis unitaria de Alfredo López, ante la realidad de caer en la fragmentación. Esa disputa se toma como base por los relatores marxistas para acotar que López no era anarquista, lo cual resulta una falacia. En 1923, y a raíz de un movimiento de reforma dentro de la Universidad de La Habana, aparece Julio Antonio Mella como uno de los líderes de aquella gestión. López le ofrece su apoyo y logra persuadir a Mella de que colabore junto con algunos estudiantes en la recién fundada Escuela Racionalista Nocturna, al servicio de los obreros y siguiendo la tradición del maestro libertario Francisco Ferrer. Para finales de ese año se funda la Universidad Popular José Martí, primer paso que se toma en Cuba para la enseñanza de las diferentes ideas políticas y sociales de ese tiempo. La relación directa entre el futuro fundador del Partido Comunista Cubano (PCC) y Alfredo López ha dado también pie para formular una serie de hipótesis sobre la influencia de las ideas de Mella en López, cuando fue todo lo contrario, según declararía Mella años después. Durante todo 1924 y con la innegable tolerancia del Presidente Alfredo Zayas, se producen algunos movimientos huelguísticos dentro de los sindicatos ferroviarios y azucareros. Otro anarcosindicalista de primer orden empieza a destacarse en el gremio ferroviario-azucarero de la provincia de Camagüey, Enrique Varona. En febrero de 1925 se celebra en Cienfuegos el Segundo Congreso Nacional Obrero con la asistencia de más de 105 delegados, que representaban a 75 organizaciones obreras. Entre sus orientadores estaban López, Penichet, David Antes, Carmelo García, Alejandro Barreiro, Rafael Serra, José Rivero Muñiz, Manuel Deza, Manuel Landrove, José Villasus y Emilio Rodríguez, entre muchos otros. El acuerdo principal fue el de celebrar un tercer congreso en la ciudad de Camagüey con el objeto de fundar una confederación obrera a nivel nacional. Finalmente en agosto, respaldados por dos Congresos Obreros, se realizó en Camagüey el Tercer Congreso Obrero, donde se acuerda la creación de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO), la cual reúne a todos los sindicatos, hermandades, uniones, gremios y asociaciones proletarias de Cuba, sumando 128 colectividades y a más de 200.000 obreros, representados por 160 delegados. Entre ellos y además de López, asistieron Nicasio Trujillo, Pablo Guerra, Pascual Núñez, Bienvenido Rego, Nicanor Tomás, José M. Govín, Domingo Rosado, Florentino Pascual, Luis Trujeda, Paulino Díez, Venancio Rodríguez, Rafael Serra, Juana María Acosta, Margarito Iglesias, Antonio Penichet, Enrique Varona, Venancio Turón, Manuel Castillo y Miguel Contreras. El Congreso, en su mecánica, sus procedimientos y sus acuerdos, está sin duda, fuertemente influido por las tesis anarcosindicalistas, que predominaban entre el pensamiento de los participantes. La letra y las disposiciones, las proposiciones, las regulaciones, las tácticas, los principios, enfin, todo lo relacionado con la cuestión social, es de forma y de fondo anarquista. En las Actas del Congreso de la Fundación de la CNOO, los acuerdos más importantes fueron «el rechazo total y colectivo ante la acción electoral», la demanda de ocho horas, el derecho a la huelga y el deseo más unánime de no burocratizar el organismo recién creado. Por primera vez en nuestra historia, Juana María Acosta, de la Unión de Obreros de la Industria de Cigarrería, es nombrada como Presidenta Provisional de un acto de esta naturaleza y se insiste en que «la labor de la mujer sea retribuida igual al hombre». Unos pocos días después de terminado el Congreso, se funda en La Habana el PCC por militantes marxistas como Julio Antonio Mella o por ex anarquistas como Carlos Baliño, con el apoyo del representante de la III Internacional, procedente de México, Enrique Flores Magón, hermano de Ricardo. Los militantes del PCC se convertirían en una minoría disciplinada y

abnegada que, si en un principio seguirían las consignas anarquistas, en el futuro, y obedeciendo las órdenes que desde México disponía el Komintem, se encaminaban a suplantarlo primero y a tratar de liquidar después todo vestigio del anarcosindicalismo que durante muchas décadas había sido el motor propulsor de la clase obrera.

El triunfo electoral del Partido Liberal, cuyo representante máximo era Gerardo Machado, determinó de forma repentina una gran crisis de las ideas anarcosindicalistas en Cuba. Machado ya era bien conocido de éstos y representaba lo peor de la República autoritaria. Pronto se dio cuenta el nuevo presidente de que el recientemente organizado movimiento obrero de la CNOC podría ser un colaborador o un enemigo de sus conceptos políticos. Dentro de la CNOC existía un grupo reformista que actuaba de acuerdo con las organizaciones obreras norteamericanas, American Federation of Labor (AFL), que regenteaba Samuel Gompers. Machado logró atraérselos con prebendas gubernamentales, mientras que los amigos con que otrora contaban los anarquistas dentro del Partido Liberal, se hicieron invisibles. Por su parte los marxistas, con su flamante partido político en franca contradicción con los acuerdos de la CNOC, mantuvieron su rumbo esperando tiempos mejores.

Comenzando con parámetros represivos, el gobierno cerró arbitrariamente el Sindicato de la Industria Fabril, por motivos de una huelga, encarcelando a su orientador, Margarito Iglesias, de procedencia ácrata, y deportando a algunos obreros. Alfredo López protesta enérgicamente, pero de nada sirve. En septiembre se produce otra huelga en el sector azucarero de Camagüey y Enrique Varona, otro orientador anarcosindicalista, es preso primero y después cobardemente asesinado. Varona representaba a la Unión de Ferrocarriles del Norte, que agrupaba por esos años a los obreros azucareros. De nuevo se protesta con fuerza ante el gobierno y sus tribunales. Nada ocurre.

En octubre Alfredo López es preso cuando se inicia por parte del gobierno una campaña de provocación, haciendo estallar varios petardos en La Habana, acusando a los anarquistas de estos hechos. Para diciembre, los anarquistas más comprometidos son hechos presos o se escapan al exilio de La Florida o Yucatán. La intimidación, el asesinato y la provocación son las armas de Machado a finales de 1925. López y algunos anarquistas son puestos en libertad en enero de 1926 y son «aconsejados» para que se pongan al servicio del gobierno. En una entrevista entre el Secretario de Gobernación, mensajero de Machado, Rogerio Zayas Bazán y López, se le ofrece al luchador anarcosindicalista prebendas y dinero a cambio de cooperación. López las rechaza de plano y continúa en su puesto. Es detenido de nuevo por la policía, esta vez amenazado de muerte. López no hace caso y se mantiene firme.

El Primero de Mayo se celebra en el Centro Obrero una velada conmemorativa, y desde la tribuna López denuncia la acción represiva de Machado e insta a los obreros a resistir.

Finalmente, el 20 de julio de 1926, López es secuestrado y desaparece para siempre. Sus restos fueron hallados 7 años más tarde, unos días después de la caída de Machado. Con López y Varona asesinados, los anarcosindicalistas perdían en un momento clave de nuestra historia a dos de sus más valiosos orientadores, y la clase obrera a dos luchadores serenos y valientes. La política represiva de Machado no tenía paralelo en la historia sindical de la Isla.

Ni en la colonia, ni durante la República, incluyendo a García Menocal, nunca el anarquismo había sufrido un golpe tan violento. Mientras que Machado era aclamado por las clases dominantes como presidente «nacionalista» por una sociedad que padecía de una injerencia norteamericana notable, la persecución contra los ácratas continuaba sin descanso. En 1927 ya la CNOC hacía crisis con la desaparición de Margarito Iglesias del sindicato fabril, un negro anarcosindicalista nieto de esclavos que batallaba sin descanso a favor de los obreros cubanos. La situación fue hábilmente aprovechada por los marxistas dentro de la CNOC, y por órdenes del PCC se empezaron a apropiarse de los cargos sindicales ostentados por los anarquistas muertos, deportados, encarcelados o en el destierro.

La respuesta de elementos radicales dentro del anarquismo ante esta situación de violencia no se hizo esperar. Se fundaron grupos de acción primero, tales como Espartaco y Los Solidarios y más

tarde la Federación de Grupos Anarquistas de Cuba (FGAC), que comenzó en una alianza singular con estudiantes universitarios y políticos, una campaña de acciones violentas contra Machado, reelegido «constitucionalmente» como presidente por 6 años. Se planearon y llevaron a cabo varios intentos fallidos de magnicidio en colaboración con elementos revolucionarios y se produjeron algunos actos sonados de violencia callejera contra el gobierno. Estos elementos radicales dentro del anarquismo cooperaron activamente contra Machado.

En 1930 se produce en La Habana una huelga del sector de tranvías que es respaldada por casi todos los sectores sindicales. La huelga se convierte en general por 24 horas y es la primera de ese tipo en una situación de dictadura represiva. Los anarquistas apoyan sin reserva este movimiento huelguístico mientras la prensa burguesa antimachadista le dedica loas al PCC y entrevista a sus dirigentes. Por esos años de depresión económica, no sólo el pueblo se oponía a la dictadura, sino también la burguesía en masa, debido a que no podían contar con las ganancias de antaño. El precio del azúcar descendió a niveles increíbles, y a la ruina social y política se unió el desastre económico.

La dictadura de Machado tiene su fin en agosto de 1933, cuando una serie de factores políticos conspiran, aliados con la Embajada Norteamericana, fuente primaria de poder, para liquidar a Machado, su antiguo aliado. El PCC juega un importante papel en el proceso, siguiendo consignas soviéticas a través del Komintern. La Embajada busca una solución política a la crisis, pero Machado se aferra desesperadamente al poder. Se ha quedado solo y nadie lo apoya en su momento más difícil. El 28 de julio estalla una huelga en el sector del transporte y La Habana queda paralizada al secundar el movimiento los obreros del sector de tranvías. Los anarquistas atrincherados en la FOH se hacen solidarios de este paro de «brazos caídos» y en esta disposición se declara una huelga general. El 7 de agosto, con una gran ansiedad popular, se extiende el rumor de la renuncia del dictador. El pueblo sale a las calles a celebrar la noticia y es criminalmente ametrallado por los esbirros de Machado.

En una maniobra política que se puede catalogar como insólita, el PCC, en nombre de los despojos de la CNOC, realiza un pacto con Machado con objetivo de finalizar la huelga, como si hubieran sido ellos los que la habían iniciado. Caían así en la trampa de haberse creído sus propias mentiras. La recompensa a este acto péfido sería el reconocimiento del PCC y de la CNOC. La ambición por el poder (ya habían participado en la farsa electoral de 1932) cegó cualquier tipo de visión política. Los escritores marxistas del presente tratan de justificar esta actitud estalinista como «el error de agosto». En realidad, más que un error se trató de una traición a la clase obrera y al pueblo de Cuba.

El PCC dio entonces la orden para que los obreros volvieran al trabajo, y trató de poner en práctica el ucace gubernamental con la ayuda de la Policía Secreta de Machado, la siniestra «porra» que había asesinado a tantos obreros. La maniobra no resultó, debido a que los ácratas de la FOH, seguidos por la oposición, se batieron enfurecidos contra los *rompehuelga*. Esta situación de incertidumbre alcanzó a las Fuerzas Armadas, que no pudieron o quisieron intervenir en este escenario netamente revolucionario. Nadie tiene dudas de la actitud heroica de los ácratas desde su local de Zulueta 37 en esos días y de su acción determinante en el derrocamiento de la dictadura de Machado, la cual hace finalmente explosión el 12 de agosto con la huida del tirano, forzado por un golpe militar apoyado por la Embajada Norteamericana.

El 28 de agosto, después de ser exhumados los restos de López e Iglesias y de ser rendidos honores a sus cadáveres por una inmensa muchedumbre, los combatientes de la FGAC lanzan un *Manifiesto* al pueblo denunciando la traición del PCC y del ataque a tiros de que fueron objeto el día anterior en su local por parte de éstos. Este *Manifiesto*, firmado por el Comité de Relaciones, indica claramente y con detalles, la gestión antiobrera del PCC y cómo trató de resucitar legalmente la CNOC en su afán de cobijarse a la sombra del poder. Las precarias relaciones entre anarquistas y comunistas, deterioradas por las inquietantes noticias que llegaban de la URSS sobre la persecución de los anarquistas por parte de los bolcheviques primero y Stalin después en la década anterior, se dieron por terminadas para

siempre en aquel verano sangriento de 1933.

CAPÍTULO III

Constitución y revolución

(1934-1958)

A pesar del triunfo contra la dictadura de Machado, el balance final le había sido desfavorable a los libertarios. Sus más empecinados orientadores y activistas habían sido víctimas de la represión gubernamental o deportados. De esta manera, cuando se produce el golpe de Estado del 4 de septiembre de 1933 contra un gobierno provisional que había sustituido a Machado cimentado por la Embajada Norteamericana, los anarquistas se encuentran en un estado preorganizativo y son sorprendidos por los acontecimientos políticos.

El nuevo gobierno revolucionario auténtico, como se autotitula, es de corte izquierdista con tonos nacionalistas. Sus figuras principales son Ramón Grau San Martín y Antonio Guiteras. Aliados a los promotores castrenses que produjeron el cuartelazo, soldados, cabos y sargentos, de procedencia humilde y penetrados por toda clase de ideas de tipo social, tiene como figura cumbre a Fulgencio Batista. Este gobierno, el primero en su clase en la Isla, desafía la Embajada Norteamericana, decreta leyes de beneficio público y logra la derogación de la Enmienda Platt.

Como era de esperar, sólo duró cerca de 100 días y se caracterizó por un nacionalismo sin nación que, al mismo tiempo que decretaba la intervención estatal de las industrias eléctricas y telefónicas en manos yanquis, promulgaba la ley de 8 horas de trabajo para todos los obreros. Sin embargo, este mismo gobierno dictó una ley llamada del 50% por la cual se le prohibía a los patronos emplear a más del 50% de obreros extranjeros en sus establecimientos, comerciales o industriales. Esta ley afectó considerablemente al anarquismo en Cuba, ya que muchos militantes tuvieron que abandonar la Isla y trasladarse a España, donde les esperaba una trágica guerra civil.

Quedaron los anarquistas debilitados en extremos críticos en un momento trascendental de la historia, al mismo tiempo que los comunistas maniobraban con éxito sobre la clase obrera, a pesar del descalabro de agosto, atacando violentamente a los anarquistas y lanzando las más disparatadas calumnias contra éstos; táctica que dio resultado en 1934 y que repetirían con mejor éxito en 1960. Se acusaba a los libertarios de ser «agentes yanquis», de «asociarse y aliarse con ex-machadistas, patronos y hasta elementos fascistas» que por esos años tenían alguna simpatía en Cuba. Pero a pesar de estos obstáculos, se comenzó una nueva etapa con un vigor y una resistencia que podríamos considerar asombrosa. Se incrementó la labor de propaganda entre la juventud, y una segunda generación de cubanos se alistó en las banderas ácratas dentro de sindicatos y organizaciones laborales.

Con la ayuda de la Embajada Norteamericana, el apoyo de la burguesía y la bendición del capitalismo, el ahora Coronel Batista se convirtió en el «hombre fuerte» de Cuba, estableciendo una dictadura a la que se le opusieron los ácratas desde sus inicios. Buscando aliados dentro de la oposición revolucionaria, algunos de sus militantes libertarios se afiliaron a una organización de corte socialista llamada Joven Cuba, dirigida por un archienemigo del PCC, y conocido revolucionario, Antonio Guiteras, ya fuera del poder. Esta vez la represión vino del mismo Coronel Batista, que hizo fracasar la huelga general de marzo de 1935, instigada primero y abortada después por el PCC, que muy de acuerdo con la línea frentepopulista que emanaba de Moscú, decidieron al final aliarse al gobierno y seguir « los pasos democráticos del Coronel Batista».

Para los anarquistas, sin embargo, la situación política no varió mucho. Desde la caída de Machado las autoridades de turno habían ejercido un control férreo sobre las actividades laborales de los anarcosindicalistas. Se ejercía una fuerte censura de prensa interior contra

éstos y se destruía el material que provenía del exterior, con la curiosa excepción de la revista Cultura Proletaria, al parecer por su procedencia neoyorquina, donde a veces se recogían noticias sobre la persecución de que eran objeto los libertarios en Cuba. Según relata Helio Nardo, testigo de estos años: «Después de fracasada la huelga de marzo de 1935, se nos vino encima una represión bruta [...] miles de opositores [al gobierno de Mendieta-Batista] dieron con sus huesos en las cárceles. Todos los pueblos [...] pasaron a estar bajo control militar».

Había sin embargo, según las palabras de Nardo, cierta dificultad de entendimiento entre los anarquistas de la generación anterior y los nuevos militantes que procedían de una nueva promoción, «[...] la imposibilidad de entendernos con los viejos militantes atrincherados en el 'grupismo' (FGAC) – aquí Nardo se refiere a los sectores ácratas que habían sobrevivido a la represión de Machado, la Ley del 50% y el autoritarismo militar de Batista – [...] se fundó en La Habana la Juventud Libertaria de Cuba». Nardo recuerda entre sus fundadores a los siguientes compañeros; Gustavo López, Floreal Barreras, Luis Dulzaides, Miguel Rivas, Julio Ayón Morgan, Teodoro Fabelo, Abelardo Barroso, Modesto Barbeito, José Fernández Martí y un joven anarquista con el curioso nombre de Gerardo Machado. Las reuniones de este grupo de jóvenes libertarios eran «rigurosamente clandestinas».

Por su parte, Luis Dulzaides dejó constancia de sus impresiones juveniles años después, relatando su ingreso en las Juventudes Libertarias por mediación de Fernández Martí, cuando conoce a «[...] las más altas figuras del anarquismo militante cubano». Y recuerda a Domingo Díaz, boticario de Arroyo Arenas, cerca de La Habana; a Venancio Turón, antiguo obrero ferroviario fundador de la CNOC; «[...] A Rafael Serra, un negro tabaquero que quedaba como reliquia de los tiempos heroicos del proletariado ácrata...» y finalmente a Marcelo Salinas, uno de los intelectuales cubanos más prominentes de su generación.

Al estallar la Revolución y Guerra Civil españolas en julio de 1936, los anarquistas en Cuba se suman a la defensa de la República y se funda en La Habana, por ideas de éstos, la Solidaridad Internacional Antifascista (SIA), la cual trabajó con ahínco para enviar fondos y armas a los compañeros españoles de la CNT-FAI. La ayuda y la solidaridad de los anarquistas en Cuba a favor de los compañeros españoles fue considerable, si se tiene en cuenta la situación de depresión económica imperante en la Isla. Además, se debe destacar la participación de muchos libertarios cubanos en las filas de combatientes contra el fascismo de Franco.

Expulsados de Cuba durante la dictadura de Machado y como consecuencia de la deplorable «Ley del 50%», familias enteras de anarquistas lucharon en las filas cenetistas, ergo: Abelardo Iglesias, Manuel de la Mata y Cosme Paules por citar algunos. Desde Cuba y al estallar el conflicto, fueron a morir por sus ideas Adolfo Camiño, Gustavo Malagamba, José Pendás, Humberto Monteagudo, Pedro Fajardo Boheras, Julio Constantino Cavarrocas, etcétera.

Terminado el conflicto español, con la derrota republicana, muchos de estos sobrevivientes fueron repatriados a Cuba, lo mismo que un número importante de anarquistas españoles que salieron de Francia y España con pasaportes cubanos por la gestión de elementos libertarios con figuras afines dentro del Ministerio de Estado. De nuevo se comenzó a recaudar fondos para ayudar a los excombatientes en desgracia y aquéllos que llegaron a Cuba recibieron una generosa solidaridad por parte de sus compañeros cubanos. Hubo casos de anarquistas detenidos por las autoridades de Inmigración cubana, los cuales quedaron en libertad por los oficios a su favor de los libertarios cubanos. Según relata en sus memorias Paulino Díez, Cuba sirvió de trampolín a los anarquistas españoles en diáspora, para ubicarse en todo el continente, desde Chicago a Buenos Aires.

A finales de la década el PCC pacta oficialmente con el ya General Batista, militar carente de base popular, que en pago por los servicios y apoyo político en su próxima elección presidencial le entrega a éstos la recién creada Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), fabricada políticamente por el gobierno y sus aliados en las Comisiones Obreras (CO) con ese propósito. Es el organismo laboral más grande y centralizado de Cuba y agrupa a todas las

facciones sociales del momento e incluye una minoría anarquista cotizante. A diferencia de la primera confederación obrera, la CNOOC, la dirección de la CTC está, por órdenes de Batista, en manos del PCC y de las CO, que responden a intereses políticos. Ya por esos años el movimiento obrero cubano ha sido organizado y legalizado bajo el control comunista con la bendición del Estado. Se establece entonces por primera vez en Cuba un maridaje deplorable en las relaciones entre el sindicalismo y el Estado.

La Constitución de 1940 marca el inicio de una nueva república. En dicho documento se contempla por primera vez en la historia de Cuba el problema social, y se trata de enmendar los errores y omisiones cometidos por la Primera República. De corte moderno y progresista, la Carta Magna cubana es obra de dos generaciones de cubanos. En ella intervinieron representantes de todas las clases sociales y de todas las esferas de la vida del país. Se refleja en ella con una minuciosidad exagerada, todos los problemas habidos y por haber, tanto políticos como sociales, agrarios y laborales de todo un período convulso de nuestra Historia. La Constitución era sin duda un documento bien logrado y sólo quedaba ponerla a prueba y en práctica.

Los sectores sobrevivientes del anarquismo revolucionario de 1920 a 1940, agrupados dentro de la SIA y la FGAC, reforzados por algunos militantes cubanos que procedían del éxodo de la Guerra Civil española y por ex-combatientes de la CNT española, que habían escapado de Europa en los primeros años de la II Guerra Mundial y desembarcado en Cuba, acordaron a principios de los años de la década del 40, celebrar una asamblea con el propósito de reagrupar dentro de una sola organización el esfuerzo libertario. Las garantías constitucionales les permitían legalmente crear una organización de este tipo, y fue así como se acordó disolver los dos organismos principales, la SIA y FGAC, y constituir una nueva organización denominada la Asociación Libertaria de Cuba (ALC).

Con la participación de más de cien militantes cubanos y españoles exilados, reunidos en una asamblea que tuvo lugar en la pequeña finca Mordaza, donde residían Juan Nápoles y su compañera María, se eligió como responsables del recién creado organismo a Domingo Díaz como Secretario General, y a Abelardo Barroso como Secretario de Organización. Igualmente se acordó apoyar solidariamente a los nuevos exilados españoles que constantemente llegaban a la Isla; responsabilizarse con la continuidad del vocero libertario *Rumbos*, que salía esporádicamente desde los últimos años de 1930; y convocar para 1944 el llamado Primer Congreso Nacional Libertario.

La gran cantidad de cenetistas españoles que en pocos años llegaron a La Habana, fueron atendidos lo mejor posible por sus compañeros en Cuba. Sin embargo, el desempleo generalizado en la Isla por esos años obligó a la gran mayoría de estos compañeros a emigrar a distintos países como Panamá, México y Venezuela, debilitando la función orgánica de la ALC. No obstante, la recién creada asociación publicó por algún tiempo y bajo la dirección de Marcelo Salinas, un vocero de propaganda titulado *Rumbos Nuevos*, en la que intervinieron notablemente Domingo Alonso y Claudio Martínez. Finalmente en 1944 y según Salinas, «[...] tiene lugar el Primer Congreso celebrado en el local del Sindicato de los Yesistas, facilitado por uno de los compañeros al Congreso, Manuel Pis, responsable de dicho sindicato». Se eligió como Secretario General al negro Gerardo Machado, y como Secretario de Organización se mantuvo a Abelardo Barroso, un militante activo y trabajador.

Durante los primeros años de la década del 40, los libertarios de la ALC se dedican a un trabajo organizativo. Con los restos del movimiento laboral que con más fuerza trabajó dentro del proletariado cubano hasta mediados de los años 20, les quedaba un gran respaldo popular y una fama de honradez, combatividad y sacrificio, basados en una larga y limpia trayectoria revolucionaria. Se comienza el trabajo orgánico, preparando cuadros de militantes, desde la creada organización Juventudes Libertarias, con el objeto de recuperar el campo perdido ante comunistas y reformistas. Se fundan, a través de este organismo, grupos de acción entre estudiantes y obreros.

Entre tanto, la Constitución del 40 había legalizado el derecho a 8 horas de trabajo, decretada en 1933, una de las aparentes utopías de las prédicas de *El Productor* en 1888. Regulaba, por supuesto, el derecho a la huelga, pero reconocía su validez. Esta situación obligó a los anarcosindicalistas dentro de la CTC a crear grupos de presión, verdaderas corrientes de transmisión del pensamiento libertario en esa época, con el objeto de desafiar dentro de este organismo la inercia, el burocratismo y el franco colaboracionismo del PCC y las CO. Batista había sido elegido Presidente con la ayuda y alianza del PCC, los cuales, después de recibir puestos ministeriales, dinero, medios de propaganda y protección estatal, le corresponden con títulos pomposos, como «El mensajero de la prosperidad» y ponen a sus servicios no sólo los recursos propagandísticos del Partido, sino también a la CTC, controlada desde las alturas por estos elementos. De esta forma inicua traicionan una vez más el verdadero origen y los principios del sindicalismo en Cuba. Medrando siempre a la sombra del poder, lo que los anarquistas catalogaban como el «frente crapular», el PCC se convierte en una fuerza política laboral.

Ramón Grau San Martín, postulado a la presidencia por el llamado Partido Revolucionario Cubano Auténtico (PRCA), que procedía de 1933, gana las elecciones y asume el poder en 1944. El pueblo espera que se produzcan cambios sustanciales, pues el nuevo gobierno, elegido libremente, es de corte socialdemócrata, muy popular en América Latina por esos años. Sin embargo, Grau mantiene en sus puestos a los comunistas y sólo se produce un cambio importante dentro del obrerismo cubano en 1947 y por el cual Grau, forzado por las tensiones de la Guerra Fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, y ante las visibles presiones del gobierno norteamericano, se decide a expulsar a los estalinistas de sus puestos jerárquicos dentro de la CTC. Esta decisión puede servir como prueba de cómo, a pesar de estar abolida la Enmienda Platt, los mismos autores de su derogación, servidores ahora del Estado, se plegaban a las sutiles presiones del Departamento de Estado de Washington. Era un Primero de Mayo de 1947.

Hay un nuevo renacer libertario por esos años. Se publican en La Habana algunos boletines de información y propaganda firmados y sostenidos por la Federación de Juventudes Libertarias de Cuba y un *Boletín de la subdelegación de la C.N.T.* De España, el cual circulaba mensualmente bajo la dirección de V. Velasco y la administración de C. Trigo. Ambas publicaciones que datan de 1947 tienen como redacción el local de la ALC en Jesús María 310. La decisión gubernamental de cesar a la representación estalinista dentro de la CTC, deja la puerta entreabierta para que los anarcosindicalistas aprovechen la tolerancia que existe dentro de los gremios que pertenecen a la central obrera para celebrar unas selecciones sindicales en plena libertad, y se logra entonces elegir a varios de los compañeros más responsables entre algunos sindicatos importantes.

El prestigio y una bien ganada reputación de honestidad de los anarcosindicalistas, los lleva a orientar de forma efectiva algunos sindicatos tales como transportes, gastronomía, construcción, plantas eléctricas, etc., y mantener grupos de presión en casi todos los demás sindicatos que componían la CTC por esos años. Se crean las Asociaciones Campesinas por parte de elementos anarquistas dentro del interior de la Isla, que se dedican a organizar a los lugareños más humildes, carentes de tierra y recursos. Estos esfuerzos resultan más eficaces en la costa norte de la provincia de Camagüey, viejo bastión libertario localizado en el puerto de Nuevitas y en la zona cafetalera del sur de la provincia de Oriente, Monte Rus, donde ya por muchos años los anarquistas habían fundado y sostenido colectividades agrícolas libres. De acuerdo con la versión recogida en el folleto *Memorias del II Congreso Libertario*, «el 21 de febrero, a las 9 de la noche y ante una gran concurrencia que colmaba [...] los Salones de la Federación Nacional de Plantas Eléctricas [...] en el Paseo de Martín número 615 [...] dio comienzo al II CONGRESO NACIONAL LIBERTARIO convocado por la ASOCIACIÓN LIBERTARIA DE CUBA". En el acto de apertura Agustín Souchy, que representaba por esos años a la AIT, y antiguo amigo de los libertarios cubanos, expone sus ideas. También expresaron sus

opiniones Marcelo Salinas, Modesto Barbeito y Helio Nardo. El Acta de Constitución se inicia con una sesión plenaria el día 22 de febrero de 1948. La preside Rafael Sierra y actúa como Secretario Provisional Vicente Alea. Participan 153 Delegados y se constituye la Mesa de Congreso con Francisco Bretau y Gilberto Lima. Se organizan cuatro Comisiones de Trabajo: la de Organización, con Modesto Barbeito y Helio Nardo; la de Propaganda, con N. Suárez y Manuel González; la de Finanzas, con Manuel Castillo y Vicente Alea, y la de Asuntos No Incluidos, con Antonio Landrián y Suria Linsuaín respectivamente.

Este II Congreso terminó el 24 de febrero con una serie de Dictámenes que fueron publicados en La Habana ese mismo año en un folleto que contempla la creación de una sociedad libertaria en Cuba, apelando a todos los niveles industriales, sindicales, económicos y/o agropecuarios en toda la Isla y que con el transcurso de los años nos enseña cuánta vigencia pudo haber tenido este trabajo. El documento es importante en la historia del anarquismo en Cuba: Plantea la situación de aquellos inciertos años de Constitución y República con certeza; ataca a sus enemigos de siempre, el Partido Comunista de corte netamente estalinista, a los peligros de la influencia de la iglesia Católica; se declara anticapitalista y sobre todo, consecuentes con sus principios, antiimperialista ataca tanto a los EE.UU. como de la Unión Soviética, calificándolas de «potencias extranjeras» apelando un poco al nacionalismo de moda.

Entre los ambiciosos puntos que se acordaron, y que cubrían casi todo el aspecto social y económico de Cuba, se planteó la necesidad de tener un órgano de información y propaganda efectivo y constante. Ya existía dentro del sector gastronómico la publicación mensual Solidaridad Gastronómica, que por acuerdo de este Congreso se convirtió en el vocero de la ALC y que tendría larga vida dentro de la cultura proletaria cubana. También se eligió una nueva directiva responsable en la que ejercieron Vicente Alea como Secretario General, Barbeito como responsable organizativo, Domingo Alonso en Finanzas, y Néstor Suárez Feliú, Secretario de Propaganda.

Carlos Prío Socarrás asume la presidencia en 1948, siguiendo la misma política tolerante en el campo social y laboral que Grau. En 1949 los anarquistas dentro de la CTC maniobran con algunos elementos afines y tratan de crear otra central obrera, la Confederación General de Trabajadores (CGT). La idea era crear una organización obrera independiente de la CTC y su influencia política, en buena tradición anarcosindicalista, que siempre se negó a ser un instrumento político del Estado.

En esos años posteriores al II Congreso, y de acuerdo con la versión de Helio Nardo, uno de los sobrevivientes de ese proceso de desvinculación laboral con la CTC, «la idea de constituir una segunda central sindical fue el resultado de la tesis de un sindicalismo no político-electoral, en la que trabajé intensamente junto con Abelardo Iglesias además de Barbeito». Se trataba, por supuesto, de crear otra Confederación obrera que estuviese más cerca del ideario anarcosindicalista que la versión gubernamental de un organismo verdaderamente proletario, como resultaba ser la CTC. Con el apoyo de Ángel Cofiño en representación de los obreros eléctricos, y de Vicente Rubiera por los telefónicos, se crea el Comité Obrero Nacional Independiente (CONI), que «[...] tuvo una trasmisión radial diaria por la RHC Cadena Azul [...]» y cuyo material «[...] para la radiación lo escribíamos diariamente en el local de ALC [...]» A pesar de toda la oposición que encontró este nuevo paso al sindicalismo libre de la presión política, «[...] llegó a constituirse [...] denominada como la Confederación General de Trabajadores (CGT) [...] su local en la calle Águila».

En el Tercer Congreso Nacional Libertario el 11 y 12 de marzo de 1950, con una agenda reorganizativa con el objeto de tomar decisiones orientadoras dentro del sindicalismo y tratar de encaminar el obrerismo cubano en otra dirección más saludable, se acuerda: «luchar contra el control del movimiento obrero por burócratas [...] políticos, sectas religiosas, etc.[...] y exponer el verdadero significado del sindicalismo, que ha de ser apolítico, revolucionario y federalista», tratando de este modo de combatir el sindicalismo existente: «tiránico,

convertido de hecho en una agencia del Estado».

Finaliza el documento con una llamada a los trabajadores de repudio a la CTC como una organización apoyada «por la facción estalinista y farsantes obreristas aliados [...] pseudoproletaria, sin rastro alguno de ideas, espíritu o prácticas revolucionarias [...] dominada por partidos políticos dictatoriales y un liderazgo corrupto». También se recaba el «trabajar activamente con los obreros de la CGT, única organización obrera [...] legítima con tendencias sindicalistas y que es más sensible a las verdaderas necesidades de los obreros».

Hubo de lamentar que la táctica de crear otra central sindical fracasara totalmente. La idea de crear una CGT independiente de la CTC, y por ende de la influencia gubernamental, encuentra obstáculos formidables entre los elementos reformistas, comunistas y del gobierno. Las presiones del mismo Presidente Prío a través del Ministro de Trabajo, oponiéndose de plano a la CGT por temor a la creciente y evidente influencia anarcosindicalista dentro del movimiento laboral cubano, son pruebas fehacientes. La excusa era el «divisionismo» o «fraccionalismo».

Por esos años, y producto de la Guerra Fría, Prío, por «sugerencias» norteamericanas y por sus propios partidarios, declara ilegal al Partido Socialista Popular, frente electorero comunista, y cierra sus medios de expresión. Los estalinistas tropicales buscan de nuevo una alianza con su antiguo amigo Batista.

El temor del gobierno con relación a los libertarios no era del todo infundado. Ya a finales de la década de 1940, la influencia ácrata dentro del movimiento obrero era notable. Repartidos por casi toda la Isla en pequeñas o medianas secciones, funcionaban casi siempre a nivel local. Había también miembros dispersos dentro de Cuba que hacían labor de propaganda. Según Sam Dolgoff en su libro *La Revolución cubana: un enfoque crítico*, «sus simpatizantes y su influencia estaban en total desproporción con el número real de sus miembros. Los grupos anarco-sindicalistas solían consistir en unos pocos miembros, pero existía un número mayor en muchos sindicatos locales y regionales, así como en otras organizaciones». Es curioso observar cómo, con tan poca afiliación, se obtenían logros de tipo sindical dentro del movimiento obrero cubano.

Dentro del proletariado cubano es necesario destacar la acción sindical libertaria en el seno de los sindicatos, adherida a las distintas Federaciones obreras. Ergo: en la Federación de Trabajadores Gastronómicos, con más de 20.000 afiliados, se hace notar la influencia orientadora en algunos sindicatos (en cuestiones de organización y demandas), de tres compañeros, Casto Moscú, Juan R. Álvarez y Bartola García; en la Federación de Plantas Eléctricas trabajaba activamente Francisco Bretau, orientador libertario desde 1934, y su hijo Roberto; dentro de la Federación Nacional Obrera de Transporte, ocupaba un cargo de responsabilidad Santiago Caba, como Secretario de Organización; en la Federación Nacional de los Trabajadores de la Construcción, Abelardo Iglesias, Secretario General del Sindicato de la Construcción en la provincia de La Habana.

Se debe hacer notar la salida de una nueva publicación de carácter ácrata con fecha abril de 1950. Esta revista, llamada *Estudios, Mensuario de Cultura*, se editaba en La Habana y contenía un excelente material. Además de estar hecha con mucho cuidado y dedicación, fue sin duda, para su tiempo, una revista moderna que se salía de los clásicos clichés libertarios, con contenido ilustrado y ameno. Contaba con un material de tipo sociocultural con excelentes fotos y grabados en 50 páginas del mejor material tipográfico de su época. Los responsables por Estudios lo eran su Consejo de Dirección, que incluía a Marcelo Salinas, Abelardo Iglesias y Luis Dulzaides. El Administrador era Santiago Velasco, y el Jefe de Publicidad, Roberto Bretau. También se publicaba *El Libertario*, que salía esporádicamente desde la década anterior, dirigido por Salinas, en formato periodístico.

En marzo de 1952 se produce un golpe de Estado dirigido por Batista, que viola el sistema constitucional de Cuba. El pueblo cubano recibe la noticia con una indiferencia total, dada la corrupción moral y administrativa del gobierno de Prío. Una llamada a la huelga general fracasa rotundamente y más adelante la CTC, presidida por Eusebio Mujal, pacta con Batista, a

pesar de que los anarquistas se oponen a la imposición militar en principio y por principios. Por su parte, los comunistas aprovechan esta circunstancia para penetrar la burocracia oficial, pero no pueden recobrar su preponderancia en la CTC. Batista, por su parte y en silencio, los abraza como aliados. La Guerra Fría está en todo su esplendor y esta vez Batista tiene que ser comedido con sus aliados estalinistas.

Con el objeto de llenar el vacío de poder opositor al golpe de Estado, un oscuro joven político de origen burgués, educado por los jesuitas, nombrado Fidel Castro, en julio de 1953 reúne a un grupo de revolucionarios y lleva a cabo un ataque al Cuartel Moncada en Santiago de Cuba, el cual termina de forma sangrienta y con numerosas víctimas. Castro es hecho preso, y en su alegato de defensa plantea un programa «revolucionario» que no pasa de ser pequeñoburgués, reformista y con un fondo socialdemocrático. Su obsesión primaria consiste en restablecer la Constitución de 1940, violada por Batista en 1952. A fines de 1953 Castro es condenado a 15 años de prisión con algunos de sus compañeros, ocasión que aprovecha para fundar el llamado Movimiento 26 de Julio (M26J). Encarcelado unos pocos meses, Castro recupera la libertad por medio de una amnistía gubernamental y marcha a México.

Durante casi dos años la oposición a Batista se torna violenta y éste, como era lo esperado, responde a la provocación de forma brutal. El clima político se torna caluroso, y la oposición, que abarca a otros factores no castristas, se agiganta. Preocupados por la situación política de Cuba, un recién nombrado Consejo Nacional, en marzo de 1955 convoca a los anarquistas a una llamada Conferencia Nacional Libertaria, que se celebra el 24 de abril de 1955 en una finca naturista en el pueblo de Campo Florido, en las cercanías de La Habana, con una agenda de 10 puntos en su Orden del día, en la que, después del Informe del Consejo Nacional, se hace notar lo más significativo e importante y lo que motiva la convocatoria y la asamblea: Asuntos Nacionales.

Se hace en el Informe una evaluación de todas las actividades realizadas desde el III Congreso, entre las que se encontraba la salida de *El Libertario* con tres números y «[...] que fue clausurado oficialmente [...] en abril de 1952 [...]» Se pasa a ratificar los acuerdos de los tres Congresos anteriores y se entra de lleno en el punto más álgido de la convocatoria, la «Situación Política», en la que se puede destacar lo siguiente: «La restricción de la Libertad en todos sus aspectos, los vejámenes y las persecuciones [...] la orientación demostrada por el actual Gobierno de ir contra todo lo que signifique mejoras a las clases populares [...] los impuestos que a diario siguen creciendo [...]» Y finalmente una declaración política con trascendencia: «[...] hacen que nosotros los libertarios [...] nos enfrentemos al Régimen con todos nuestros esfuerzos y cooperemos a cuantos trabajos tiendan a devolver al país, la Libertad sojuzgada».

En 1956 se produce la polarización total entre Batista y sus enemigos políticos, que incluía a diferentes partidos electorales en busca de una salida a la crisis cubana. Los anarquistas por su parte, mantienen sus posiciones iniciales de corte antidictatorial, dejando bien claras sus ideas del proceso, y denunciando la desastrosa política represiva de Batista. En ese año crucial la ALC publica un folleto titulado *Proyecciones Libertarias*, del que eran autores Marcelo Salinas y Casto Moscú y por el cual «denunciaba la política nefasta de Batista y sitúa su posición hacia la lucha por la libertad», al mismo tiempo que prevenía de la actitud emanada desde las sierras orientales por Fidel Castro.

Ya para 1957, en una intervención ante el XXIV Consejo Nacional de la CTC, Casto Moscú rechaza el informe oficial del Secretario General de dicha organización, Eusebio Mujal, por considerar que la CTC tenía funcionarios que, rompiendo los acuerdos establecidos por dicho organismo, efectuaban una política electorera y partidista dentro de los Sindicatos. Esta protesta fue recogida por la revista *Bohemia*, en su sección política. Al mismo tiempo y cumpliendo con los «[...] acuerdos de nuestra organización, renuncian a sus cargos en la dirección de la CTC, los compañeros Modesto Barbeito (Secretario de Organización) y Abelardo Iglesias (Secretario de Cultura».

Con la dificultad de los tiempos sombríos, *Solidaridad Gastronómica* seguía publicándose mensualmente, respondiendo, como de costumbre, a la defensa de los libertarios en general, como era de esperar de un vocero anarquista y de los obreros gastronómicos en particular, siendo un gremio orientado por éstos, a pesar del ambiente opresivo de la dictadura. Esta publicación salía en tiempos difíciles de censura y suspensión de garantías y por la que se puede comprobar la actitud de los anarquistas frente al gobierno. *Solidaridad* era una publicación que además se caracterizaba por un anticomunismo y antifranquismo visceral, al mismo tiempo que defendía con ahínco el llamado Socialismo Libertario. Dirigían la publicación Juan R. Álvarez, Domingo Alonso y Manuel González, todos de buena cepa libertaria. La redacción a finales de esa década continuaba en Jesús María 310, sede de la ALC. El 14 de abril de 1957 tuvo lugar la llamada Conferencia Anarquista Americana celebrada en Montevideo, Uruguay, que contó con el apoyo desde La Habana de la ALC y la que envió dos delegados, Casto Moscú y José A. Álvarez en representación de los libertarios cubanos. Entre los acuerdos de esta Conferencia se encuentra un ataque a todas las dictaduras que padecía el continente en esos años, incluida la cubana y denunciada por los representantes libertarios a dicha asamblea.

Se entra en otra etapa revolucionaria precisamente en el local de la ALC, que fue en muchas oportunidades lugar de reuniones clandestinas «[...] para los conspiradores [...] y organizaciones [...]». Entre estos sectores se recuerdan a varios de carácter insurreccional, como el Directorio Revolucionario y el mismo M26J. El local libertario fue registrado en varias ocasiones sin mucho éxito por las autoridades represivas. Desde el punto de vista individual, varios compañeros como Gilberto Lima y Luis Linsuaín formaron parte del M26J, el primero en la lucha urbana clandestina, y el segundo en las guerrillas de la zona norte de Oriente. Plácido Méndez también perteneció al Segundo Frente del Escambray, una guerrilla que operaba en la zona central de la Isla.

La persecución por parte de los elementos represivos del gobierno contra el sector libertario que se había unido a la lucha armada contra el régimen se hizo patente con el encarcelamiento y las torturas infligidas a Gilberto Lima e Isidro Moscú. El primero fue encarcelado y torturado en varias ocasiones e Isidro dado por muerto «[...] después de una bárbara tortura. Con Moscú cayeron presos y torturados un grupo de compañeros por estar preparando un levantamiento en armas y de acción directa en la provincia de Pinar del Río» según la versión de Casto Moscú. Presos o detenidos habían sido también Juan R. Álvarez, Roberto Bretau, Luis Linsuaín, Plácido Méndez, Claudio Martínez y Modesto Barbeito entre otros muchos. Barbeito, Álvarez y Aquiles Iglesias marcharon al exilio posteriormente.

A mediados de 1958 la burguesía comprende que Batista y todo su aparato represivo está a punto de perder el poder. Los intereses norteamericanos y cubanos están en peligro y ya no consideran al dictador como un aliado.

Unidos en un frente común de intereses, estos sectores deciden apoyar económica y políticamente la rebelión. Castro obtiene varios millones de dólares en donaciones para comprar más armas, en premio a que ha podido resistir en las montañas de Oriente casi dos años. Batista ordena la «persecución» bien calculada por sus militares, para que no se extinguiera la rebelión y al mismo tiempo evitar que se propagara con fines políticos. Las altas esferas económicas de Cuba consideran a Castro como la solución de la crisis política y un aliado en potencia. Y en realidad lo era. Este proceso de violencia y levantamientos armados, conocido como «la lucha contra la dictadura» a pesar de toda la propaganda posterior, nunca contó de forma cuantitativa con una sólida base campesina, ni mucho menos proletaria. Fue en una buena parte, obra del capitalismo y la burguesía.

De 1957 a 1958 aconteció un levantamiento naval en Cienfuegos, un ataque al Cuartel Goicurúa en Matanzas, un desembarco en la costa norte de Oriente y un intento de magnicidio contra Batista en el llamado «Ataque a Palacio», hechos violentos que costaron muchos muertos y que fracasaron de forma sangrienta. Además, se alzaron guerrillas en las montañas del

Escambray. Por su parte el M26 no tuvo nada que ver con estos atentados y fueron repudiados pública y abiertamente por Fidel Castro.

Pero ya para finales de 1958 Batista había perdido la guerra política y no puede contener militarmente a los rebeldes. Washington le da la espalda al negarle la venta de armas, al mismo tiempo que los representantes del PCC suben al campamento de Castro en la Sierra y empiezan sus turbias negociaciones con elementos afines dentro de los rebeldes primero y más adelante con Castro personalmente. El líder de las barbas se hace más fuerte cada día y se firma en Caracas un pacto con toda la oposición a Batista que evidentemente lo admira y lo exalta. Su programa económico, social y político sigue siendo el mismo – al menos eso declara – que el de 1953: justicia social, reformismo político-electoralista y... retorno a la bien amada Constitución del 40. Finalmente Batista huye de Cuba el 31 de diciembre de 1958 y comienza otro ciclo histórico para el pueblo de la Isla y los libertarios cubanos.

CAPÍTULO IV

Castrismo y confrontación

(1959-1961)

Los anarquistas han participado activamente en la lucha contra la dictadura de Batista. Unos desde las guerrillas orientales o las del Escambray, en el centro de la Isla; otros se han unido a la conspiración y la lucha urbana. Sus propósitos eran los deseos mayoritarios del pueblo: liquidar la dictadura militar y la corrupción política, así como dejar un campo más abierto en el disfrute de las libertades, que hacía posible la continuidad ideológica y las actividades en los campos sociales y laborales. Nadie esperaba un cambio radical en las estructuras económico-sociales del país.

En el mencionado folleto *Proyecciones libertarias* de 1956, donde se atacaba a Batista, también se mencionaba a Castro, el cual no merecía «confianza alguna», [que] «no respetaba compromisos y sólo luchaba por el poder». Fue ésta la razón por la que se establecieron contactos clandestinos más frecuentes con otros grupos revolucionarios. Al triunfo de la insurrección, Castro se había convertido en el líder indiscutible de todo el proceso, por una evaluación incorrecta de la oposición, que lo consideraba como un mal «controlable», necesario y temporal, con su modesto programa socialdemócrata.

Si los libertarios no estaban de acuerdo con la personalidad de Castro, el resto de los políticos, la burguesía y la Embajada yanqui esperaban manipular al vencedor. Por otra parte, la mayoría del pueblo apoyaba sin reservas a Castro en medio de un júbilo sin precedentes. Tal parecía que nos encontrábamos en el pórtico del paraíso, cuando en realidad era la antesala del infierno. Debido a la aparente negativa de Castro a dirigir el gobierno, se creó con su apoyo un «gobierno revolucionario», el cual se dio a la tarea de «ajustar cuentas» a los criminales del gobierno anterior. Se crearon los Tribunales Revolucionarios, que celebraban juicios sumarísimos a «petición popular», que dictaban los fusilamientos o largas condenas de cárcel, restableciendo así la pena de muerte, esta vez por delitos o crímenes políticos. Se creaban las condiciones, esta vez con un precedente legal, con futuras y tristes consecuencias.

En relación al movimiento obrero, desde los primeros días de enero, con la excusa de purgar dentro de la CTC a los elementos colaboracionistas con el régimen anterior, el gobierno revolucionario expulsa arbitrariamente a todos los responsables anarcosindicalistas dentro de los sectores gastronómicos, de transportes, construcción, plantas eléctricas, etc., algunos de los cuales habían hecho una oposición a la dictadura y otros que habían sufrido prisión y destierro, como ya hemos visto antes. Esta medida afecta gravemente a la ya debilitada corriente libertaria, aunque se debe hacer constar que todavía se mantiene dentro del proletariado cubano su prestigio.

A pesar de este hecho, a todas luces injusto, las publicaciones libertarias de esos días,

Solidaridad Gastronómica y *El Libertario*, reflejan en sus primeras ediciones una actitud favorable, al mismo tiempo que cautelosa y esperanzadora con relación al gobierno revolucionario. Sin embargo, el Consejo Nacional de la ALC lanza un manifiesto donde «Expone, informa y hace juicios a la revolución cubana triunfante», y por el cual, después de explicar la posición de los libertarios contra la pasada dictadura, pasa a analizar el presente y futuro cercano, declarando que «los cambios institucionales», al abrirse una nueva etapa para Cuba, «no entusiasman ni ilusionan», aunque no se niega con cierta ironía la «seguridad de que por algún tiempo al menos, gozaremos de las libertades públicas, bastante a garantizarnos posibilidades de propaganda» (*sic*). Sigue un ataque certero y cerrado contra el «centralismo estatal» camino, dicen, de llegar a un «ordenamiento autoritario». Se hacen eco de la penetración de la iglesia Católica y del Partido Comunista. Finaliza el documento con una referencia al movimiento obrero, donde de nuevo hace énfasis en la labor del PCC «para recabar la hegemonía que [...] durante la otra era de dominación batistiana [...] gozaron» aunque terminan por opinar que esto no ocurrirá y finaliza con optimismo: «El panorama, pese a todo, alienta [...] »

Por otra parte y siguiendo la misma línea, *Solidaridad Gastronómica* publica en el 15 de febrero del 59, otro *Manifiesto* a los trabajadores y al pueblo en general, donde explica y advierte que aunque al gobierno revolucionario no le fuese posible «[...] poner en tan poco tiempo, en función normal [...] a los organismos obreros [...] es un deber nuestro [...] el que se respete y se ejerciten las normas de libertad y derecho [...]. Es necesario que se convoquen elecciones en los sindicatos [...] que comiencen a funcionar las asambleas [...]». Finalmente deja en manos de los obreros de cualquier sindicato el problema de la «cesación obligada en sus cargos» en relación a sus «[...] diferentes orientadores. Es imprescindible que sean los propios trabajadores quienes decidan la inhabilitación sindical de sus pasados dirigentes, pues de hacerlo de otra forma, sería caer en los mismos procedimientos que ayer [...] combatiéramos».

Sin embargo, este manifiesto que data del 18 de enero de 1959, no tuvo mucha resonancia. La misma publicación, en su editorial del 15 de marzo, condena amargamente «los procedimientos dictatoriales (de la CTCR)[...] acuerdos y mandatos de arriba que imponen medidas, quitan y ponen dirigentes». También acusa a los «elementos incondicionales [...] en las asambleas, que sin ser miembros del organismo sindical, levantan el brazo a favor de una orden de los dirigentes». Entre otras anormalidades y «procedimientos» se cita lo siguiente: «[...] en ocasiones se llenan las salas asamblearias de milicianos armados que constituyen una flagrante coacción, no se respetan los preceptos reglamentarios [...] que se llega a cualquier tipo de procedimiento para mantener el control de los sindicatos». Como se puede apreciar, la batalla por liberalizar al movimiento obrero se estaba perdiendo lamentablemente a pesar de las denuncias de los anarcosindicalistas en ese campo tan importante de la vida económica del país.

La oposición al anarcosindicalismo emanaba directamente del M26J, instigado por los elementos del PCC infiltrados dentro de esa organización que en un principio tomó casi militarmente la dirección de todos los sindicatos de la Isla. Se decía que la medida era temporal, con el objeto de purgar a los elementos más corruptos de la pasada dictadura, hasta celebrar nuevas y libres elecciones sindicales. Como se ha podido comprobar, y como era costumbre en Cuba, lo temporal se convirtió en permanente. Pero ¿de dónde procedían estos elementos sindicales, si era público y notorio que el M26J nunca tuvo en verdad una base sindical, o mejor aun, una simpatía generalizada entre los trabajadores, o siquiera una activa dirección proletaria?

Los dirigentes sindicales *revolucionarios* procedían en su mayoría de dos campos antagónicos: el sindicalismo de las Comisiones Obreras, que respondían a la política electoral y habían sido enemigos del gobierno anterior y los del PCC. Los primeros respondían a un oportunismo cínico y se prestaban a cualquier manipulación estatal. Los segundos eran en extremo

peligrosos, y a pesar de lo borrascoso de su pasado, se notaba ya un apoyo oficial que provenía de lo más alto del gobierno. Ambos sectores se odiaban mutuamente y se prepararon para una lucha abierta por la hegemonía del sector proletario, pero como se verá más adelante, terminaron en una amalgama desastrosa para el movimiento obrero cubano.

En el mes de julio, el Estado cubano estaba ya en su totalidad en las manos de Castro, así como sus más cercanos colaboradores, casi todos procedentes de la lucha armada contra Batista. La presencia del PCC era ya notable en altas figuras del gobierno, entre ellas, su hermano Raúl Castro y Ernesto Guevara, ambos de evidente persuasión marxista-leninista. Un hecho de tal envergadura provocó una reacción natural dentro de la política cubana, que se había caracterizado por su anticomunismo. Los anarquistas que habían notado la contingencia, se alarmaron en grado sumo; entendían correctamente que la influencia del PCC dentro de las esferas gubernamentales y sindicales significaba un golpe mortal a corto o largo plazo. Sus pesadillas más siniestras pronto se harían realidad. Por su parte, Castro declaró públicamente no tener ninguna relación con el PCC, pero reconoció la existencia de comunistas dentro de su gobierno, lo mismo que otros personajes de filiación anticomunista.

La situación de estos últimos empezó a hacerse crítica ya a finales del 59. A mediados de ese año los adversarios políticos de Castro, que ya sin duda empezaban a notarse, comenzaron una tímida campaña opositora, que entendían era su deber y su derecho, contra lo que llamaban «la infiltración comunista en el gobierno». La respuesta que se les dio fue draconiana. Fueron considerados como sediciosos, «enemigos de la revolución» y «agentes del imperialismo yanqui». Tratados como tal, fueron encarcelados o forzados al exilio. El régimen empezaba a demostrar que para mantenerse en el poder era capaz de las mayores atrocidades. La respuesta violenta de parte de esta oposición, evidentemente minoritaria, fue el sabotaje y hacer explotar algunas bombas. La reacción de Castro fue todavía peor: se restablecieron los Tribunales Revolucionarios que pedían penas de fusilamiento a cualquier encartado por «actos subversivos». Comenzaba un largo terror y contraterror que había de durar por largo tiempo.

La desaparición de Camilo Cienfuegos, un valeroso combatiente de las fuerzas revolucionarias, quedó sumida en el misterio. Camilo era uno de los hijos de Ramón Cienfuegos, un obrero cubano que por los años veinte había militado dentro de las ideas anarquistas. Colaboró con la SIA y participó en la Convocatoria para fundar la ALC, pero después poco o nada se supo de Ramón, el cual evidentemente había echado a un lado sus principios durante la época de Batista. La desaparición de Camilo fue lamentada por todo el pueblo y no faltaron en el extranjero alguno que otro ácrata que considerara a Camilo Cienfuegos como anarquista. La verdad es que Camilo nunca perteneció al anarquismo cubano y de ello hay evidencias. Sin embargo, medio mundo anarquista lloró la pérdida de este revolucionario como si hubiese sido otro Durruti. La propaganda gubernamental se ocupó, en Europa principalmente, de repetir hasta el cansancio la militancia libertaria del Comandante Camilo Cienfuegos, para ganarle adeptos a la revolución cubana dentro del anarquismo internacional. El mito ha llegado a nuestros días... San Camilo Libertario.

Para finales de año se convoca el X Congreso Nacional de la Confederación de Trabajadores de Cuba Revolucionaria (CTCR) donde una mayoría acepta la tesis de «Humanismo», una especie de filosofía que se había creado a principios de año, que decía alejarse de los campos tradicionales del comunismo-capitalismo establecidos por la Guerra Fría y que predicaba las consignas de «Pan con libertad» y «Libertad sin terror». Los cubanos, siempre creativos, habían inventado un nuevo sistema socio-político para darle algún tipo de explicación ideológica al nuevo régimen. David Salvador, el máximo dirigente de la facción del M26J, ejercía y fingía como su más denodado adalid. A su vez el PCC, bien representado en dicho Congreso, aunque en evidente minoría, planteaba la añeja consigna de «Unidad».

El 23 de noviembre el Congreso se halla totalmente dividido para tomar acuerdos o elegir una representación. Los anarquistas del ALC ya habían publicado en *Solidaridad*, el 15 de ese mes,

un «llamado al X Congreso», donde insistía en que «Los congresos que veníamos padeciendo desde mucho, tenían como única cuestión de importancia, la distribución de los cargos del aparato». Y finalizaba con una nota de esperanza: «[...] pero sí quisiéramos que [...] marcara un paso de avance en el sindicalismo revolucionario». Y añadía esperanzado: «Que se adentrara profundamente, en las grandes cuestiones del proletariado [...] por encima de personalismos y sectarismos de grupo o partidos [...]». Nada de esto aconteció.

Ante la realidad visible de una parálisis proletaria creada por la evidente división camino del poder, Castro en persona se dirige al Congreso, donde explica la necesidad de «defender la revolución», para lo cual se necesitan «dirigentes verdaderamente revolucionarios» con un liderazgo que sea apoyado por todos los delegados del Congreso y propone a David Salvador para el cargo. La única facción que debe prevalecer es «el partido de la patria», según declara Castro. Y efectivamente, como en los buenos tiempos de la República, que tanto se quiere desechar y olvidar, el gobernante de turno propone al Secretario General de la CTCR como un apéndice o un simple Ministerio del gobierno. El Comité Ejecutivo está compuesto de delegados del M26J y del PCC. El día 25 se da por terminado el Congreso y el líder comunista Lázaro Peña asume el control de la dirección del organismo obrero, aunque la representación nominal la ostente David Salvador.

Era lógico pensar que los representantes sindicales del M26J, que se habían opuesto al control del Congreso y de la CTCR por el PCC, después de escuchar las orientaciones de su «máximo líder», Fidel Castro, con respecto a la dirección obrera, aceptaran sin replicar la imposición del gobierno por la sencilla razón de que las órdenes que emanaban de arriba indicaban que o se cumplían o se iba a parar a la cárcel. «¡Patria o muerte, venceremos!» Terminaba en este Congreso, denominado «el de los melones (verde olivo por fuera – el color del M26J – y rojo por dentro – el del PCC), cerrando casi un siglo de luchas sindicales y por las cuales los obreros habían obtenido algunas ventajas sobre el abuso patronal. Ahora todo esto cambiaba. El Estado se convertiría en pocos meses en el verdadero y único patrón.

Poco conocida fue la visita que realizó el libertario alemán Agustín Souchy a La Habana en el verano de 1960, y menos aún la publicación de un folleto titulado *Testimonios sobre la Revolución Cubana* que narraba sus opiniones sobre el campesinado y la nueva ley de Reforma Agraria con la que el gobierno castrista pretendía asombrar a medio mundo, empezando por los cubanos. La figura de Souchy era de sobra conocida en los medios libertarios cubanos, desde el año anterior, y conociendo que dicho compañero pensaba viajar a Cuba, *Solidaridad* había publicado un largo ensayo en varias de sus ediciones, titulado *El socialismo libertario*, como una forma de aclarar conceptos sociales y como una oculta esperanza de que esas ideas tomaran forma en una nueva sociedad que ya se perfilaba.

Eran momentos difíciles, al igual que todo proceso revolucionario (como en una guerra) en el que el pueblo se debatía entre el miedo, la incertidumbre y la esperanza. Ya al comenzar el año se notaba la provocación de los medios oficiales a través del órgano oficial del castrismo, *Revolución*, sobre los anarquistas, con acusaciones tan veladas como falsas. Sin embargo, la visita de Souchy, invitado por el gobierno para estudiar y dar a conocer su opinión sobre el agro cubano, llenó de entusiasmo a muchos compañeros, y el escritor alemán fue saludado con júbilo genuino por sus compañeros, en diferentes actos en su honor y una cordial bienvenida por parte de los medios ácratas, el 15 de agosto de 1960.

Como estudioso de los problemas del agro, Souchy había escrito un folleto muy comentado en Europa titulado *Las cooperativas de Israel*, sobre la organización en dicho país del Kibbutz, motivo por el cual el gobierno cubano esperaba algo similar de Souchy para que avalara su gigantesco programa agrario y como propaganda en los medios anarquistas internacionales. Éste no fue el caso. Souchy viajó por toda Cuba con los ojos y el corazón abiertos a todo lo que se le mostraba y a lo que pudo por su cuenta observar. El resultado de su análisis no pudo ser más pesimista. Cuba se acercaba demasiado al modelo soviético; la falta de libertad y de iniciativa propia no podían conducir a otro lugar que al centralismo en el sector agrario. Otro tanto se notaba ya en lo económico. Souchy fue honesto en su inventario total y su folleto

titulado *Testimonios sobre la Revolución Cubana* fue publicado sin pasar por la censura oficial. Tres días después de marcharse de Cuba, la edición total de dicho trabajo fue intervenida por el gobierno castrista por sugerencias de la Dirección del PCC y destruida en su totalidad. Por suerte para la Historia, la editorial Reconstruir en Buenos Aires reprodujo completa la versión original de Souchy en diciembre de ese mismo año, con un excelente prólogo de Jacobo Prince. En ese mismo verano de 1960, convencidos de que Castro se inclinaba cada día más hacia un gobierno totalitario de corte marxista-leninista, camino del cual se asfixiaba poco a poco la libertad de expresión, comunicación, asociación y hasta de movilización, la mayoría de los componentes de la ALC acordaron, con el eufemismo de otras siglas, lanzar la *Declaración de Principios*, avalada como la Agrupación Sindicalista Libertaria en junio de ese año y firmada por el Grupo de Sindicalistas Libertarias. La idea de usar este otro nombre se debió a la necesidad de «evitar represalias sobre los miembros de la ALC». El documento, que es vital para entender la situación de los anarquistas cubanos en esa época, tenía como objetivo, además de orientar al pueblo cubano, acusar al gobierno del desastre que se avecinaba y establecer una polémica con los integrantes del PCC, los cuales ya se encontraban en posiciones importantes dentro del gobierno.

La Declaración constaba de 8 puntos en los que atacaba al «Estado en todas sus formas»: definía, de acuerdo con las ideas, la función de sindicatos y federaciones en su verdadera actividad económica; declaraba que «la tierra» debía pertenecer «al que la trabaja», respaldando «el trabajo colectivo y cooperativo» en contraste con el centralismo agrario propuesto en la Reforma Agraria gubernamental; hacía énfasis en la educación colectiva y libre de la niñez, lo mismo que la cultura; luchaba contra el nacionalismo, el militarismo y el imperialismo, a los que consideraba nocivos, oponiéndose de plano a militarizar al pueblo; atacaba sin temores el «centralismo burocrático» y rompía lanzas en pro del «federalismo»; proponía como recurso inmediato la libertad individual «en vías de lograr una libertad colectiva»; y finalmente declaraba que la revolución cubana era como el mar, «de todos», y condenaba enérgicamente «las tendencias autoritarias que bullen en el seno mismo de la revolución».

No cabía duda de que era uno de los primeros ataques directos que desde el punto de vista ideológico se le hacían al régimen. La respuesta, sin embargo, no tardó en llegar. En agosto, el órgano del PCC *Hoy*, con la firma del Secretario General Blas Roca, el dirigente de más categoría dentro de los cuadros comunistas, respondió a la declaración de los libertarios de forma violenta usando las mismas falacias que en 1934, y agregando la peligrosa acusación de que sus autores eran «agentes del Departamento de Estado Yanki». Según uno de los autores de la Declaración, Abelardo Iglesias «[...] por fin el ex amigo de Batista [...] Blas Roca, nos contestó en el suplemento dominical [...] colmándonos en su respuesta de insultos e injurias». Era más interesante y significativo que en un ataque al gobierno de Castro, fuera el dirigente de más alto nivel del PCC el que saliera a responder por el régimen. En aquel verano de 1960 pronto se empezaron a aclarar las dudas.

Desde ese mismo instante, los anarquistas que eran enemigos del régimen tuvieron que sumergirse en la clandestinidad. Se hace un intento por establecer una polémica en relación a la respuesta de Roca, «pero» según Iglesias «no logramos que nuestros impresores, ya aterrorizados por la dictadura, accediesen a imprimirla. Tampoco nos fue posible la edición clandestina». Se trataba de un folleto de 50 páginas donde se le daba la debida réplica al PCC y a Roca. Un mes antes *El Libertario* dedicaba su número del 19 de julio, a celebrar «La heroica actitud de los anarquistas en julio de 1936». Los componentes de la delegación de la CNT en La Habana, entusiasmados por el triunfo revolucionario, se habían propuesto derrocar a Franco de forma violenta. En ese mismo número, dedicado enteramente a defender la actitud libertaria antes, durante y después de la Guerra Civil española, en su última página y casi de forma patética, se hace un recuento de las actividades de la ALC y «la lucha contra la dictadura de Batista». El inventario es largo y le recuerda al gobierno el aporte de los anarquistas

cubanos a favor de la revolución y la libertad. Se recurría ya a los últimos cartuchos ideológicos. *El Libertario* desaparecía en ese mismo verano.

Los elementos más aguerridos dentro del anarquismo cubano tienen pocas opciones a su favor. Después de la *Declaración* ya saben que van a ser acosados por los ciegos servidores del régimen, que convertidos en verdaderos sicofantes, se dan a la tarea de delatar a cualquier cubano que no esté de acuerdo con el proceso. Una acusación de «contrarrevolucionario» es un pasaje a la cárcel o un viaje al paredón de fusilamiento. Las razones que adujeron los libertarios entonces para oponerse al terrorismo de Estado de forma violenta, son tan válidas hoy como ayer. El anarcosindicalismo dentro de los sindicatos y federaciones, como ya se ha visto, pasó a mejor vida. No había espacio para ejercer la libertad de prensa ni hacer propaganda a favor de las ideas. Atacar al régimen era un crimen de lesa patria. La política económica del régimen conducía a la soviétización de Cuba con todas sus consecuencias negativas. Se perseguía con un rigor no conocido a todo aquél que propusiera otras ideas que no fueran las que emanaban del Estado, domicilio y residencia, a donde habían ido a parar todas las grandes propiedades, comercios, fincas, centrales azucareras, vegas de tabaco, en fin, toda la riqueza del país, en manos hasta esos momentos de la alta burguesía, el capitalismo nacional y la banca cubano-norteamericana.

Estas medidas de «nacionalización» o expropiación no fueron criticadas por los libertarios. A lo que se oponían, según la mencionada *Declaración*, era a la estatalización de todas las riquezas de Cuba en manos de Castro y el PCC. Había entonces que tomar el duro camino de la clandestinidad o el exilio para empezar a luchar de nuevo contra una nueva y poderosa dictadura, que como explicara Casto Moscú «[...] nos convencimos de que todos los esfuerzos de nuestro pueblo y los nuestros se habían perdido y que nos llegaba un proceso muy difícil y peor que todos los males que habíamos combatido». Ante una situación de corte totalitario, la gran mayoría de los anarquistas cubanos acordaron rebelarse e iniciar una lucha que estaba condenada desde el primer día a ser un fracaso rotundo.

De lo que podemos considerar como «nuestras actividades opositoras» de ese período, se encuentra en un boletín clandestino titulado *Movimiento de Acción Sindical (MAS)*, que circulaba por toda la isla y el extranjero. *MAS* reflejaba en sus pocos números (mensual desde agosto a diciembre de 1960) un ataque sin cuartel a Castro en particular y al PCC y sus seguidores en general, dentro del sector obrero y político de Cuba. Según relata Moscú, «se editaron infinidad de manifiestos denunciando la falsedad de los postulados de la revolución castrista y convocando al pueblo a la oposición. Se celebraban reuniones para debatir temas y hacer conciencia de la desgraciada realidad que se confrontaba», y se «llevaron a efecto planes de sabotaje sobre objetivos básicos de sostenimiento del Estado [...]»

Metidos ya de lleno en la lucha armada, según Moscú, «se participó en la cooperación para sostener algunos focos guerrilleros existentes en diferentes partes del territorio [...]». En particular, en dos guerrillas importantes en la misma zona, donde se operaba con gran dificultad debido a que la Sierra Occidental no era muy alta, la provincia estrecha y estaba muy cerca de La Habana. «Existió un contacto más directo con la guerrilla del Capitán Pedro Sánchez en San Cristóbal, pues compañeros nuestros participaron activamente en esta guerrilla [...] se les suministró algunas armas. [...] Con la guerrilla que comandaba Francisco Robaina (Machete) que operaba en la misma Cordillera, les fuimos solidarios en todo lo que nos fue posible [...]». El compañero Augusto Sánchez, combatiente en estas guerrillas, fue asesinado después de haber sido hecho prisionero. Considerados como bandidos por el gobierno, en muy pocos casos se les respetaba la vida a cualquiera que se rindiera.

Siguiendo el relato de Moscú, además de ser ultimado Augusto Sánchez, fueron asesinados los siguientes «compañeros combatientes: Rolando Tamargo y Ventura Suárez, fusilados; Sebastián Aguilar hijo, asesinado a balazos; Eusebio Otero apareció muerto en su habitación; Raúl Negrín, acosado por la persecución, se suicidó dándose fuego». Por otra parte, además de Moscú, fueron detenidos y condenados a penas de prisión los siguientes compañeros: Modesto

Piñeiro, Floreal Barrera, Suria Linsuaín, Manuel González, José Aceña, Isidro Moscú, Norberto Torres, Sicinio Torres, José Mandado Marcos, Plácido Méndez y Luis Linsuaín, oficiales estos dos últimos del Ejército Rebelde. Francisco Aguirre murió en prisión; Victoriano Hernández, enfermo y ciego por las torturas carcelarias, se suicidó; y José Álvarez Micheltorena murió a las pocas semanas de salir de prisión.

La situación de los libertarios se hacía cada día más tensa. La fallida invasión por Playa Girón en la Bahía de Cochinos, al sur de Cuba, aventura también financiada como mal planeada por la Central Intelligence Agency (CIA), condujo a la liquidación total de la oposición interna contra el gobierno en la que se encontraban los libertarios y la consolidación del régimen castrista en Cuba. El Primero de Mayo de 1961 Castro declaró a su gobierno, *socialista*, en realidad de corte estalinista, planteándoles a los libertarios, fuera y dentro de Cuba un dilema de corte ético. El régimen exigía la adhesión más decidida de sus simpatizantes y militantes. No existía el derecho a la abstención o a cualquier posición neutral. Se dormía con los criminales o te mataba el insomnio.

En otras épocas se había atenuado la tormenta con relativo éxito tomando otros caminos que no eran el exilio forzoso. En el siglo pasado se podía optar políticamente por los insurrectos o mantenerse a la deriva ante el despotismo español; cuando Machado o Batista, los libertarios podían declararse antipolíticos o pasarse a la oposición más afín al ideario anarquista, revolucionarios de izquierda y sectores liberales o socialdemócratas. La Tercera República presidida por un dictador en ciernes no ofrecía otras alternativas que agruparse bajo su control o escoger entre tres opciones: la cárcel, el paredón o el exilio. Unos pocos días antes de declararse Fidel Castro «marxista-leninista» ocurre en La Habana un hecho sin precedentes en la historia del anarquismo en Cuba.

Manuel Gaona Sousa, autor de un documento titulado *Una aclaración y una declaración de los libertarios cubanos*, fechado y firmado en Marianao el 24 de noviembre de 1961, con el propósito de difamar a aquellos libertarios que no coincidían con su devoción revolucionaria, y con el «ruego» de que fuera publicado en la *Prensa Libertaria*, fue el creador de una enorme calumnia contra sus antiguos compañeros, a quienes les acarrearía unas consecuencias funestas. Gaona Sousa, antiguo obrero ferroviario de los tiempos de Enrique Varona y la COCN, militante libertario toda su vida, fundador de la ALC, en los primeros años del castrismo ocupaba el Secretariado de Relaciones, y como tal, tenía en su poder las comunicaciones con todo el aparato propagandístico anarquista en el exterior. Con Gaona no existían dudas, era un compañero que se había identificado con el castrismo desde los primeros momentos, a pesar de la opinión generalizada entre los más destacados militantes de dudar o darle un tiempo al gobierno castrista.

Pasados los primeros encuentros y confrontaciones con los sectores más estalinistas del PCC, se entendía entre los componentes de la ALC que el régimen, camino hacia el totalitarismo, no iba a permitir la existencia de una organización anarquista o siquiera la prédica de las ideas. El PCC, por su parte, exigía un necesario ajuste de cuentas. Gaona prefería pasarse al enemigo con armas y bagajes, echando a un lado sus ideales antes que mantenerse junto a sus compañeros, ahora en desgracia. Hasta esos momentos Gaona era libre de escoger su camino. Aquéllos que han cambiado de opinión con respecto a las Ideas, han abundado en el campo libertario en cualquier latitud y tiempo. Gaona no era un fenómeno peculiar. El abandono de algunos responsables de la militancia anarquista tampoco era nada nuevo. Personajes con tanta o más responsabilidad que Gaona dentro de la organización, habían cambiado sus ideas sociales por la política electoral cubana, por ejemplo, los casos de Enrique Messonier al Partido Liberal en 1901; Antonio Penichet al Partido Auténtico a principios de la década de 1930 y Helio Nardo al Partido Ortodoxo a finales del 1940. Estas actitudes no fueron nunca consideradas como una traición por la mayoría de la militancia libertaria. Simplemente creían que estos ex compañeros tenían libertad para escoger su destino político y nunca fueron anatemizados. Además, en esencia no cambiaron los principios en que fueron formados

originalmente, ni se asociaron a partidos políticos de la extremaderecha o de corte reaccionario o religioso. Ése no fue el caso de Gaona.

Este sujeto, no sólo se hizo solidario con las fuerzas más nefastas que gobernarán en Cuba y con sus antiguos enemigos del PCC, sino que también amenazó con denunciar a los ex compañeros que no coincidían con su postura pseudorevolucionaria, ante los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), de reciente creación, como «agentes del imperialismo». Pero lo más deleznable fue el hecho de haber sido capaz de coaccionar a algunos ancianos anarquistas como Serra y Bretau para hacerlos cómplices de su infamia. A través de un documento en que trataba de «aclarar» ante los anarquistas del exterior lo que Gaona consideraba «[...] una insidiosa campaña que se realiza a través de la prensa libertaria de ese país [...]» (*sic*) refiriéndose en general a «[...] México, América Latina y el Mundo contra la Revolución Cubana [...]» con la idea de una «[...] colecta de dineros para los presos libertarios cubanos y... sacar del país a los perseguidos y sus familiares». Aquí es necesario anotar que este párrafo es lo único cierto de este documento en lo relacionado a la colecta de fondos y sus propósitos humanitarios.

Continúa el documento condenando a lo que considera «[...] una patraña, irresponsabilidad y mala fe [...]» por parte de sus ex compañeros, ahora en el exilio, o asilados en alguna embajada. Esta maniobra de «recolecta de fondos» y apelando a lo que Gaona se refiere como el «momento histórico que nos ha tocado vivir», la emprende con una cantidad de falacias o simples mentiras contra sus compañeros en desgracia. El primer acápite lo dedica a garantizar que no existe en toda la Isla «[...] un solo compañero libertario detenido o perseguido por sus ideas [...]». A menos que Gaona haya expulsado a todos los anarquistas de la ALC y disuelto dicho organismo, lo antes citado es falso, como hemos probado con anterioridad.

En el segundo párrafo declara mendazmente que no existe ningún tipo de persecución política o religiosa en Cuba, complicando sin mucha habilidad a los invasores presos de Playa Girón con toda la oposición a Castro que, por supuesto incluía a los libertarios. Reconoce, eso sí, que existe una «extrema vigilancia del pueblo a través de los CDR – uno en cada cuadra – contra los terroristas [...]». Justifica sin muchos miramientos el Terror del Estado creado por el castrismo contra la población a través de un comité de informantes al servicio de la temida Seguridad del Estado. Implica de esta manera que cualquier ciudadano que no respalde el proceso revolucionario, es un traidor, y por lo tanto, debe ser denunciado.

Miente Gaona cuando declara que «[...] casi la totalidad de la militancia libertaria de Cuba se encuentra integrada en los distintos «Organismos de la Revolución Cubana (*sic*) [...]». Y cita todas estas organizaciones llamadas de «masas» y se ufana en decir que la «integración» de esta militancia «[...] es la consecuencia de la plasmación [...] de todos los objetivos inmediatos de nuestro programa [...] y la razón de existir del Movimiento Anarquista Internacional y del Movimiento Obrero Revolucionario». Aquí se aprecia cabalmente la intención y dirección del documento. Según Gaona, los anarquistas se integran – espontáneamente – al despotismo castrista, por haber sido ése el objetivo de todas las luchas sociales de más de un siglo. Pero Gaona va más allá y nos indica que ésa ha sido la agenda y propósito de todos los anarquistas del mundo.

El párrafo quinto no pasa de ser otra cosa que una falacia propagandística con el peor estilo político concebible, lleno de envidia y malas intenciones, con la evidente idea de confundir a los anarquistas de extramuros en relación al Estado terrorista creado en Cuba. Finaliza el documento con una exhortación al resto de los compañeros fuera de Cuba, «para [...] no ser sorprendidos por las mal intencionadas y mentirosas informaciones que reciban de quien [...] al servicio consciente o inconsciente, de la contrarrevolución cubana, se empeñan en mantenerse sordos y ciegos ante las realidades [...] de la más progresista, democrática y humanista de las Revoluciones de nuestro Continente». Declara muy serio Gaona, que hay que apoyar al castrismo y «tomar las armas» para su defensa, declarando «traidores y cobardes» a los que, «pretextando diferencias o sectario rencor», se opongan a tan bello sueño. Después de

consolidada, «la Revolución podrá polemizarse, ahora sería negativo, porque estaríamos sirviendo al enemigo común».

Este documento ha sido casi reproducido en este trabajo con la idea de que se entienda lo que más adelante aconteció y sus siniestras consecuencias. Gaona, al final de su vida, traicionó a sus compañeros, pero peor aún, coaccionó vilmente a cinco antiguos miembros del anarquismo cubano, algunos ya octogenarios y enfermos, para que firmaran y avalaran esta declaración monstruosa que negaba precisamente todos los principios libertarios en Cuba y fuera de ella. Vicente Alea, Rafael Serra, Francisco Bretau, Andrés Pardo y Francisco Calle (Mata) firmaron el documento junto con otras 16 rúbricas que poco o nada tenían que ver con el anarquismo en Cuba. Muchos libertarios aún en la Isla se negaron a tal vileza y fueron considerados como enemigos, teniendo que abandonar tarde o temprano el país, entre ellos uno de los más destacados intelectuales de Cuba, que de haberse quedado al servicio del despotismo y firmado el documento de Gaona, hubiese recibido todos los honores que un verdadero anarquista no tuvo nunca por parte de nadie, Marcelo Salinas. Atrapados quedaron muchos en provincias que también se negaron a avalar este documento que tanto daño habría de hacer en el futuro inmediato.

Manuel González y Casto Moscú, involucrados en el trasiego de armas y propaganda, fueron detenidos al ser registrado, primero el local de la ALC en Jesús María, y después el automóvil en que viajaban estos dos compañeros. Conducidos a un local de Seguridad del Estado y temiendo ser fusilados, pena común en esos años para cualquier *contrarrevolucionario*, fueron puestos en libertad por una orden directa de un Capitán de este departamento, que según les comunicó, conocía la labor de los libertarios dentro del movimiento obrero, mencionando con orgullo su conocimiento de Serra y Salinas en tiempos pasados. González y Moscú no perdieron mucho tiempo y de la cárcel se trasladaron directamente a la Embajada de México, en la que fueron acogidos casi sin trámites. Ambos marcharían al exilio vía México y se reunirían con sus compañeros en Miami.

CAPÍTULO V

Exilio y sombras

(1962-1980)

Aunque ya a mediados de 1960 algunos anarquistas, comprometidos o no con la oposición violenta, habían marchado al destierro, no fue hasta el verano de 1961 en que colectivamente se inició el éxodo en dirección a los EE.UU. No era la primera vez que los anarquistas se refugiaban en este país. Ya desde el siglo pasado, como se ha comprobado, Tampa, Cayo Hueso y Nueva York habían sido los lugares escogidos por estos perseguidos, donde tenían mejor oportunidad de ganarse el sustento que en cualquier otro sitio, además de la cercanía necesaria para continuar la lucha. Durante las dictaduras de Machado y Batista el exilio había marchado a los mismos lugares; existían además contactos con otros grupos de anarquistas residentes en los EE.UU.

Las leyes de inmigración de los EE.UU. Se habían endurecido contra los anarquistas durante los años veinte, y todavía eran vigentes como recuerdo a una persecución injusta por parte de las autoridades norteamericanas que les impedían la entrada al país a los ácratas extranjeros. Ignoramos cómo el Departamento de Justicia de los EE.UU. Hizo una excepción con los libertarios cubanos. Suponemos que se consideraba equivocadamente a éstos como enemigos de sus enemigos y, por lo tanto, aliados potenciales. Lo cierto fue que, preguntados casi todos los nuevos refugiados por su filiación política, ningún libertario negó su condición de tal, y curiosamente se les permitió la entrada y residencia en los EE.UU. Como *parolees*, es decir, temporalmente. Por otra parte, y como en casos anteriores, era raro encontrarse por esos años a algún refugiado cubano que pensara permanecer en este país por mucho tiempo. Todos

los recién llegados, incluidos los libertarios, estaban convencidos de que el retorno era cercano y se planeó una estrategia anticastrista a corto plazo, lo que constituyó un visible error de cálculo. En el verano de 1961, en Nueva York quedó constituido formalmente el Movimiento Libertario Cubano en el Exilio (MLCE) por un grupo no muy numeroso de anarquistas exilados en esa ciudad. Por esas mismas fechas y con el mismo propósito, se organizó en Miami otro grupo libertario, entre los que se encontraban Claudio Martínez, Abelardo Iglesias y Rolando Piñera entre otros, y que fue conocido como la Delegación General. La llamada Sección de Nueva York, casi todos procedentes del Sindicato Gastronómico, estaba compuesta por Juan R. Álvarez, Floreal y Omar Diéguez, Bartolo García, Fernando Gómez, Manuel Rodríguez y Juan Fidalgo. Este último estableció contactos con los libertarios españoles radicados en Boston a través del compañero Gómez, agrupados en el Club Aurora. Funcionaba también por aquellos años otro grupo de españoles en Nueva York orientados por J. González Malo, alrededor de un antiguo vocero ácrata, *Cultura Proletaria*, con los cuales se inició una relación amistosa.

Pero, sin lugar a dudas, la cooperación y la solidaridad que principalmente recibieron los libertarios procedía del grupo anarquista llamado Libertarian League (Liga Libertaria), orientados por Sam Dolgoff y Russell Blackwell. Este último había sido combatiente en la Guerra Civil española y tenía una notable responsabilidad dentro del anarquismo norteamericano, a pesar, o quizás por eso mismo, de su procedencia trotskista. Sam Dolgoff era en esos momentos una de las figuras más respetadas en los medios ácratas de Norteamérica y poseía una larga trayectoria revolucionaria, además de ejercer gran influencia dentro de la llamada izquierda norteamericana. Siempre a su lado y a veces al frente, no podemos olvidar a su compañera Esther Dolgoff, mujer dedicada desde su juventud a la lucha social y a la libertad del proletariado en los EE.UU. En este grupo, además colaboraba Abe Bluestein, otra figura que también se identificó con los cubanos. Este sector anarquista había fundado en 1954 la citada Liga Libertaria, y tenía como vocero un boletín llamado *Views and Comments*. Sin la colaboración de todos los componentes de esta asociación anarquista, la labor de los cubanos hubiera sido mucho más difícil.

En agosto de 1960 se había publicado en Santiago de Chile un panfleto de 16 páginas firmado por la Federación Anarquista Internacional titulado Manifiesto de los anarquistas de Chile sobre la Revolución Cubana ante los imperialismos yanqui y ruso, donde denunciaba el castrismo por primera vez a nivel hemisférico y que coincidía plenamente con el documento que se había originado en La Habana publicado por los libertarios. Este trabajo, que es poco conocido debido a la pobre distribución que tuvo y al sabotaje de que fue víctima por parte de los marxistas chilenos, ya dejaba aclarada la posición de los anarquistas con respecto al castrismo. El Manifiesto quedó enterrado en las sombras del misterio.

Ya por esa época se iniciaron las colectas entre los compañeros anarquistas de los EE.UU., México, Chile, Argentina y casi toda Europa con el objetivo de conseguir visas y pasajes para sacar a sus compañeros comprometidos dentro de Cuba y/o a sus familiares. Las condiciones de vida por esos años para los enemigos del régimen son inenarrables, sobre todo para los que tuvieron que sufrir el presidio político más feroz que conoció Cuba. Tuvieron que adaptarse a condiciones infrahumanas y soportar las torturas de que a diario eran víctimas a manos de sus verdugos, cubanos como ellos y en nombre del *socialismo*. La idea de escapar de esa gran mazmorra que era Cuba se convirtió en una obsesión para todos los cubanos.

Las colectas que se hicieron en ese mes de agosto sumaron un total de \$2.088, cantidad considerable en esos años, y fue el detonador que produjo la explosión del documento de Gaona (DDG) en diciembre. Estos fondos, según la contabilidad que llevaba el tesorero del MLCE, Claudio Martínez, de acuerdo con los archivos existentes, provenían de varias fuentes; por ejemplo, citamos los componentes del *Freie Arbeiter Stimme* (La Voz Libre del Trabajo), una publicación anarquista en Yiddish de Nueva York donaron \$425.

La Kropotkine Branch, una organización libertaria con sede en California, cuya sección

neoyorquina se denominaba Workermen's Circle, aportó \$300. De la Argentina se enviaron \$601,30 recolectados por la SAI. A modo personal colaboraron: H. Rudiger, de Estocolmo, con \$387,80; André Germain en Chile envió \$42,00; Souchy, de Alemania, \$55,00; Luis Mercier, de Francia, \$50,00 y de Holanda, aclarando que la donación era por motivos humanitarios y que su simpatía se mantenía con la revolución cubana, A. de Jong enviaba \$144,78. Comenzaba la confusión europea con relación a los anarquistas cubanos y el gobierno de Castro.

Esta colecta sirvió para traer a los EE.UU. a más de 66 personas entre compañeros y familiares, al mismo tiempo que se empezaba una campaña de divulgación contra el régimen marxista-leninista que azotaba a Cuba. Para asombro de los anarquistas cubanos, este éxito económico inicial que debería ser continuado con un gesto solidario por parte de los que conocían el problema cubano, encontró dificultades en desarrollarse. En el aspecto económico ya para mediados de 1962 el MLCE había establecido un sistema de cuotas entre sus miembros de \$2,00 mensuales, que cubría los gastos más apremiantes, entre los que había el de «ayuda a los compañeros» recién llegados y el de la «campaña pro presos». Esta última actividad requería la ayuda solidaria de los compañeros en América Latina y Europa.

Condenados a penas de 20 años se encontraban presos en las cárceles cubanas Isidro Moscú y Plácido Méndez. Suria Linsuaín cumplía una condena menor, pero su hermano Luis estaba condenado a muerte por tratar de ejecutar a Raúl Castro. Mientras se ayuda a los primeros, el MLCE acordó movilizar la opinión anarquista internacional para salvarle la vida a Luis, por todo lo cual se activó la correspondencia con el exterior con ese propósito. Pero inevitablemente llegó la hora de la confrontación con ciertos sectores del anarquismo internacional que se negaban a aceptar que la revolución cubana comenzaba a convertirse en un sistema totalitario que perseguía, encarcelaba y fusilaba a sus compañeros cubanos. Los libertarios desde Nueva York y Miami aducían las razones que entendían eran correctas desde el punto ético de la filosofía ácrata en contra del sistema establecido que evidentemente los perseguía. Y por supuesto, aportaban pruebas al respecto.

Por otra parte, el DDG ya empezaba a circular en casi todos los medios anarquistas a que tenían acceso sus autores, reforzados más adelante por todas las agencias internacionales al servicio del marxismo internacional, desde Moscú hasta Sidney. Por su parte, los miembros del MLCE en 1962, iniciaron su campaña propagandística con la publicación de un *Boletín de Información Libertaria (BIL)*, recibiendo la solidaridad más desinteresada y espontánea a su causa por parte de *Views and Comments*, en Nueva York, y el apoyo de la Federación Libertaria Argentina por un acuerdo de su V Congreso celebrado en Buenos Aires, con su órgano de información *Acción Libertaria*. Tanto los compañeros argentinos como los norteamericanos respondieron desde el primer momento al reclamo de los cubanos exiliados y nunca les faltó a éstos durante todos los años difíciles por venir de ese apoyo solidario. Los anarquistas cubanos no estaban solos.

La información, o mejor, la confusión internacional en el caso cubano dentro del campo anarquista, la inicia el aparato propagandístico del régimen cubano con enormes recursos, talento, imaginación y mucha habilidad política como respuesta al ataque que desde el exterior le hacen los anarquistas, precisamente dentro de un territorio ideológico que el marxismo había manipulado con resultados exitosos desde la Guerra Civil española. La llamada *izquierda* consistía en una serie de sectores políticos, sociales y hasta religiosos que atacaban constantemente al capitalismo, al militarismo, la burguesía y a la religión organizada. La entrada de esta *guerra política* del régimen castrista, declarado como *socialista*, aportaba toda la experiencia que tenían los medios de propaganda cubanos, heredados de la incipiente sociedad de consumo que habían exportado los norteamericanos a Cuba en la década de los años 50, y que secundados por los métodos represivos más sofisticados, resultaron ser los dos factores más eficientes del sistema y los de más larga duración, razón principal de la consolidación y durabilidad del régimen.

Por supuesto que los medios de propaganda castrista usarían hasta el cansancio y en los más

remotos lugares del planeta, el *DDG* para probar que la propaganda anticastrista – anticubana la llamaban y la llaman, confundiendo al sistema político con el país – era producto de un grupo de ex anarquistas al servicio de los peores intereses. Pero primero era necesario desacreditar a los libertarios cubanos fuera de Cuba y después acusados como «agentes de la CIA, proxenetas, traficantes de drogas, batistianos» y muchos otros epítetos, comunes en la retórica de Agiprop marxista con relación a sus enemigos. Se difundió el *DDG* en todos los medios libertarios a que tuvieron acceso, y de este modo crearon la confusión primero y la duda después con relación al MLCE.

Por supuesto que esta maniobra era de esperar. Lo que realmente sorprendió a los miembros del MLCE fue la reacción del movimiento anarquista a nivel mundial. Al principio del exilio los libertarios cubanos creyeron en la justicia de su causa. Después de aportar pruebas al respecto y recibir la solidaridad de norteamericanos y argentinos, pensaron – erróneamente por cierto – que siendo justo el reclamo contra el castrismo, la solidaridad internacional se produciría natural y espontáneamente, como en el caso español del franquismo. No aconteció de este modo. Surgieron las primeras dudas en diferentes grupos radicados en México, Venezuela, Uruguay, Francia e Italia. Estas dudas eran inicialmente comprensibles con relación al proceso revolucionario que se estaba llevando a cabo en Cuba, más aún si se tiene en cuenta que estos mismos compañeros cubanos, ahora en el exilio, habían apoyado en sus inicios el sistema revolucionario.

No cabía dudas de que el *DDG* empezaba a hacer daño, y aun que el MLCE tenía conocimiento de dicho pronunciamiento, poco se hizo para rebatir su contenido, pensando de forma equívoca, que nadie le prestaría atención a tales calumnias y faladas. La estrategia era la de atacar al castrismo, el único enemigo en términos políticos. Esto fue otro error. Por esos años también se planteó, y se sigue todavía exponiendo, la convergencia de criterios entre la política del Departamento de Estado Norteamericano y la estrategia sostenida por el MLCE por esos años. Una de las acusaciones más calumniosas de los agentes de Castro contra los libertarios era precisamente la de estar «siguiendo la línea política del imperialismo contra Cuba».

Nadie ha negado nunca esta coincidencia de criterios, que fue y hasta cierto punto sigue siendo cierta. Pero para cualquiera que haya leído algo de la historia de las ideas anarquistas y la de sus militantes, se encontrará con coincidencias parecidas en distintos países y diferentes partes del planeta y que incluyó a la burguesía, el Partido Comunista, el Servicio Secreto Inglés y hasta al Vaticano. Cuando el enemigo es común, cualquier tipo de acercamiento a otros sectores que poco tienen en común con las ideas, es parte de cualquier agenda política. Pero una cosa es coincidir y otra ponerse bajo la égida de otros sectores que nada tienen que ver con las ideas anarquistas y/o negociar los principios. En realidad esto nunca ocurrió. Habría también que preguntarse quién coincidió primero con quién; es un hecho innegable que los anarquistas cubanos se opusieron a Castro primero que el gobierno norteamericano.

Mientras las calumnias se generalizaban, la confusión ganaba terreno y la polémica comenzaba. El libro de Agustín Souchy publicado en la Argentina y el *Manifiesto de los anarquistas de Chile* circulaban lentamente por Latino América. Edgar Rodrigues en Brasil y Ricardo Mestre en México defendían la causa de los cubanos, y desde el *Boletín de Información Libertaria (BIL)*, anuncian sorprendidos la poca solidaridad que le han brindado algunos sectores del anarquismo internacional, y lo achacan a la «falta de información veraz y exacta» de la realidad cubana. Ya en 1962 el BIL reporta cierta «hostilidad declarada» de algunos medios de información y de «incomprensión» por parte de éstos.

La polémica en torno a la revolución cubana se intensifica de un modo alarmante. Escribiendo sobre el tema casi 20 años después de este inútil ejercicio retórico, Alfredo Gómez reporta el dilema de los cubanos en toda su forma y fondo. «Así, Jacobo Prince [...] en una carta del 5 de diciembre de 1961 subraya que [...] el hecho de los ataques más violentos contra el régimen castrista provengan de sectores reaccionarios, contribuye a aumentar la confusión y se

requiere bastante coraje civil para atacar el mito de esa tal revolución». Era comprensible que los medios anarquistas sospecharan de los enemigos del castrismo, entre los cuales se encontraban sus compañeros cubanos, como apunta correctamente Prince, pero lo que no parecía entenderse muy bien era cómo se podía dudar de sus compañeros en el exilio sin existir ningún elemento de juicio acusatorio o alguna prueba en su contra, salvo el *DDG*, que leído con calma demostraba ser una maniobra maligna y tendenciosa.

Según Gómez, en Venezuela el Grupo Malatesta, «[...] en el curso de una campaña por la liberación de L.M. Linsuaín [...] debe tener buen cuidado de 'aclarar' y explicar [...] exactamente lo que quieren los anarquistas [...] y demostrar que no son 'reaccionarios'». Más adelante, con relación a *Tierra y Libertad*, el vocero de los anarquistas de México, Gómez relata que dicha publicación «tiene que explicar que su crítica al régimen castrista no implica la aceptación de las estructuras [...] anteriores a la revolución». En ambos casos vemos que las dudas y la confusión prevalecen tanto en Caracas como en México. Para salvarle la vida a Linsuaín, cosa por cierto que se logró a cambio de una condena de treinta años, no hacía falta probarle a nadie la naturaleza del ideario ácrata. La explicación de *Tierra y Libertad* por otra parte carecía de sentido y era completamente innecesaria.

Mientras que por esos años en La Habana, Castro se declaraba «marxista leninista de toda la vida», a Miami empezaban a arribar otros compañeros que de una forma u otra habían podido escapar del régimen totalitario que ya emergía en Cuba. Santiago Caba César, que había ocupado cargos de responsabilidad dentro de la Secretaría de la Federación Nacional de Transporte, uno de los sindicatos más numerosos e importantes de la Isla, llegó al exilio de Miami, procedente de Venezuela, país que le había otorgado asilo político por sus actividades plenamente subversivas dentro de Cuba, y se unió en Miami al MLCE, donde militó con la pasión que le caracterizara desde su juventud. Manuel Ferro, ya a la edad del retiro, recomenzó su militancia ácrata que provenía de los años veinte. Ferro, un libertario lúcido que tenía relaciones internacionales variadas y escribía con agilidad, no tardó en empezar una larga tarea, tan difícil como poco fructífera, tratando de echar un poco de luz en aquellas sombras de incompreensión que parecían sumergir al mundo libertario de la década.

En compañía de su viejo amigo italiano Enrico Arrigoni e incitado por él, Ferro comenzó «a escribir algunos artículos sobre la realidad cubana», que con la colaboración y traducción de Arrigoni se dieron a conocer en la prensa anarquista de Francia, Italia, México y Argentina, donde, según sus palabras, «En la mayoría de nuestros ambientes se recibieron con desagrado», debido al «entusiasmo» con que se había recibido a la revolución cubana. «Nada justificaba el entusiasmo [...]» sentenciaba Ferro. *Reconstruir* en Buenos Aires, cuyo Colectivo editorial estaba plenamente identificado con los cubanos, publicó todos sus trabajos.

También Ferro, que firmaba sus trabajos como Justo Muriel, enviaba regularmente artículos a la delegación exiliada española que por esos años residía en Toulouse, donde su amiga Federica Montseny «sólo le publica tres». «No es muy popular atacar a Castro en Europa», declara Federica con esa sinceridad cínica de una larga experiencia política, a lo que Ferro responde que «[...] tampoco era muy popular atacar a Franco en Miami [...]».

La actividad intelectual de Ferro y de Abelardo Iglesias entre otros anarquistas cubanos por esos años es incansable. Pero pronto todas estas razones anticastristas, incluidas aquéllas que publicara *Acción Libertaria* en Buenos Aires, tales como *Revolución y contrarrevolución*, de Iglesias, expone con una claridad meridiana las diferencias abismales entre los dos conceptos socio-políticos y donde se encontraba la razón y la justicia que proclamaban los libertarios cubanos. En treinta frases concisas Iglesias exponía criterios comparativos como el siguiente: Expropiar empresas capitalistas, entregándolas a los obreros y técnicos, ESO ES REVOLUCIÓN. Pero convertidas en monopolios estatales en los que el único derecho del productor es obedecer, ESTO ES CONTRARREVOLUCIÓN.

También por esos años se hicieron los primeros contactos con los elementos italoamericanos de añeja procedencia ácrata, ya casi todos semi retirados en Tampa y Miami. Sostenían estos

antiguos militantes un vocero en Nueva York llamado *L'Adunata dei Refrattari*, que por esos años se dedicaba a defender al castrismo o a la revolución cubana, ya que para ellos, lo mismo que para el gobierno de La Habana, era la misma cosa. Empezaba a persistir esa confusión definitoria. No sólo comenzó el debate con el MLCE, sino que también la Liga Libertaria se vio envuelta en la polémica.

Ferro y Arrigoni por su parte, comenzaron una campaña en la misma Italia, con la idea de coger el toro por los cuernos, y se dirigieron a *Umanita Nova (UN)*, la publicación oficial de la Federazione Anarchica Italiana (FAIT), con la idea de contrarrestar la innegable influencia de los medios italo-americanos de *L'Adunata*, al mismo tiempo que responder a una serie de artículos publicados en dicho semanario por Armando Borghi en defensa de la revolución cubana. Ferro, con el apoyo de Arrigoni, le responde con razones suficientes para arrinconar a Borghi. *UN*, en una actitud francamente negativa, se niega a publicar los artículos de Ferro, argumentando que no querían crear una polémica. Interviene entonces Arrigoni acusando a *UN* de estar «pagada por los comunistas», cediendo al final éstos y publicando las respuestas de Ferro. Meses después Borghi vuelve a la carga en su defensa del castrismo ignorando las razones de Ferro. A éste último trata inútilmente de responderle de nuevo Ferro, recibiendo la evidente censura de *UN* al negarse éstos categóricamente a publicar su respuesta.

En Cuba quedaban ya pocos militantes, que sufrían en silencio el despotismo más miserable de que hubieran sido objeto los anarquistas durante toda su larga historia. Guerra, Serra y Salinas, que procedían de la primera generación de libertarios cubanos, quedaban abandonados a su suerte a pesar de todos los esfuerzos de sus compañeros en el exilio por procurarles lo más necesario. Los dos primeros habían firmado el *DDG* en contra de su voluntad, como admitirían en privado. Salinas, que se negó en redondo a ser cómplice de esta monstruosidad, fue relegado por el gobierno a una especie de exilio en Santiago de las Vegas, de donde más tarde tomara el camino del destierro con rumbo a Miami. Modesto Barbeito no tardaría en morir, víctima de la frustración y de la enfermedad que lo consumía.

Por esos años fueron presos por «actividades contrarrevolucionarias» varios militantes que se encontraban en la clandestinidad, como Antonio Dagas, español que pertenecía a la Delegación de la CNT en Cuba. Fue a dar con sus huesos en la siniestra prisión de La Cabaña. Alberto García, que tenía la responsabilidad de Secretario de la Federación de Trabajadores Médicos, habiéndose escabullido de la persecución libertaria dentro de la CTCR, fue preso por el mismo motivo que Dagas, y condenado a treinta años de cárcel. Sandalio Torres, acusado de «conspiración contra los poderes del Estado», fue condenado a diez años de prisión por negarse a acusar falsamente a otros compañeros de «actividades conspirativas». Otro militante cenetista de responsabilidad entre los anarquistas en Cuba lo era Salvador García, que finalmente pudo salir a México perseguido por el régimen. García, a su llegada hizo contacto con elementos afines dentro de las ideas: Ricardo Mestre, Fidel Miró, Domingo Rojas, Ismael Viadiu y Marcos Alcón, todos ellos en solidaridad con el MLCE. *Tierra y Libertad* publicó el testimonio de García donde no sólo corroboraba la persecución de libertarios que tenía lugar en Cuba, sino que avalaba las opiniones del MLCE. Por su parte en la Argentina ese mismo año se reprodujo la versión de García en el siempre solidario *Reconstruir*. En Miami por esa época se creaba con mucho esfuerzo un «Comité Pro-Libertarios presos» con la idea de recolectar fondos con el propósito de aliviar en algo la persecución de que eran víctimas sus compañeros en las prisiones castristas.

A mediados de 1963 Abelardo Iglesias terminó de escribir un folleto de cerca de 100 páginas titulado *Revolución y dictadura en Cuba*, que prologado por Jacobo Prince salió a la luz en Buenos Aires en octubre de ese año. Iglesias había escrito en forma de síntesis, y con la sinceridad que lo caracterizaba, un documento que, según Prince, había calificado «[...] con la autoridad de una militancia ejemplar de treinta años, que vea su pueblo sometido a una nueva dictadura [...]». *Revolución y dictadura*, además de ser una denuncia serena contra el régimen de Castro, nos ofrece una descripción objetiva de la sociedad cubana bajo el nuevo régimen

revolucionario y termina con unas «Conclusiones» explicativas sobre la *subordinación* a la política exterior del Kremlin, y lo que llama el autor «La táctica correcta» que por esos años debía y tenía que ser de «Guerra Revolucionaria».

Mientras en el Nueva York de 1964 el grupo de la Liga Libertaria, presididos por Sam Dolgoff, continuaba su campaña propagandística contra el sistema establecido en Cuba y hacía manifestaciones públicas en su contra, se produce otra controversia, esta vez entre el escritor pacifista David Delliger y Dolgoff, de retorno el primero de un viaje pagado por el gobierno castrista como invitado a las celebraciones del Primero de Mayo en La Habana, conmemoraciones anuales obligatorias que ahora el Estado cubano imponía al pueblo cubano con desfiles militares, consignas soviéticas y *La Internacional* como fondo musical. Delliger llegó de La Habana conmovido por la disciplina militar que desplegaban los obreros cubanos armados. Irónicamente se trataba, lo mismo que su acompañante David Thoreau Wieck, de los llamados *anarcopacifistas* que publicaban una revista llamada *Liberation*. Los componentes de la Liga, presididos por Dolgoff y reforzados con algunos militantes cubanos que quedaban en Nueva York, decidieron protestar públicamente frente a la redacción de dicha publicación, acusando a ambos caballeros de ser «apologistas del régimen de Castro».

La respuesta de Delliger no se hizo esperar. Con la acusación de rigor en esos años, tal como relata Mike Hargis, «[...] se unieron en denunciar al MLCE como secuaces serviles de la CIA. La Liga Libertaria y la Internacional Workers of the World (IWW) salieron en defensa (del MLCE) publicando declaraciones y manifiestos de los libertarios cubanos (publicados en *Views and Comments*) y retando públicamente a los apologistas de Castro dentro de la izquierda, por su auto-impuesta ceguera».

Es necesario aclarar que a principios y durante toda la década de 1960, la llamada *New Left* (Nueva Izquierda) estaba compuesta por anarquistas, liberales radicalizados, demócratas extremistas, minorías raciales hispanas, feministas, marxistas en sus más variadas formas – trotskistas, estalinistas y coexionalistas –, negros militantes, pacifistas y consumidores de sustancias químicas. Estos sectores políticos, sociales y hasta raciales, tendrían una importancia trascendental en los próximos años dentro de la sociedad norteamericana, y sin duda tuvieron un impacto dentro del mismo sistema gubernamental que se tornaría de claros designios imperiales y represivos.

Ya a principios de 1965, ya propósito de un Congreso que se iba a celebrar en Montevideo por la Federación Anarquista Uruguaya (FAU), comenzó a notarse la fragmentación que existía en todo el Cono Sur con relación al castrismo. Los componentes de la FAU en su mayoría no ocultaban sus simpatías por el régimen cubano, con algunas notables excepciones, entre las que se encontraba Luce Fabbri. Por su parte la delegación argentina invitada que representaba a la FLA se oponía a esta actitud por parte del sector uruguayo más radicalizado. La polémica terminó dividiendo a la FAU entre los pro y anticastristas; los primeros, que eran mayoría, terminarían en las filas de los tupamaros o en el exilio sueco, según recordara Luce Fabbri años después en la Rivista Anarchica A «Viviendo la mia vita».

Por esos días y en vista de lo peligroso que se tornaba la polémica sobre el castrismo en todo el mundo libertario, los anarquistas de la Federazione Italiana, en un esfuerzo loable por poner las cosas en su lugar, convocaron un Congreso que se iba a celebrar en Bolonia del 27 al 29 de mayo de 1965, por el que acordó invitar a un delegado del MLCE para que expusiera sus ideas. Los componentes del MLCE decidieron entonces crear un fondo común para costear el viaje a Abelardo Iglesias, que ya tenía experiencia en este tipo de evento y contaba con la dialéctica y argumentos necesarios para exponer los puntos de vista de los cubanos en el destierro.

El dificultoso periplo de Iglesias se inició en Francia, donde se reunió en Toulouse con antiguos compañeros de la Barcelona revolucionaria de 1936 y más tarde con elementos afines en París. De allí se trasladó a Bolonia, donde exitosamente presentó los argumentos del MLCE contra Castro y debatió con otros compañeros sobre el problema cubano. «La

Federación Anarquista Italiana (FAIT) reunida en este Pleno Nacional de Bolonia [...]» resolvía y acordaba en varios «considerandos» la condena más enérgica que se pudiera plantear por esos años contra el castrismo; le ofrecía al MLCE, «[...] la más amplia solidaridad en su lucha contra el castro-comunismo [...]». Apoyaba «[...] con todos sus medios de difusión [...] la campaña a favor del cese de los fusilamientos [...]». Continúa el documento con «Oponerse [...] a que en Cuba se establezca cualquier régimen dictatorial [...]» que se sustituya el «actual vasallaje chino-soviético por otro [...] de los EE.UU. [...]» y finaliza con una recomendación a *Umanità Nova, L'Agitazione del Sud, Seme Anarchico, Bollettino Interno, Volontà* «y otras publicaciones del Movimiento Italiano a que acojan y difundan este acuerdo [...] «Firmaban este acuerdo además de la FAIT, la FLA, la Federación Anarquista Mexicana (FAM), la Liga Libertaria de los EE.UU., la Sveriges Arbetares Centralorganisation (SAC) de Suecia, el Movimiento Libertario Español y la Federación Anarquista de Londres entre muchos otros. A su regreso y debido al Congreso de la Federación Anarquista Francesa que se celebró en Toulouse del 5 al 6 de junio de ese año, Iglesias también se reúne y expone sus puntos a los componentes de dicha asamblea, la cual, después de varias consideraciones, entre las que se destaca la «desviación de la revolución» cubana al campo de la «contrarrevolución marxista-leninista», le brinda su apoyo al MLCE contra el castrismo y su lucha en la defensa de los presos anarquistas en las cárceles cubanas y denuncia el régimen cubano como «una dictadura fascista o un régimen a sueldo de los EE.UU. [...]» Se comprometen a «hacer conocer a los trabajadores franceses la suerte que sufren sus hermanos cubanos». Para este objetivo se utilizará el órgano francés *Le Monde Libertaire*.

Al retornar Iglesias del viaje parecía que no sólo se había zanjado la ya larga y ácida polémica con los simpatizantes del castrismo dentro del anarquismo mundial, sino también que casi todas las Federaciones y grupos libertarios europeos y latinoamericanos terminaban condenando al sistema impuesto por Castro al pueblo cubano, o sea, una doble victoria. Estaban totalmente equivocados. Ya la penetración castrista entre los medios ácratas de dos continentes había planteado la necesidad de declarar «la revolución permanente» en la América Latina y África y cualquier crítica que se le hiciera al régimen castrista significaba un ataque a esta nueva política aventurera que emanaba desde La Habana de llevar a cabo la revolución «socialista» en mundo y medio. Y de esta forma bastante totalitaria, como era de esperar, aquél que no estuviera con el castrismo revolucionario y tercermundista, era un enemigo del pueblo y de la humanidad. La mayoría de los medios anarquistas europeos y algunos en Latinoamérica, como en Uruguay, Perú, Chile y Venezuela que recordemos, se pasaron al campo de la Revolución Cubana – ahora con mayúscula – o al llamado por esos años «radicalismo foquista» y se olvidaron del MLCE.

El esperado sectarismo marxista se hacía sentir. Según la versión de Alfredo Gómez, «[...] los anarquistas cubanos [...] han vivido en una impresionante soledad, abandonados [...] por los anarquistas del mundo entero que tendían a identificarse con el régimen del PCC [...]». Gómez acusa al «movimiento anarquista mundial» de «mala conciencia» con respecto a los cubanos. Todo esto, por supuesto, no detuvo la campaña pro presos o anticastrismo que los componentes del MLCE continuaron a base de esfuerzos sin precedentes en el BIL, aunque al principio creyeron que se les había dado la razón, pronto comprendieron lo contrario. En 1967 llegó de Cuba Marcelo Salinas ya bastante viejo y cansado por los avatares que tuvo que sufrir en la Isla. Salinas, que pudo haber firmado el *DDG*, haberse pasado al PCC y de esa forma convertirse en una figura estelar en el campo intelectual cubano con todos los honores del cargo, decidió marcharse de Cuba y quedar casi marginado en un exilio conservador y derechista que en ningún momento supo apreciar su calidad humana. Marcelo, por su parte, continuó en su prédica libertaria escribiendo artículos y pronunciando conferencias. Su pensamiento fue recogido en el exterior a través de cartas personales a amigos de 50 años o en *Reconstruir* en Buenos Aires, agregándose de esta manera a Ferro e Iglesias, que realizaban una labor similar. Continuó Salinas en esta barricada hasta su muerte en 1976, a la

edad de 87 años. Con la desaparición de Marcelo no sólo perdía el MLCE un compañero dedicado a las ideas casi cerca de 70 años, sino también Cuba, en la figura magra de uno de los intelectuales más completos de su generación. Salinas fue dramaturgo, poeta, novelista, ensayista, cuentista, en fin, un autodidacta ilustrado capaz de tener una vigencia intelectual de primer orden en Cuba y fuera de ella.

La triste década para algunos, se acercaba al final. En 1968, mientras en Berkley, Marcuse explicaba un marxismo muy cercano a Bakunin, en Boston, Chomsky combatía todos los horrores norteamericanos; en París los nuevos filósofos franceses atacaban a Marx, en el mismo lugar donde en mayo estalla una huelga general en la que participan activamente los estudiantes con consignas anarquistas y banderas negras; la juventud norteamericana se dedicaba muy espontáneamente y en armonía con la naturaleza, a amar las flores y la paz en vez de ir a una guerra lejana e inútil; los EE.UU. Se debatían en una guerra civil interna, racial y política; la URSS invadía Checoslovaquia para evitar lo que proponía Marcuse en Berkley, al mismo tiempo que en La Habana Castro aplaudía esta trágica medida y la China de Mao se inventaba una «revolución cultural» violenta y despótica. Es precisamente en ese año turbulento cuando la FAIT convoca desde el 30 de agosto al 8 de septiembre aun llamado Congreso Internacional de Federaciones Anarquistas.

Conocido como el Congreso de Carrara, esta asamblea tuvo una amplia difusión y cobertura no sólo en los medios ácratas, sino a nivel mundial. En dicha reunión estaban representados casi todos los países europeos del Oeste, una delegación búlgara y otra de México; es respaldada y avalada por casi todas las federaciones anarquistas o libertarias del continente americano. Como observadores participaron la SAC, la AIT y CIRA. Se trataba sin duda de una de las reuniones ácratas más numerosas que se llevaban a cabo en casi más de medio siglo y Carrara era el lugar más indicado para llevar a cabo este Congreso.

El MLCE no había podido mandar un delegado por falta de fondos, así que se le pidió a Domingo Rojas, de México, que era parte de la delegación de ese país al Congreso, que representara a los anarquistas cubanos. El Congreso realizó todas sus sesiones, se atendieron todas las proposiciones, se discutieron 8 puntos relevantes y se tomaron acuerdos oportunos. El más discutido fue el punto 3, que tocaba las relaciones entre el anarquismo y el marxismo con las experiencias habidas en tres revoluciones: «[...] la rusa, la española y la cubana». No hubo dudas ni disputas en relación a la actuación siniestra de los sectores marxistas en Rusia o España, pero en Cuba la situación era diferente.

En el Congreso de Carrara, con todo el bagaje de experiencia de dos notables fracasos libertarios a manos de Lenin, Trotski y Stalin, los anarquistas reunidos en asamblea aseguraron, según se declara con mucha seriedad en sus conclusiones, después de analizar y condenar al sistema castrista, definirlo como «una dictadura [...] tributaria a la URSS [...] un régimen estatal [...]» etc., terminan su evaluación con un párrafo final que resulta tan falso como fuera de lugar y hasta contradictorio: «[...] Cuba es un país más permeable a las teorías[...] de tipo comunista libertaria que no lo son la URSS y los países satélites». En otras palabras, el marxismo científico cubano es un caso diferente (no explican claramente por qué) y por lo tanto, según el documento, siempre habrá esperanzas de penetrar en régimen castrista para que modifique sus posturas estatistas y totalitarias adoptando entonces los ideales del más puro anarcosindicalismo, en armonía con la libertad y la justicia.

Analizando fríamente este acuerdo a 30 años vista, resulta patético aun cuando nos situemos cronológicamente en 1968. Los anarquistas habían perdido la perspectiva sobre Cuba, ignorando dónde terminaba la frontera de la confusión y comenzaba la de la maldad. Era cierto que la batalla propagandística del castrismo estaba siendo ganada entre todas las izquierdas con sus falsos postulados revolucionarios y consignas guerrilleras y no era menos cierto que habían penetrado en la opinión de muchos libertarios con respecto al MLCE. Los medios de comunicación y difusión anarquistas de Europa y América Latina tendían cada día a apoyar más la Revolución Cubana que a sus antiguos compañeros, víctimas precisamente del

castrismo que decían apoyar.

En el inventario que hacían los cubanos en el BIL en ese año, en el elenco de compañeros a nivel internacional que los respaldan, se encuentran figuras como «[...] Jacobo Prince, Agustín Souchy, Gaston Leval, Frank Mintz, Luce Fabbri, E. Cressatti, Edgar Rodrigues, Juan Campá, Fidel Miró, Ricardo Mestre, Marcos Alcón, Dolgoff, Progreso Alfarache, Cipriano Mera, Luis Mercier, Ilario Margarita, Helmut Rüdiger, además de sectores revolucionarios tales como FLA, FAM, CNT Mexicana, Liga Libertaria América, algunos grupos italianos, ingleses, compañeros uruguayos [...] de Venezuela y otros».

Pero ya en 1970, cuando comienza la nueva década, los componentes del MLCE han comprendido que se ha perdido la batalla. Aunque se continúa la lucha propagandística, ya se entiende que era inútil seguir polemizando con sordos. Las amargas palabras de Iglesias en el BIL de febrero de 1970 son explícitas. Con relación a *L'Adunata*: «[...] quienes, recogiendo[...] las acusaciones comunistas no vacilan en acusar[nos] de estar al servicio de la reacción: *Adunata dei Refrattari* [...]FAU [...] FAIT y su periódico *Umanità Nova*, FIJL, D. Cohn-Bendit, etc.» Iglesias hace un inventario de todas las «[...] (injurias, ataques personales, etc.), que utilizaron procedimientos estalinistas (censura de artículos...) y que durante un período bastante largo las relaciones estuvieron totalmente interrumpidas». Se remonta a Carrara para recordar que Cohn-Bendit «[...] acusa al MLCE de estar financiado por la CIA». Por su parte, en otro artículo publicado más tarde, Alfredo Gómez también menciona que *Le Monde Libertaire* en París, el vocero de la FAF, recordaba a todos los países donde existían dictaduras menos la de Cuba «[...] como si los compañeros franceses [...]» consideraran a Cuba una excepción y «[...] los anarquistas cubanos son considerados anarquistas de segunda clase, sin derecho a la solidaridad».

No fue hasta 1976 cuando el ambiente de suspicacias y desconfianzas contra el MLCE empezara a despejarse. La publicación del libro *The Cuban Revolution: A Critical Perspective (La Revolución Cubana: un enfoque crítico)* de Sam Dolgoff en Canadá y una excelente red de distribución en el mundo de habla inglesa, desde Dublín hasta Sidney, hizo un impacto demoledor entre las izquierdas en general y los anarquistas en particular. Este libro se constituyó en la crítica más certera que recibiera el castrismo en esos años de aventurismo revolucionario en la América Latina y fue el factor decisivo en el cambio operado por los ácratas a nivel internacional con relación al MLCE. El éxito de este trabajo fue mucho mayor que el esperado por su autor al ser traducido al español primero y al sueco más adelante (*Den Kubanska Revolutionen*). Dolgoff declararía más tarde: «[...] nunca recibí un centavo por estas ediciones, pero me sentía muy feliz de poder propagar con este libro mis opiniones sobre el MLCE y su lucha contra Castro [...]» que era sin duda lo más notable de esta obra.

A finales de 1979, en aquellos años del postfranquismo, cuando se convocara el V Congreso que se iba a celebrar en Madrid, en que la CNT/AIT pudo empezar normalmente a trabajar en España, esta actitud comenzó a cambiar lentamente. Un delegado del MLCE fue invitado a participar en este Congreso que duró del 8 al 16 de diciembre, y su presencia reconocida por la mayoría de los presentes, incluyendo casi todas las representaciones extranjeras. Se reanudaron los lazos fraternales con la AIT y se hicieron contactos importantes para mejorar las frías relaciones que existían entre ambos sectores.

Unos meses después, en 1980 la revista *Bicicleta*, que hacía ciertas propuestas libertarias por aquellos años, publicó parte del artículo de Alfredo Gómez que hemos citado, «Los anarquistas cubanos o la mala conciencia del anarquismo» y que también había dado a la imprenta en francés *IZTOK*, el vocero de los exilados búlgaros en París. El análisis de Gómez en términos generales y a pesar de acusar a los libertarios cubanos de maniqueístas, finaliza dándole la razón a éstos. Dicho artículo fue reproducido en el nuevo vocero del MLCE que se empezaba a publicar en 1980 en Miami, *Guálgara Libertaria*, en su número 7, Verano de 1981; y en el número siguiente de Otoño, Iglesias de nuevo le hace algunas «Apostillas» al artículo de Gómez que sirve para explicar con más lucidez la actitud del MLCE en relación a Castro y

sobre todo al mundo anarquista de la época. Iglesias menciona una frase de Progreso Alfarache Arrabal que bien puede pasar a la historia: «En el caso cubano, ese agudo instinto de la libertad, que es la esencia del anarquismo, ha fallado lamentablemente». Las notas de Iglesias que dicen «no ser polémicas sino aclaratorias» demuestran las razones del MLCE y por ellas nos damos cuenta de que la disputa ya había concluido. Había sido muy larga y hecho mucho daño.

Pero también se producían cambios en el mundo a los cuáles los anarquistas no podían ser ajenos. Una nueva mentalidad antiautoritaria que había emergido de la década anterior y se imponía en la de los setenta. Se empezó a observar al castrismo por parte de estos sectores refractarios como lo que realmente era, una dictadura delirante que no representaba a su pueblo y como consecuencia se inició un lento pero seguro repudio en dirección al gobierno de La Habana. Pero ya era muy tarde. Los anarquistas en Cuba habían sido víctimas del prejuicio y perjuicio del mundo libertario salvo algunas excepciones honorables, obligando al exilio a la mayor parte de sus componentes, otros a la cárcel o a una sombría soledad. Como se ha podido apreciar en este trabajo, los anarquistas en Cuba han sobrevivido a todo tipo de persecuciones dirigidas desde el Estado, instigadas por las clases económicas más poderosas, auspiciadas por el PCC y puestas en práctica por el castrismo. Los precursores de las ideas sociales que fueron por muchos años mayoritarias dentro del movimiento obrero, resistieron, al mismo tiempo que fueron víctimas del colonialismo español, la injerencia norteamericana, los magnates azucareros y tabacaleros, hacendados y colonos, industriales y comerciantes, los gobiernos de la Primera y Segunda República y finalmente al sistema de gobierno más despótico y totalitario que conociera Cuba. En su larga historia de más de un siglo los abanderados de las ideas, sus escritores, sus teóricos, sus oradores, sus responsables sindicales, sus propagandistas y hasta el último de sus militantes han cometido aciertos y errores, los cuales estamos en el deber de admitir y aceptar. Pero de una cosa estamos seguros y es el hecho de que los anarquistas cubanos han mantenido ese espíritu de lucha y desinterés por Cuba y su pueblo, que han sido los poseedores de una larga tradición de libertad y justicia, unidos por una decisión indestructible, confiados en que el siglo futuro será la aurora de un mundo mejor, más solidario y más libre.

EPÍLOGO

El hasta ahora evidente fracaso socioeconómico de la revolución cubana no se pudo apreciar hasta mediados de la década de 1970. Cuba contaba con riquezas suficientes durante los años 60, generados por las reservas monetarias de los gobiernos anteriores: créditos internacionales, moneda solvente, divisas extranjeras, producción industrial exportable (azúcar, tabaco, etc.). Este podereconómico, heredado del ahora difunto sistema capitalista, serviría para mantener económicamente el régimen castrista durante esta primera década del nuevo proceso socialista declarado oficialmente en 1961.

Las ideas puestas en marcha en esos primeros años de aventura económica, ineficacia revolucionaria y fallidos ensayos sociales, estaban sin embargo basadas en el *cientificismo marxista*, la centralización y nacionalización [estatalización] de todas las grandes industrias, empresas, tierras y negocios de la fenecida alta y pequeña burguesía cubana dentro de un proceso cerrado y totalitario. El discurso revolucionario respondía o al menos debía obedecer al concepto leninista del ya conocido *centralismo democrático*, por el cual, toda la vida socioeconómica de Cuba quedaba en poder del PC, y como era ya una antigua costumbre en los modelos europeos marxistas, la dirección y la supervisión de todos estos poderes que emanaban del Estado se convertían en la responsabilidad del Buró Político y del Comité Ejecutivo al más alto nivel ministerial.

El primero y más esencial proyecto escogido por el nuevo Estado Socialista planteaba la urgente necesidad de sustituir rápidamente el sistema agrario de monocultivo – dependencia económica de la producción de azúcar de caña que sustentaba la economía cubana desde principios del siglo XIX – por un plan gigantesco de industrialización acelerada y una diversificación agrícola sin paralelo en Cuba. Rotas ya las relaciones diplomáticas y comerciales con los EE.UU. E iniciado por parte del gobierno norteamericano un bloqueo comercial al gobierno castrista debido a la nacionalización [estatalización] de todas las empresas y negocios con que éstos operaban en Cuba, no era muy difícil imaginar que con estas nuevas medidas económicas también se ayudaba a alejar mucho más las posibilidades de retornar a los viejos moldes de antaño. Y esa era precisamente la idea del gobierno de Castro.

Al mismo tiempo que se rompía con el monocultivo se incrementaba la siembra de distintos productos agrícolas y se terminaban los negocios con el vecino del Norte; el gobierno castrista maniobró en dirección al Este, esta vez en relación directa y amistosa con la Unión Soviética, país con el que Cuba mantenía no sólo relaciones diplomáticas desde 1933, sino también comerciales. La economía cubana en su totalidad dará un cambio de 180 grados con la variación en la política cubana en dirección a la lejana URSS, que desde esos momentos asumió el papel monopolizador que habían mantenido los EE.UU. Durante siete décadas. Fue durante este proceso de transición entre una economía que respondía a las normas del capitalismo, la libre empresa y el consumismo, a un sistema de corte leninista, o mejor, su interpretación tropical de nacionalización [estatalización] y centralismo por el cual, el pueblo trabajador de Cuba, obreros y campesinos en su mayoría, sufrieron irónicamente la peor parte. Esta transición implicaba un sistema laboral abusivo que se remontaba al colonialismo español en su peor forma.

Las horas extras de trabajo se declaraban *voluntarias* con el ánimo de construir, decían, un sistema que nadie parecía entender llamado *socialista*. A esto se agregaban los llamados *Domingos rojos*, dedicados a trabajos en la agricultura y en la que participaban también *voluntariamente* alumnos escolares, por supuesto, sin ningún tipo de remuneración. Entre las metas que repetían a diario las consignas estaba la de «hacer desaparecer el desempleo», y sería ocioso decir que con estos métodos pronto se cumplieron las agendas establecidas. Curiosamente este verdadero *logro* revolucionario de los primeros años nunca se ha mencionado entre los triunfos alcanzados por el gobierno castrista.

Al mismo tiempo que se realizaban estos delirantes planos económicos descendía notablemente la adquisición de artículos de necesidad básica para la vida cotidiana, lo que obligó al gobierno a crear unas cartillas de racionamiento por las cuales cada ciudadano tenía una cuota mensual determinada de ropas y alimentos, no siempre garantizada por el Estado. Las protestas fueron rápidamente controladas desde los CDR con la colaboración de la Seguridad del Estado. Pero muy pronto el mismo gobierno comprendió que estas medidas económicas, planteadas y aplicadas [implementadas] con demasiada celeridad se convertían en un descalabro, y decidieron cambiarlas en otra dirección.

Se tomaron entonces en consideración las antiguas propuestas de Ernesto Guevara de completar la «colectivización de los medios de producción» creando un sistema que evitaba a toda costa los llamados *incentivos materiales* y obligando a los cubanos a convertirse en *hombres nuevos*, sin egoísmos, honestos, igualitarios y sobre todo con una «conciencia revolucionaria superior», capaz de sacrificarlo todo por la construcción de una sociedad socialista. Para 1968 y como parte de una *ofensiva revolucionaria*, todos los pequeños negocios que quedaban fueron nacionalizados [estatalizados] por el gobierno con el propósito de liquidar para siempre la odiosa *pequeña burguesía* que todavía se obstinaba en *crear riquezas personales*.

Pero a pesar de estas medidas que evidentemente no sólo no daban resultado sino que hacían marchar la economía cubana hacia un desastre total, el castrismo contaba con una fuerza

importante en la base piramidal de esta república platónica, representada por un fuerte respaldo popular. La situación empezó a cambiar drásticamente después del fracaso de la llamada «Zafra de los 10 millones». Resultaba que ahora alguien en la URSS empezó a comprender que los primeros intentos cubanos por suprimir el monocultivo e industrializar rápidamente a Cuba habían sido dos errores monumentales para la economía del país y por lo tanto usando las prerrogativas que le concedían ser el comprador más importante de la Isla, le *sugirieron* al gobierno socialista que retornara a los antiguos métodos empleados en la siembra, acopio e industrialización del azúcar de caña.

A pesar de una movilización militar sin precedentes en Cuba para la siembra, el corte y la molienda del clásico producto agrícola cubano; el arrastrar cosechas destruyendo bosques y áreas verdes que quedaban en la Isla con la idea de incrementar la siembra de una cantidad imposible de caña de azúcar con la idea de hacer una zafra récord en la historia de Cuba de 10 millones de toneladas del crudo, tal como fue estimado tanto por fuerzas imparciales como las del mismo gobierno, nunca se pudo conseguir tanta cantidad de azúcar en un año. El gobierno sufrió una derrota incalculable (las zafras futuras fueron por debajo de los promedios esperados), el país quedó atrofiado en el campo económico por casi una década y como era de esperar fueron los cubanos los que después de trabajar en un proyecto imposible durante casi un año, fueron declarados culpables por Fidel Castro del fracaso cañero más gigantesco que se haya conocido en Cuba, además de un desastre ecológico sin precedentes. El pueblo se empezó a alejar del gobierno.

Por supuesto que desde Moscú la burocracia soviética comprendió que el proyecto agrícola cubano y lejano no producía los dividendos adecuados y como es natural en este tipo de negocio, dobló la inversión. Las estadísticas de esta ayuda soviética en Cuba en esos años son explicatorias de este proceso económico guiado desde Rusia y dan una idea de hasta qué punto los rusos se vieron complicados en Cuba por el gobierno castrista. No se trataba de cohetes intercontinentales o de armas atómicas; la asistencia proteccionista soviética por esos años consistía en una ayuda al desarrollo y un subsidio comercial que sumaban una inversión económica total de proporciones inimaginables para un país del tamaño de Cuba. El promedio anual de 1961-1970 de esta ayuda económica total sumaba unos 327 millones de dólares, los cuales aumentarían dramáticamente en la década de 1971-1980 a 1.573 millones de dólares, cuatriplicándose la cifra inicial de ayuda a Cuba.

Pero no podía haber dudas de que a pesar de esta ayuda sin precedentes que provenía de la URSS, el descontento popular se hacía notar y crecía de una forma inesperada para los guardianes del sistema. Fue por esos años de la década de 1970 cuando el desengaño del pueblo con las falsas promesas de los dirigentes revolucionarios tomaron por el camino de la protesta y como consecuencia el aumento de la represión, cárcel o exilio. La aventura económica del castrismo no fue lo único que sufrió el pueblo, el explotado pueblo, sino también la expansión política de las ideas castristas y sus consignas en dirección a la América Latina y sobre todo a África.

De acuerdo con su política de *liberación nacional* se creó en todo el continente americano una fuerza guerrillera – urbana y serrana – que haría cambiar el sistema político en casi todos los países al sur de Río Grande. La guerra de guerrillas propuesta por el dúo Guevara-Castro dejó ensangrentado el continente, además de provocar la toma del poder como respuesta por una gavilla de gorilas uniformados, creando en muy poco tiempo una colección de dictaduras militares que se dedicaron al secuestro, el crimen y el robo, además de dedicarse a hacer desaparecer tanto a enemigos como a inocentes ciudadanos. Esto aconteció en países civilizados, con una larga tradición de derechos civiles y respeto a la vida humana, como represalia militar a la violencia planeada, financiada y apoyada desde La Habana por el gobierno *socialista* cubano.

En África la violencia tuvo unas características más alarmantes. La intervención militar cubana en Argelia, el Congo, Etiopía, Sudán y Angola, en la que se vieron envueltos cientos de miles de

soldados cubanos en un período de más de 10 años, le costó a Cuba miles de millones de dólares y varias decenas de miles de bajas militares. Las tropas cubanas se vieron envueltas en levantamientos, golpes de Estado, guerras civiles y hasta guerras no declaradas. Participaron en crímenes de conflictos tribales, represión contra poblaciones indefensas, genocidio y explotación de riquezas naturales, robos y los inevitables botines de guerra. Fueron los mismos soldados cubanos los que pelearon por la independencia de Namibia contra tropas regulares de África del Sur los mismos que exterminaron aldeas completas en Angola o Etiopía.

Toda esta larga historia de injusticias cometidas tanto dentro de Cuba como en el exterior por órdenes directas de la cúpula del poder castrista condujo a los cubanos que todavía apoyaban al régimen por el camino de las dudas primero, la inercia después, para pasar sin remedio a una frustración que ni ellos mismos entendían. La idea era entonces y sigue, hasta cierto punto siendo hoy, la de abandonar el país lo más rápidamente posible. Tarea esta un poco difícil por tratarse de una imposibilidad constitucional. La nueva Constitución de 1976 le negaba a sus ciudadanos el derecho a viajar libremente al extranjero, o sea, huir de un sistema que desde hacía años les oprimía. No tenía la Constitución del 76 que obligar a los cubanos a quedarse en su infierno particular; la medida que prohibía ausentarse del país ya era antigua en Cuba cuando se puso en vigor dicha Constitución.

La primera explosión popular contra el régimen se produjo en la madrugada del 4 de abril de 1980, cuando un grupo reducido de cubanos se introdujo en la Embajada de Perú en busca de asilo político. El gobierno peruano se negó a devolver a los refugiados en su territorio y el gobierno cubano, en represalia por la actitud de los peruanos, les retira la guardia permanente de dicha Embajada. Una multitud – que de forma inexplicable para las autoridades que ejercían el control de todo Cuba, incluyendo por supuesto el de la Información – de más de 10.000 personas, decidió entonces asilarse por su cuenta y riesgo en la Embajada de Perú en un gesto de desafío total contra el sistema que les oprimía.

Comprendiendo el peligro envuelto en este tipo de protesta generalizada que pronto trascendería las fronteras provinciales y hasta las de la misma Isla, las autoridades decidieron, después de un discurso de su máximo líder, permitir la salida del país a todos aquellos que asilo desearan. A pesar del control del gobierno y la actitud violenta de muchos cubanos que se dedicaron a insultar a los que decidieron marcharse, un éxodo de proporciones gigantescas comienza a tomar forma y en pocas semanas más de un cuarto de millón de cubanos emigra voluntariamente al sur de Florida en embarcaciones proporcionadas por los exilados cubanos residentes en Miami. El escándalo que se produce en La Habana tiene repercusiones internacionales.

Los medios de comunicación masiva de casi todo el mundo se dan cita en Cuba para dejar constancia de la estampida humana de mayores proporciones en el continente en toda su historia, donde el mayor número de ciudadanos de un país decide en un momento determinado abandonar su lugar de origen y trasladarse como emigrados políticos a un país vecino. Fuera de Cuba el sistema que oprime al pueblo sufre un descalabro propagandístico del que le va a ser difícil escapar a pesar de la evidente creatividad y eficiencia de los medios de desinformación castristas que han conseguido mantener una imagen idílica del régimen. Después de estos deplorables acontecimientos, el castrismo parecía haberse estabilizado al menos económicamente, aunque la tensión social continuaba deteriorándose. La asistencia soviética por esos años contribuyó notablemente a esta estabilidad de relaciones comerciales favorables a Cuba, con una ayuda que continuaba en ascenso, al menos hasta las últimas estadísticas al respecto en 1985. Desde 1981 a 1985 el promedio anual del soporte económico total de la URSS a Cuba sumó la cantidad de 22.658 millones de dólares, o sea, alrededor del 4.000 millones de dólares anualmente. Estas cifras gigantescas representan la mayor ayuda económica que haya recibido Cuba en cualquier momento de su historia y demuestra hasta qué punto se había involucrado el gobierno de Moscú con un remoto país del Caribe al que se

le ayudaba masivamente.

Los resultados de los primeros 25 años de castrismo no podían ser más sobrios. La economía dependía directamente de la URSS y el poder político de una dictadura unipersonal que no permitía ningún tipo de crítica, aunque algunos derechos del ciudadano o humanos estuvieran garantizados por la Constitución Socialista del 76, a la que ya nadie parecía hacerle ningún caso. El pueblo trabajador en términos generales, roto ya el pacto social con el Estado, se dedicó a sabotearlo. Aquéllos que no podían escapar trataban de sobrevivir produciendo lo menos posible, desde obreros de la construcción, la burocracia oficial que llegaba a todas partes, hasta la producción agrícola que llegó a reducirse de forma alarmante.

Estos síntomas ya eran conocidos por el régimen cuando a raíz del XXXIX Consejo Nacional de la CTCR en octubre de 1979, los dirigentes castristas del sector obrero criticaban, al mismo tiempo que hacían nota, «una serie de graves alteraciones de la vida laboral cubana».

Acusaban los jefes de la CTCR a los obreros de «indisciplina, robos y negligencia».

Finalizaba el análisis de la situación laboral cubana con una serie de estadísticas realmente asombrosas. Se les comunicaba a los obreros que de «un millón seiscientos mil componentes de la población activa (fuerza laboral), sólo medio millón son los que producen». Es decir, si nos atenemos a estas cifras, la producción verdadera de Cuba era obra de menos de la tercera parte de la fuerza laboral.

Estos datos, obtenidos del «Informe final del Consejo» no pueden ser más reveladores. Indican a ciencia cierta que la mayoría de los obreros de una forma u otra, por una falta de motivación o por una contradicción, se negaban a trabajar en la construcción del socialismo a pesar de las consignas constantes que emanaban desde lo alto de la Dictadura, repetidas hasta el cansancio por todos los medios de comunicación imaginables. Los cubanos habían perdido la fe en la revolución y muy pronto empezarían a perderla por su patria.

En 1982 el Estado promulgó una Ley de inversiones para los extranjeros que les permitía por primera vez a negociantes de otros países invertir dinero en Cuba. Este tipo de medida económica respondía a la misma crisis leninista de los años veinte y la solución de teórico ruso I. Preobazhenski a frenar las medidas revolucionarias, pues se corría el peligro de la *descomposición estatal*. Esta Ley de inversiones extranjeras tendría, irónicamente, un futuro exitoso en los años por venir.

No fue así la suerte oscilante de los mercados libres campesinos, donde el Estado permitió libremente la venta de comestible, fuera de la Libreta de racionamiento, a los campesinos que quisieran vender la cosecha de sus productos agrícolas a la población, que en realidad necesitaba de la variedad y frescura de artículos alimenticios, ante la imposibilidad del Estado cubano de proporcionárselos. Este experimento, que se realizó a pequeña escala, fue rápidamente prohibido por el gobierno, razonando en buena lógica del marxismo científico que dichos mercados crearían una peligrosa pequeña burguesía, en contradicción con los principios sostenidos por la Revolución.

La crisis sociopolítica de la URSS a finales de la década y el triste final en 1991 del sistema impuesto al pueblo ruso por Lenin en 1917, tuvo, como era de esperar, deplorables consecuencias tanto para la economía cubana como para la sociedad supuestamente *socialista*.

Los últimos envíos de ayuda económica a Cuba se valoraban en 1985-90 en más de 5.000 millones de dólares anuales, cifras imposibles de mantener por un sistema que se iba a pique sin remedio. Y el castrismo decidió que para sobrevivir al desastre del campo socialista debía cambiar su política económica y entrar en un llamado Período especial que contemplaba una situación todavía peor que las anteriores, con un nivel y calidad de vida inferior casi a los países del Tercer Mundo.

Para evitar algo parecido al Síndrome de Bucarest, o sea, el ajusticiamiento por la misma Seguridad del Estado del dictador, el Régimen tomó medidas aún más arbitrarias contra el pueblo, fusiló al general Ochoa, héroe nacional en África, por sospechar de su fidelidad, e incrementó las leyes penales de carácter político. Al mismo tiempo inició una apertura en

dirección a la llamada Comunidad cubana en el extranjero, principalmente en los EE.UU. Que incluyó permisos de visita a Cuba y ayuda económica directa a sus familiares. Se comenzó también una fuerte campaña diplomática a todos los niveles para establecer, mantener e incrementar una cercanía económica más favorable a los intereses de la Dictadura, con todos los países capitalistas europeos y asiáticos, pero sorprendentemente se incluía a EE.UU. y al Vaticano.

Por las mismas fechas, marcando ya definitivamente el fracaso económico del socialismo castrista, se reabrieron los mercados campesinos y se toleraron algunos intentos de pequeños negocios particulares. Pero lo más significativo fue la *dolarización* del sistema económico cubano, por el cual la moneda en curso legal norteamericana, el dólar, circularía con la misma facilidad que en Miami, acto que hasta ese momento era castigado con la cárcel. La medida era con el objeto de controlar la cantidad de dólares que enviaban los cubanos desde el exterior a sus familiares en Cuba. La cantidad pronto ascendería a más de 800 millones de dólares anuales, un flujo superior al obtenido por las últimas zafras azucareras, con esta industria ya en plena decadencia.

Y mientras se repetían las consignas de los logros alcanzados en la educación y la salud, para consumo externo, las diferencias clasistas se acentuaban entre la dirección castrista, los cubanos que recibían dólares del extranjero y los obreros que obtenían sus salarios en pesos devaluados. De nuevo la desesperación y el agobio explotaba entre los menos favorecidos y como en tiempos no muy remotos, los cubanos más osados deciden abandonar el país ilegalmente en balsas de madera, viaje peligroso por el Estrecho de Florida, que causa una cantidad considerable de víctimas. Se trata, como ya es costumbre cubana en la Isla, de una forma diferente de suicidio en la que Cuba, según las estadísticas, ocupa uno de los primeros puestos en el mundo. Otro de los *logros* ignorados de la Revolución.

Mientras esto sucede, se confirma el final de un sistema económico que duró demasiado tiempo y arruinó completamente al país, y por órdenes directas de Castro, con el objeto de mantenerse algún tiempo más en el poder, se sustituye el *socialismo* por un capitalismo de Estado, especie de imitación al neofascismo chino, donde las inversiones extranjeras, en consorcio directo con el Estado, dominan los medios de producción y servicios. Los obreros vinculados a la industria turística (antiguos gastronómicos) en manos de una asociación peligrosa entre el Estado cubano e *inversionistas* españoles, reciben sus salarios en pesos cubanos (el cambio actual es de 20 pesos por 1 dólar), lo cual les impide entrar en el mundo de la *dolarización*. Al pueblo en general, que no trabaja en esta industria, se le prohíbe la entrada en hoteles y playas para turistas extranjeros, creándose de esta manera un *apartheid* con las mismas características que en África del Sur.

Malograda una revolución que comenzó jubilosa y esperanzadora, después de cuarenta años convertida en una tiranía criminal, debemos preguntarnos por qué se frustró este proyecto que prometía libertades civiles, políticas y sociales, gobierno justo y honesto y un reparto equitativo de las riquezas del país. Una revolución que contaba con un inmenso respaldo popular y con apoyo y simpatía universales. La respuesta, similar a la del suicidio, no es por una razón fundamental, sino por muchas, pero en nuestra opinión se debió a dos factores principales: el rumbo y la velocidad que tomó desde un principio la clase dirigente cubana y la violación cometida con los derechos fundamentales de los cubanos que incluía en primer lugar el derecho a la libertad plena del hombre.

La razón fundamental en torno a la transición entre el capitalismo que existía en Cuba antes de la revolución, y el seudo socialismo autoritario con el que se sustituyó, si nunca dio los resultados esperados se debió esencialmente a la velocidad con que se quiso agilizar el proceso. Aquellos barbudos tenían demasiada prisa en imponer sus ideas y nunca se planeó seria e inteligentemente el paso de un sistema a otro. En vez de entregarles las fábricas y los talleres a los obreros, en lo cual los anarquistas de esos años estaban de acuerdo, una vez que se expropiara a sus dueños, el gobierno decidió nacionalizar todos estos grandes negocios,

industrias, bancos, al frente de los cuales ponían a elementos afines y fieles al gobierno, pero no tenían ninguna idea concreta de cómo hacer funcionar todas esas empresas.

La segunda razón, quizás más convincente que la primera, fue el establecimiento de una dictadura militar revolucionaria peor aun que la anterior, con la creación de sistemas violentos de represión y brutalidad, capaces de controlar, encarcelar y fusilar masivamente a una parte de la población si fuese necesario; con un sistema de tortura superior al gobierno anterior y una capacidad de maltratar y vejar a presos políticos sin paralelos en nuestra historia. El liberticidio cometido por Castro contra el pueblo de Cuba, cuyas crónicas están ligadas precisamente al amor por la libertad, fue el motivo principal y la consecuencia inevitable del desastre comunista en la Isla. Un pueblo encadenado y de rodillas no puede colaborar efectivamente en un triunfo social o político. Es precisamente todo lo contrario. La utopía autoritaria de Marx nunca progresó en ningún país por ese motivo.

Por su parte, los anarquistas que habían combatido en toda su historia, como se puede comprobar en este trabajo, contra el sistema capitalista establecido desde que la *sacarocracia* impuso su sistema clasista en Cuba, hasta el seudosocialismo impuesto por Castro, pasando por un antimarxismo virulento desde 1933, fueron los primeros en entender y denunciar el proceso castrista desde sus puntos de vista ideológicos y sociales. Se intentó en principio, cuando existían aún dudas, independizar o liberar al movimiento obrero de una vez por todas del gobierno de turno, tarea que fracasó.

La visita y evaluación que hizo Agustín Souchy primero, en su libro sobre la revolución cubana en 1960 y la declaración pública de la ASL de ese mismo año, explicaban de forma cabal cuál era la posición de los anarquistas en esos momentos y cuáles eran las aspiraciones revolucionarias de los ácratas con relación al gobierno, y el libro de Abelardo Iglesias sobre el mismo tema y similar propósito en 1963. Acercándonos cada día más a la hora final del castrismo y teniendo en cuenta que las ideas anarquistas que se plantearon a finales del siglo pasado chocan de frente con una sociedad moderna muy diferente a las anteriores, donde la tecnología es un elemento fundamental en todas las relaciones humanas, nos parece que es necesario una revisión y replanteamiento el ideario ácrata. No quiere decir todo esto que se deba renunciar a muchas de las ideas libertarias de este siglo ni mucho menos a sus consignas más elevadas.

Para Cuba, sin embargo, se debe ir pensando en una nueva aurora de libertad que pueda y deba servir para comenzar una propagación eficiente de los ideales anarcosindicalistas y de ética proletaria por los medios más accesibles y usando los más modernos de la tecnología. La antigua consigna de la AIT «La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos» tiene tanta vigencia hoy como en tiempos de Bakunin. La solidaridad internacional de los diferentes sectores anarquistas, anarcosindicalistas, libertarios, etc., es un factor importante en la organización futura a nivel obrero, sindical y confederal, pero no deberá ser imprescindible. Son los propios obreros los llamados a luchar por las reivindicaciones sociales y sobre todo a organizarse sindicalmente para lograr esos propósitos.

Las diferencias con el sistema que está a punto de morir fueron la lucha constante de los anarquistas en Cuba durante más de 40 años. Los primeros pronunciamientos en contra de la dictadura en 1960 hablaban bien claro de liberalización de los sindicatos obreros, municipios libres, cooperativas agrícolas, industrias autónomas, colectividades fabriles y campesinas, etc. El mismo documento de la ASL refleja su oposición directa al centralismo, la violencia, el militarismo y el imperialismo, que como ya es sabido fueron las razones principales de la oposición al gobierno revolucionario e irónicamente algunos de los motivos de su desastre total. Se debe, pues, mañana hacer énfasis en estas consignas, con todo valor ayer como en el nuevo siglo XXI.

Pero se sabe y se comenta de las cooperativas campesinas en diferentes partes de Cuba. Respetadas por el gobierno castrista debido a su ubicación, casi siempre montañosa, y estar

organizadas en beneficio de ayuda mutua entre los campesinos de regiones agrestes y a veces lejanas. Este tipo de cooperativismo agrícola, mencionado por Agustín Souchy en su obra, que ha servido en muchos casos no sólo para alimentar a los que participan en el proyecto, sino también para ayudar en la venta de productos del agro en los pueblos cercanos, ha dado resultados positivos dentro del marco de un sistema que se ha caracterizado por su ineficacia en la agricultura. Ideadas estas cooperativas a principios de este siglo y puestas a producir durante más de ochenta años dentro de los criterios y parámetros del anarquismo rural, pueden servir y ser muy útiles para el futuro de Cuba.

El discurso anarquista y sus proposiciones no ha muerto en Cuba como creen muchos que tratando de ignorar, tergiversar o tornando invisibles la historia del anarquismo en Cuba quieren hacer desaparecer estas ideas de redención social de la agenda cubana a las puertas del nuevo siglo. Se equivocan. El marxismo dejó de ser una utopía con los planes de Lenin y Stalin. El anarquismo por su parte, con toda una tradición de luchas, de sacrificios y de muertes, continúa siendo una utopía a pesar de que algunos ya hayan declarado que los *sueños* sociales han muerto. Es prematuro enterrar las ideas libertarias y declararlas difuntas cuando aún tienen vigencia y sobre todo en un campo próspero, abonado con sangre de varias generaciones y donde de nuevo renacerán con más fuerza los pensamientos de un arquetipo elevado de la condición humana y sobre todo de libertad individual y colectiva de todo un pueblo.

Anselmo Lorenzo dijo una vez que «Lo primero que se necesita para ser anarquista era ser justo»; nosotros le agregamos que también es necesario ser optimista. Las nuevas generaciones de cubanos que han sufrido el terror castrista durante varias décadas, en la busca y rebusca eterna de un sistema que libere al hombre de la intolerancia, dominación, odio, rapiña y venganza encontrará muy pronto que las proposiciones libertarias serán el primer paso en dirección a una sociedad futura más justa, más libre y más noble.